



DARIO Y MAXI DIGNIDAD PIQUETERA

El gobierno de Duhalde y la Masacre del 26 de junio de 2002 en Avellaneda

Los autores intelectuales y los
responsables políticos
que no investigó la justicia

FRENTE POPULAR DARÍO SANTILLÁN

Prólogo a la 2ª edición
"2002-2005, tres años
de impunidad"

En su primera marcha **Maxi** hizo una de las cosas que más lo apasionaba: dibujar. Un ángel, con su cara cubierta, y un palo en sus manos. *"El ángel piquetero"*, festejaron los compañeros. El 26 de junio en la estación de Glew, mientras esperaban el tren con el que recorrerían las 10 estaciones hasta Avellaneda, Maxi les dijo a sus compañeros que quería participar en las tareas de seguridad. Llevaba la bufanda y la gorrita para cubrirse el rostro.

Desde el inicio de la represión **Darío** había ayudado a organizar el repliegue con el grupo de compañeros con más experiencia. Ya habíamos pasado de largo la estación. ¿Por qué, entonces, él decidió volver? Darío volvió por todos. Por su hermano y su novia. Por sus compañeros del barrio y los demás. Por Maxi agonizante. Por todos los que ante el peligro, no nos decidimos a volver. Había dicho, en la última marcha de la Resistencia con las Madres de Plaza de Mayo: *"nos pesa mucho la valoración de todos aquellos que dieron la vida, más de 30.000 compañeros que pelearon por lo mismo que estamos peleando hoy. Lo que sentimos en carne propia es que somos los mismos que pelearon en aquellos años, somos la continuidad de esa historia"*. Por aquellos compañeros caídos, que reencarnan en cada piquetero en lucha y que volvían a caer con Maxi, Darío volvió. A dejar testimonio con su vida de que, aunque nos sigan matando, seguiremos resistiendo.

En este trabajo de investigación buscamos develar la trama política detrás de la decisión de reprimir las luchas piqueteras, que el 26 de junio de 2002 terminó con la vida de Darío Santillán y Maximiliano Kosteki. Pero no sólo eso: durante todo el relato volcamos nuestra palabra, contamos nuestra historia.

Si durante estos meses la impunidad tuvo algún contrapeso, fue por la movilización y los escraches, que son la forma en que *los de abajo* tenemos de exigir justicia. Concebimos este trabajo como una herramienta más de lucha. Por eso buscamos darle la mayor difusión, para que quienes vivimos los asesinatos de Darío y Maxi con bronca e indignación, tengamos una forma más de aportar ese imprescindible *granito de arena* que es la participación de cada uno: acercando el trabajo a otros, recomendándolo, difundiéndolo. Ayudando así a que se conozca, también, lo que hacían Darío y Maxi en nuestros movimientos, que es el verdadero motivo por el cual fueron asesinados: porque aportaban con su dedicación y su militancia cotidiana a cambiar la sociedad.

Dario y Maxi, Dignidad piquetera
El gobierno de Duhalde y la planificación criminal de
la masacre del 26 de junio en Avellaneda

* Sentir en lo más hondo
cualquier injusticia cometida
contra cualquiera en cualquier
parte del mundo *

* "Sentir en lo más hondo cualquier injusticia cometida contra cualquiera en cualquier parte del mundo. Che". Manuscrito de Darío Santillán en su cuaderno de apuntes.

ÍNDICE

A MANERA DE PRÓLOGO

PRESENTACIÓN (Y AGRADECIMIENTOS)

PARTE I **NOSOTROS, TRABAJADORES DESOCUPADOS**

1. **Por trabajo, dignidad y cambio social**
(¡Piqueteros, carajo!) 25
En los barrios.
Darío y la organización de la seguridad.
Desde Guernica.
2. **Los aprestos para la ejecución**
(El Operativo represivo) 37
Plano
3. **“Con la finalidad de dar muerte**
a los manifestantes”
(La represión del 26) 43
La provocación. El corte del Puente y los inicios de la represión.
La cacería.
Por Pavón.
Por Mitre.
Listado de heridos con balas de plomo, en orden alfabético.
La comisaría, el hospital y el local partidario:
“lo mismo que en el 76”.
4. **Fusilando por la espalda**
(La estación) 59
Los muertos de la estación, según Fanchiotti.

PARTE II **EL ESTADO Y LA PLANIFICACIÓN CRIMINAL**

5. **Un grito de corazón:**
¡REPRESIÓN!
(De los banqueros y terratenientes
a los gobernadores peronistas) 75
El accionar conjunto de las fuerzas de represión interior:
halcones y palomas decididos a “dar goma”.

6. Duhalde: “Tenemos que ir poniendo orden” (Las reuniones previas).....	81
El objetivo represivo por boca del Presidente.	
Almuerzo del Presidente con el gobernador bonaerense.	
“Las directivas que deberán acatar jueces, fiscales y efectivos uniformados”.	
Atanasof y la “guerra de unos contra otros”.	
Cena del Presidente con los mandos de las Fuerzas Armadas.	
7. De la instigación a la justificación de los crímenes (El seguimiento de la represión en el gobierno).....	87
26 de junio. Media tarde.	
26 de junio. 21.30 hs.	
Jueves 27. Primera hora.	
Jueves 27. 19 hs.	
8. Después del plomo, “la justicia” (La Causa Complot)	97
Los informes de “inteligencia”.	
Vanossi en defensa de “los poderes constituidos”.	
El curso de la Causa Complot.	
9. Un cabo inexperto que apretó el gatillo (El encubrimiento)	103
“¿Tenés mis cartuchos gordo?”	
“Vamos, limpien que queda feo.”	
El fiscal ex policía sólo escuchó a los policías (que no dijeron nada).	
El comisario mayor Félix Vega, primer eslabón en la cadena de protección política.	
La jueza protege y elige: no hubo alevosía; disparó el cabo.	
10. De Fanchiotti a Duhalde (Los autores ideológicos, políticos y materiales).....	109
Comisario inspector Alfredo Luis Fanchiotti.	
Comisario mayor Félix Osvaldo Vega.	
Subsecretario de Inteligencia del Estado (SIDE) Oacar Rodríguez.	
Secretario de Seguridad de la Nación Juan José Álvarez.	
Atanasof, Matzkin, Soria, Vanossi, Ruckauf, Solá, Genoud.	
Presidente de la Nación, Eduardo Duhalde.	

PARTE III **LA REACCIÓN POPULAR**

11. Las movilizaciones	
(26 y 27 de junio. 3 de julio)	127
La (des)información del régimen y la contrainformación popular.	
Las movilizaciones del 26 y el 27.	
El desafío del 3 de julio: todos contra la represión.	
“La sangre de los caídos se rebeló”.	

PARTE IV **LA VERÓN DESPUES DEL 26**

12. Un balance abierto	
(A diez meses)	149

ANEXO

Antes y después del 26,	
la otra represión	
(El duhaldismo, los viejos aparatos políticos	
y los nuevos movimientos sociales)	169
El aparato duhaldista y el control del conflicto social.	
De la Doctrina de Seguridad Nacional	
a la Criminalización de la Pobreza.	
Las fuerzas de seguridad,	
militarizadas para reprimir el conflicto interno.	
Caso I. Esteban Echeverría: Javier Barrionuevo	
y los “batatas” de los intendentes.	
Caso II. Presidente Perón: Maximiliano Kosteki	
y el municipio de las listas negras.	
Caso III. Lanús: Darío Santillán	
y el feudo de Quindimil “sin zurdos en las calles”.	

DARIO Y MAXI,	
SUS DIBUJOS	189

PRÓLOGO A LA SEGUNDA EDICIÓN

2002-2005, tres años de impunidad

I.

Cuando terminamos la primera edición de este libro, en mayo de 2003, habían transcurrido once meses desde la represión que se conoció como Masacre de Avellaneda. Para ese entonces pudimos dar cuenta de nuestra experiencia: relatamos los hechos desde la mirada piquetera, desde quienes fuimos perseguidos, baleados y asesinados por luchar por trabajo, dignidad y un cambio social. Describimos con minuciosidad los aprestos y el plan represivo, indagamos en la autoría ideológica y señalamos claramente a los responsables políticos, develando la serie de reuniones previas, directivas y complicidades necesarias desde las primeras líneas del gabinete presidencial que el propio Eduardo Duhalde encabezó días previos a la Masacre. También hurgamos en el expediente judicial, señalamos a fiscales cómplices del accionar policial y a jueces condescendientes con el poder político.

El poder encubre sus propios crímenes y, protegiendo a sus ejecutores, se protege a sí mismo, decíamos en aquel primer prólogo, y agregábamos: “Si durante estos meses la impunidad tuvo algún contrapeso, éste fue la permanente movilización popular que mantuvimos cada día 26 de cada mes. El señalamiento público de los responsables a través de la denuncia, la movilización y los escraches se convirtió en la forma en que los de abajo tenemos de exigir justicia”.

II.

Al mismo tiempo que publicábamos este trabajo, asumía la presidencia Néstor Kirchner, quien haría de la bandera de los derechos humanos uno de sus principales estandartes. ¿Era de esperarse entonces el fin de la complicidad y la impunidad? ¿Era posible que a partir de este gobierno algo cambiara?

Desde el Movimiento de Trabajadores Desocupados Aníbal Verón (y ahora, desde el Frente Popular Darío Santillán) no somos muy afectos a las caracterizaciones dogmáticas de la realidad política, y en este caso, ante la decisión de acercamiento del gobierno hacia nosotros y las promesas de dar respuestas a las demandas populares, preferimos ver “al rengu renguear”, antes de ser concluyentes en tal o cual caracterización. Por eso vamos a historizar brevemente la secuela de promesas, silencios y especulaciones presidenciales en torno a esta causa para concluir, finalmente, con el balance a tres años que da título a este prólogo.

Quienes escribimos estas líneas, como compañeros de militancia de Darío y Maxi, fuimos testigos directos de los anuncios que el propio presidente hizo expresando la necesidad de “ir a fondo, caiga quien caiga” para que los asesinatos de nuestros compañeros no fueran coronados por la impunidad. Esas palabras textuales utilizó Kirchner en el primer encuentro que tuvimos en la Casa de Gobierno, el 19 de junio de 2003, días antes de cumplirse el primer aniversario de la Masacre. Diecisiete delegados elegidos por nuestros movimientos de base habíamos sido citados para hablar directamente con el presidente recién asumido, y nuestro planteo principal en una reunión que se extendió por más de dos horas fue la complicidad política que encubre los asesinatos de Avellaneda. ¿Si nos fuimos aquella vez con expectativas por las palabras de Kirchner? Las repercusiones periodísticas de aquel encuentro nos refrescan la memoria: “Fue un gesto importante porque es la primera vez que un presidente nos recibe, nos reconoce como interlocutores legítimos ante la problemática social, y se compromete a tomar medidas concretas en función de nuestras demandas”, dijimos al salir del encuentro. Considerando que de los gobiernos anteriores veníamos recibiendo principalmente balas (Carlos Menem y los asesinados en Cutral-Có y Tartagal, Fernando De la Rúa y los muertos del 19 y 20, Duhalde y los asesinatos de nuestros compañeros Javier, Maxi y Darío), la expectativa sonaba justificable.

Pasaron los meses después de aquella reunión, y si bien algunos emprendimientos comunitarios en distintos barrios donde había organización piquetera empezaban a ser subsidiados por el gobierno, no veíamos que se hiciera nada que implicara un avance contra la impunidad en la causa del 26. Las reuniones con el secretario de Derechos Humanos, Eduardo Luis Duhalde, encontraban como respuesta a nuestros planteos sólo evasivas y dilaciones.

Para el 30 de octubre de ese mismo año, volvimos a ser convocados para hablar con el presidente. Algunos interpretaban la convocatoria como oportunista, ya que esa misma tarde que nos recibirían en la Casa Rosada, iba a anunciarse una masiva movilización en repudio a la decisión del gobierno de denunciar judicialmente a otro grupo de desocupados que había bloqueado el Ministerio de Trabajo buscando ser atendidos. De la protesta participaron el conjunto de las organizaciones piqueteras y un amplio arco de organismos de Derechos Humanos, y entre nosotros se instaló la preocupación por no ser “usados” a través de la invitación presidencial para profundizar las diferencias en el campo popular (algunos piqueteros anunciando una marcha opositora, y nosotros siendo recibidos en la Casa de Gobierno). Finalmente resolvimos que si aceptábamos esa convocatoria, uno de los reclamos que llevaríamos al presidente sería el mismo que

se expresaría en la marcha opositora: el pedido de que el ministro Tomada retirara la denuncia penal (que había hecho por indicación del mismísimo presidente) contra los compañeros del otro grupo piquetero, y que ante una negativa como respuesta, anunciaríamos en la conferencia de prensa en la misma Casa de Gobierno que participaríamos de la marcha opositora una semana después, como finalmente ocurrió. La otra decisión previa a ser atendidos, fue convocar a Alberto Santillán, el papá de Darío, para que participe de la audiencia y escuche directamente las palabras de Kirchner (Mabel Ruiz, la mamá de Maxi, había fallecido semanas atrás).

La reunión fue, en términos de promesas, mucho más precisa que el primer encuentro. Kirchner se hizo fotografiar por la prensa abrazando al padre de Darío; ante nuestro reclamo porque en esos meses “todavía no se había hecho nada” el presidente dio directivas precisas al secretario de Derechos Humanos para que “el próximo lunes” ya estuviera en nuestras manos un borrador para la conformación de una Comisión Investigadora, que, integrada por organismos de Derechos Humanos, tuviera atribuciones para abrir los archivos de la Secretaría de Informaciones del Estado (SIDE) “y también los archivos de inteligencia de la Federal y la Bonaerense, que todos sabemos que hicieron inteligencia sobre ustedes”, reconoció el presidente, evidenciando en esas palabras que algo sabía del tema, y que algo había por develar en aquellos archivos. Media hora después del encuentro con el presidente, en una reunión más informal, el secretario general de la presidencia, Oscar Parrilli, sería más transparente respecto a las verdaderas intenciones presidenciales detrás de aquellas promesas que nunca se cumplirían: “El presidente puede avanzar como les dijo, pero quiere que ustedes dejen de cortar el puente Pueyrredón, primero tenemos que ponernos de acuerdo en eso”. La respuesta nuestra fue clara: las protestas de cada día 26 eran nuestra forma de denuncia y de memoria, al igual que las rondas de los jueves de las Madres de Plaza de Mayo; si realmente había un compromiso con la justicia, como decía el presidente, no podía exigir que bajáramos nuestras banderas, porque la desclasificación de los archivos de inteligencia podría resultar un avance, pero no garantizaría en sí mismo la condena a los autores ideológicos y los responsables políticos. Tal vez por la presencia del papá de Darío en esa conversación, Parrilli dejó para una próxima ocasión, en la que se encontrara conversando sólo con nosotros por nuestros reclamos sociales, el planteo más de fondo: “Para ustedes hay plata para los emprendimientos productivos, metan todos los proyectos de vivienda que quieran, y con la causa del 26 algo podemos hacer, pero tienen que acabar con las marchas y los cortes”, nos planteó. “Además –profundizó– a ustedes los queremos armando listas en cada uno de sus distritos para las próximas elecciones, de eso tendríamos

que hablar”. Plata, insinuaciones electorales y exigencia de desmovilización como condición para hacer efectivas las promesas presidenciales... ¿Estaba siendo el secretario general de la presidencia “más papista que el papa”, y tratando de sacar provecho en las negociaciones con nuestro movimiento de la buena fe presidencial? Después de todo, esas propuestas y condicionamientos que nos hacía Parrilli, no habían sido planteadas por Kirchner en las reuniones anteriores. Quienes reflexionan así se hacen eco de una vieja maña de la dirigencia política consistente en “proteger al jefe”, adjudicándole siempre buenas intenciones, e inculpar a los subordinados de las decisiones que impliquen costo político. Sin embargo, lo que Kirchner esperaba lograr con sus promesas y que había callado ante nuestra presencia y la del padre de Darío Santillán, lo dijo en el marco de una conversación con el periodista Van Der Kooy que publicó el diario Clarín, semanas después: “‘primero que acaben con los cortes’, exige Kirchner”, escribió el periodista en su relato sobre las perspectivas de la prometida y nunca cumplida Comisión Investigadora.

¿Alguien puede imaginarse al presidente diciéndole a las Madres de Plaza de Mayo que, si quieren que se avance en la construcción del Museo de la Memoria en el predio de la ESMA, primero acaben con las rondas de cada jueves? ¿O planteándole a los jóvenes de H.I.J.O.S. que, para avanzar en la restitución de la identidad de otros hijos de desaparecidos, primero acaben con los escraches a los represores?

III.

Transcurrieron casi dos años desde que Kirchner asumió la presidencia e hizo aquellas promesas. Los archivos de los servicios de inteligencia del Estado, los de las policías Federal y bonaerense (que el presidente nos dijo saber que contenían información sobre lo que sucedió aquel 26 de junio), finalmente no fueron abiertos.

La lucha por los derechos humanos, cuando deja de ser capital simbólico de cara al pasado y se convierte en denuncia de la injusticia y la impunidad que se suceden hoy, encuentra en este gobierno el mismo desinterés que en cualquier otro: allí está la complicidad con la impunidad en la causa por los asesinatos de Darío y Maxi, pero también la impunidad que gozan quienes pusieron una bomba contra la movilización a Plaza de Mayo el 20 de diciembre de 2003, durante la conmemoración del segundo aniversario de la rebelión popular, hecho que nunca fue investigado; otros dos piqueteros fueron asesinados en la provincia de Jujuy, gobernada por el amigo del presidente, Eduardo Fellner, sin que nada se hiciera por esclarecer el hecho; el gatillo fácil policial sigue dejando decenas de jóvenes asesinados, y las cárceles argentinas son campos de concentración

donde decenas de personas mueren por desatención, falsos enfrentamientos o motines alentados por los guardiacárceles. Tampoco pasa desapercibido para nadie que, a cambio de cierta moderación en los métodos represivos, este gobierno profundizó la persecución judicial a las protestas sociales, manteniendo a decenas de hombres y mujeres tras las rejas, y más de 4000 luchadores sociales procesados. Si de derechos humanos se trata, el derecho a la alimentación, el trabajo, la salud y la educación siguen vulnerados por decisión presidencial: la negativa a cumplir con el Decreto-Ley que establece un subsidio universal para Jefas y Jefes de Hogar desocupados tiene como único objetivo debilitar la organización popular en los barrios, ya que el superávit fiscal permitiría ampliar la ayuda social. Resultado de esta especulación política es la exclusión de millones de familias que subsisten por debajo de la línea de indigencia. Kirchner mantiene su negativa a una más justa redistribución de la riqueza contrariando las demandas populares, pero además desoyendo las denuncias de la Defensoría del Pueblo de la Nación, incluso violando pactos internacionales en materia de Derechos Humanos contraídos por el país, como fue denunciado internacionalmente por el Informe FIAN (organismo consultor de las Naciones Unidas).

Sin embargo, la afirmación hecha más arriba puede no resultar convincente para quienes ven por televisión a familiares de víctimas del gatillo fácil ser recibidos en la Casa Rosada, o a funcionarios acercándose a barrios o actos donde se inauguran obras o se conmemora a víctimas de algún hecho de violencia policial. Es cierto que son gestos que no se veían en gobiernos anteriores. Pero igual de cierto es que en ninguno de los casos se apunta a resolver la problemática de fondo, para que no siga habiendo policías asesinando jóvenes en los barrios, militantes atacados por su actividad social, familias con necesidades básicas insatisfechas o personas sin condena muriendo en las cárceles.

Sin resolver la problemática de fondo, pero siendo ágiles a la hora de mostrarse cerca de las víctimas, lo que el gobierno realmente desarrolla es una política inteligente de neutralización de la protesta social, y cooptación de familiares o movimientos de denuncia. Por caso: la integración a las políticas oficiales y contención brindada a la mamá del chico que, hace tres años, la policía asesinó arrojándolo al Riachuelo, acalla la voz de denuncia, neutraliza la organización barrial en torno a la lucha por justicia, a la vez que deja el camino libre para que otros policías de la misma comisaría asesinen por la espalda a otra chica de 14 años en el mismo barrio, como acaba de suceder en la villa 20 de Lugano.

El papá de Darío, la hermana de Maxi, no aceptaron cargos estatales ni admitieron ser incluidos en programas oficiales, no se dejaron engañar por

ningún tipo de ofrecimiento que los alejara del reclamo de justicia. Los compañeros y compañeras de militancia de Darío y Maxi, nos negamos a considerar la memoria de nuestros compañeros como prenda de negociación en una mesa ministerial. Tal vez por eso, porque entre un despacho oficial y la asamblea de barrio optamos por la asamblea de barrio, porque entre las ofertas a nuestra organización y la lealtad a nuestros compañeros caídos fuimos consecuentes con nuestros principios, tal vez porque no fuimos sumisos ante las exigencias del gobierno, hoy el encubrimiento que protege a los autores ideológicos y responsables políticos de los asesinatos de Darío y Maxi cuenta, además, con la colaboración del presidente Kirchner.

Pero no sólo eso pesó a la hora de definir posiciones en el gobierno nacional respecto a la causa del 26: el presidente sabe, porque demostró conocer más de lo que dijo sobre el tema y porque recibió, de manos nuestras, el libro que ahora reeditamos, que si fuera consecuente con sus palabras, si pusiera la voluntad política para “ir a fondo, caiga quien caiga”, se toparía de pleno con la autoría intelectual y las responsabilidades políticas de las primeras líneas del duhaldismo, ex-presidente incluido. Y también con esto especuló: trascendidos sobre la posible investigación, pedido de informes en la cámara de diputados, rumores volcados a través del periodismo obsecuente, fueron maniobras a las que apeló el kirchnerismo para “asustar” a su oponente interno, esgrimiendo la posible investigación como si fuera una “carta en la manga” que pesara en la interna partidaria para acorralar a las tropas de Duhalde. Aunque finalmente termine imponiéndose el acuerdo al interior del partido Justicialista y la interna se aquiete, los cargos y puestos de poder se repartan, y poco o nada cambie. ¿Víctimas de tanta politiquería? Entre otros, los anhelos de justicia por los asesinatos de nuestros compañeros Darío y Maxi.

"Me siento usado por Kirchner, me mintió y la impunidad sigue intacta", declaró Alberto Santillán ante todos los medios de comunicación, el 26 de enero de 2004, desde el corte del Puente Pueyrredón. Minutos después, en un clima de más confianza, los compañeros del medio alternativo Argentina Arde le preguntaron:

- ¿Cómo te sentís, Alberto?

- Bastante molesto; enojado con este gobierno que realmente dice una cosa y hace otra ¿no?, (...) a mí en la cara Kirchner me ha dicho que la comisión se iba a crear en tres cuatro días, que ya estaba como funcionando. Me siento un estúpido, un títere al que él usó para que los medios recepcionen la buena voluntad de él (...) Me da mucho odio que me hayan “forreado” así, que yo me haya prestado para que me saquen esas fotos, con lo cual estaba avalando algo que realmente fue toda una mentira”.

Desde que el secretario de la presidencia Oscar Parrilli intentara “negociar” la causa del 26 en base a un planteo que resultaba en realidad una extorsión, y al encontrar una respuesta negativa de nuestra parte, los encuentros no volvieron a repetirse. Desde la presidencia de la Nación no volvieron a comunicarse con Alberto Santillán, ni siquiera para disculparse.

IV.

Por último, resultan necesarias algunas aclaraciones sobre la vigencia del trabajo que ahora reeditamos. Son contadas –y secundarias respecto a la investigación general- las novedades en el expediente judicial producidas durante los dos últimos años.

El 20 de agosto de 2003 fue apresado el sargento Carlos Leiva, hasta entonces prófugo, que será juzgado en otra causa por su detención tardía. El 27 de abril de 2004 la Sala 3 de la Cámara de Apelaciones de Lomas de Zamora revocó el sobreseimiento del ex-jefe de la Departamental de Lomas de Zamora, Comisario mayor Osvaldo Félix Vega. Finalmente el tribunal no admitió que se avanzara más allá de las responsabilidades materiales, y fijó como fecha de inicio del juicio, el 17 de mayo de 2005.

Durante este tiempo, los distintos proyectos con pedidos de informes al Poder Ejecutivo presentados en la Cámara de Diputados de la Nación y las legislaturas porteña y bonaerense fueron cajoneados, en cada caso, por los bloques del PJ, la UCR y otras fuerzas parlamentarias de derecha. Esta tendencia corporativa de la clase política a consolidar la impunidad tuvo como contraparte el acompañamiento que más de 30 legisladores brindaron al surgimiento de la Comisión Independiente que impulsamos junto a los familiares.

Otra aclaración debemos hacer, ahora respecto a nuestra organización: el MTD Aníbal Verón, que en el capítulo 10 de este libro caracterizamos como un “movimiento de movimientos” se encontró, fruto de la política gubernamental de doble discurso y cooptación, con dos posiciones a su interior que no lograron una síntesis común. Surgieron marcadas diferencias respecto a la relación con el gobierno, y por lo tanto sobre la creación de la Comisión para empujar el esclarecimiento de los crímenes de Avellaneda. Algunos MTDs, manteniendo la confianza en las promesas gubernamentales, siguieron (hasta fines de 2004) esperando ser partícipes de una Comisión gubernamental que, después de todo, nunca llegaría; otros optamos por seguir acompañando a los familiares de Darío y Maxi en un reclamo de justicia que consideramos innegociable, e impulsamos, en cambio, la constitución de una Comisión Independiente que reunió a los

familiares, a organismos de Derechos Humanos y a personalidades independientes. Al igual que el resto de las organizaciones sociales que no cedieron a la exigencia de “lealtad” por parte de un gobierno que no satisface las demandas populares, nuestro sector se encontró con una actitud de creciente desprecio hacia nuestras demandas por parte de los funcionarios gubernamentales. Aún así, mantuvimos nuestros criterios de funcionamiento democrático y de base (otra diferencia que se profundizó al interior de la Verón, como consecuencia de frecuentar tantos pasillos gubernamentales); sumamos fuerzas junto a otras organizaciones de desocupados, estudiantiles, culturales y militantes sindicales, conformando el Frente Popular Darío Santillán. También profundizamos la relación con los movimientos campesinos autónomos, y seguimos en el camino de la lucha por el Trabajo, la Dignidad y el Cambio Social.

A pesar de estos cambios en la conformación de nuestro movimiento, preferimos volver a editar este trabajo sin ninguna modificación, reflejando todas las posturas de quienes, más allá de las divisiones posteriores, protagonizamos en forma conjunta aquellas jornadas de lucha, dolor y resistencia.

V.

Sobre los policías que apretaron el gatillo, no habrá durante el juicio mayores aportes que lo expuesto en las páginas que siguen, lo que debería ser suficiente para dictar condenas con las máximas penas para quienes asesinaron a nuestros compañeros. Y sobre los políticos que planificaron, complementaron la represión con directivas desde sus despachos y encubrieron y justificaron los crímenes, como también queda demostrado en las páginas que dan cuerpo a este trabajo, está claro que no será esta “justicia” la que los condene.

La contraparte de esta impunidad, lejos de la resignación o el escepticismo, fue y seguirá siendo la memoria, la denuncia y la lucha popular. Ahí están los carteles de la estación de Avellaneda, que a fuerza de insistencia militante ahora llevan los nombres de Darío y Maxi; ahí está, en el árbol de la estación, el rezo a “San Darío del andén”, manuscrito por una mano anónima y pegado sobre la corteza, mes a mes. Ahí están las pintadas con los nombres de los pibes en los paredones bonaerenses, exaltando la dignidad piquetera; y los comedores populares, centros culturales, agrupaciones estudiantiles, aulas universitarias, movimientos de desocupados que llevamos el nombre de los militantes asesinados en nuestras banderas y nuestros corazones; ahí seguimos estando, cada 26, agitando la desmemoria social, reclamando justicia, aunque las marchas y cortes de rutas y puentes “dificulten el tránsito” y alimenten el centimetraje alar-

mista y antipopular en medios de des-información. Ahí están también los artistas populares preparando obras de teatro, murales, canciones, para denunciar frente a los tribunales de Lomas de Zamora el inicio de un juicio que no hará justicia.

Y aunque todavía resulte insuficiente, ahí está el ex –presidente Duhalde teniendo que salir cada tantos meses a decir “yo no fui”, y soportando escraches en su propia casa; ahí está Oscar Rodríguez, ex -vicejefe de la SIDE, recluido en la cámara de diputados, señalado en los pasillos hasta por sus propios colegas como responsable de la planificación operativa de los asesinatos; ahí está Juan José Álvarez, “cerebro” de la acción conjunta de las fuerzas represivas que dio el marco necesario para los asesinatos, con su carrera manchada por el señalamiento de su responsabilidad criminal, escrachado cada vez que asume un cargo público y poniéndose nervioso cuando es interpelado por el periodismo sobre el tema; un poco más escondidos están también el ex -secretario de seguridad bonaerense Luis Genoud, el ex –jefe de la SIDE Carlos Soria, quien fuera jefe de gabinete Alfredo Atanasof, el por entonces ministro del Interior Jorge Matzkin, el ex –ministro de justicia Jorge Vanossi, el todavía gobernador bonaerense Felipe Solá y otros más... Está bien que sean señalados, que pese sobre ellos la condena social, pero si hablamos de justicia, esto solo resulta insuficiente. Tendremos que seguir aportando nuestro granito de arena, agrandando la conciencia social para que el repudio sea tal que los responsables finalmente deban pagar. Tendremos que seguir insistiendo, seguir luchando. Por Darío y Maxi, pero también por los 30.000 desaparecidos durante la dictadura, por los más de 50 asesinados en democracia en protestas sociales, y también para revertir esta terrible realidad donde generaciones enteras de pibes cuyas familias son mantenidas en la indigencia, están creciendo sub -alimentados y con sus capacidades intelectuales disminuidas, lo que condiciona el futuro de todo un pueblo. Por eso, para que haya verdadera justicia, lucharon Maxi y Darío. Por eso seguiremos adelante.

29 de mayo de 2009

A MODO DE PRÓLOGO

Compañeros de **la Verón**:

Doy vueltas y vueltas alrededor de esta escritura. ¿Qué decir en el umbral de un libro en el que ustedes hablan por sí mismos? Arranco, tacho y borro, empiezo otra vez y vuelvo a borrar. Se me cruzan los primeros encuentros en el barrio, el taller de formación y un asado en la parrilla fabricada en la herrería del Movimiento, con el 26 de junio en el hospital Fiorito y las marchas compartidas a Plaza de Mayo.

Recorro estas páginas que escribieron, escriben. Lo primero que encuentro es el nosotros. Otra vez nosotros. (Una seña de los 70 que secuestró la dictadura genocida fue ese conjugarnos en nosotros.) Repuesto después de tanto tiempo de pensarnos en yo, vos, él, ellos. Acá incluidos, abarcados, comprendidos, pertenecientes. Nosotros, compañeros, militantes.

“Nosotros” en el papel porque ya está en la práctica, la acción y la reflexión de **la Verón**. “Nosotros”; ustedes, sí, **la Verón**, que abren prácticas, acción y reflexión a otros para compartirlas en clave colectiva. Nos proponen ir más allá del piquete y el corte en la ruta y conocerlos en la asamblea, el taller, la producción, la reflexión política, en la resistencia. En el parto de este libro.

Un libro urdido como en telar con las manos, el corazón y la inteligencia de los MTD, debatido y discutido renglón a renglón, para dar cuenta del asesinato de Darío y Maxi; de los terroristas de Estado; de las trampas de jueces y fiscales; de la sociedad de impunidad ilimitada que mantienen gobernantes, punteros políticos y fuerzas represivas. Desde ahí se ve recuperada la revolucionaria práctica de preguntarse por qué, cómo, para qué, quiénes. De no dar nada por sabido sino penetrar más allá de lo que aparece en la superficie.

Singular decisión la de empuñar la palabra para investigarlo todo sobre el Puente Pueyrredón. Salir del lugar de la víctima –aunque este sistema de opresión los victimiza; la impunidad del poder represivo los victimiza– para ser tan protagonistas de la lucha cotidiana que programan y sostienen como de la escritura de la historia que los atraviesa y hacen. No ser dichos sino decirse. Escarbar, analizar, aprender. Cuando lo oficial es empujar a millones más allá de la subsistencia, **la Verón** hace un texto de militancia, reivindicación y lucha.

Denuncia de la represión en Avellaneda, de sus responsables materiales, políticos e ideológicos, sí. Pero tramada con otras represiones y

otros crímenes; con los negocios sucios de esta Bonaerense que aprendió de Camps a torturar sin pausa; con el programa del FMI cuya imposición inauguró la dictadura genocida; con la garantía de rutas sin cortes para la Sociedad Rural, La Nación, Hada, el Banco de Boston o Repsol.

Compañeros que viven el hambre, eligen rechazar el consumo fácil de la información digerida por otros. En este camino de hormigas hecho desde el expediente a las filmaciones, de los heridos a los comerciantes de Avellaneda han roto una línea de la cultura de los fragmentos para recuperar la mirada de la totalidad de un proceso. Ni errores ni excesos en la Masacre de Avellaneda, ni un batata descolgado por azar en El Jagüel. Planificación y decisión política para aniquilar la protesta social. También para cortarles vuelo a proyectos populares que confrontan con el sistema y construyen en torno a valores de dignidad, compromiso, solidaridad.

“¿Qué nos pasó aquel 26 de junio?” Pregunta. Preguntas para construir la autocrítica donde ponen en juego y bajo la lupa cada aspecto, cada decisión, todo lo hecho y propuesto en **la Verón**. Con cierto vértigo recorro el balance abierto en el que exhiben sin reservas ni oportunismo los déficits de sus análisis, la imprevisión en ciertas estrategias, la coexistencia conflictiva de posiciones diversas. ¿Dónde poner el acento cuando el Estado se vuelve cada vez más represivo? ¿En la planificación militar de una marcha, de un corte?, ¿en la masividad? ¿o en la ampliación del arco de convocatoria? ¿Ignorar o darle relieve al proceso judicial contra los asesinos del Puente Pueyrredón? ¿Táctica, estrategia, política, formas de funcionamiento? ¿Cómo convivir con el miedo y la necesidad, la decisión de seguir luchando? No hay complacencia ni autojustificación en los análisis. Hay precisión para valorar los aciertos y darles su lugar. Aunque tal vez más tarde vuelvan a ser revisados.

(Vuelta hacia las organizaciones populares de los 60 y los 70, en las que integramos a la autocrítica como rigurosa práctica revolucionaria. Ésta no solía exponerse a quienes no formaran parte de la agrupación, el partido, la organización. Aprendo de este Movimiento que desmenuza su realidad y la propone a la mirada de los otros, desafiando con su apertura a ensayar caminos alternativos. No es ingenuidad; no eluden los conflictos, pienso, se arriesgan a desatarlos.)

De todo esto deben juntar fuerza para asociar trabajo a dignidad, autonomía a cambio social; para combinar su condición de organizaciones reivindicativas de base con su carácter político. Para exigir a las autoridades que atiendan las demandas sociales mientras resignifican los subsidios oficiales

en panaderías, bloqueras, herrerías y huertas. Así intentan construirse como compañeros en el trabajo, la producción y el estudio. Disputándole al sistema la humanidad que con la explotación pretende arrebatarles.

Voy llegando al final de estas líneas, que no son aplauso de tribuna. Apenas pretendo contarles algunas cosas que el libro de **la Verón** –ustedes– llevó a la punta de mis dedos que teclean lento, al ritmo de mis ideas. (Y ya me pregunto ¿cómo será este libro después de que cada compañero del Movimiento vuelva a él, lo confronte con nuevas lecturas de prácticas y letras, allí se mire a sí mismo y le tache y le agregue?)

Nos encontramos en estas páginas compañeras como si fueran una ruta. Ruta que esta vez el piquete no corta sino que abre para recorrerla juntos. Piquete que ensanchó un puente que cruzamos muchos. Como bajo aquella lluvia de Avellaneda en julio, de dientes apretados, dolor en piel y huesos, ya con el hueco de Darío y de Maxi en el asfalto pero decididos a seguir la pelea.

Hasta la victoria, compañeros.

Nos vemos en la lucha. En cada vez que gritemos “¡Presentes!”
Seguros de que siempre estamos hablando de los nuestros.

VICKI DALEO
25 de mayo, 2003

PRESENTACIÓN (Y AGRADECIMIENTOS)

I.

Empezamos este trabajo por necesidad. Nos resultaba imprescindible indagar a fondo en lo que había pasado aquel 26 de junio. Conocer en detalle los pormenores de la represión y entender la profundidad con la que se había planificado una masacre que nos tuvo como blanco. ¿Habían sido *marcados* Darío Santillán y Maximiliano Kosteki en una movilización anterior? ¿Pudo el comisario Fanchiotti haber perseguido puntualmente a Santillán en venganza por los enfrentamientos previos y por eso le dio muerte? ¿O, finalmente, todo lo que pasó había sido planificado desde el gobierno, desde el mismo gabinete presidencial? Otras tantas preguntas hicieron foco en nuestra propia actitud ¿Era previsible que nos pasara algo así? ¿No supimos o no quisimos evitarlo? ¿Acaso provocamos la represión, tal como parecían documentar algunas fotografías periodísticas?

Fuimos buscando las respuestas, reafirmando las certezas, por medio de un trabajo novedoso para nosotros: aprendimos a leer un expediente judicial, a revisar un archivo periodístico, a tomar apuntes de horas y horas de filmaciones, a consultar nuestras propias fuentes, a chequear los datos. Y cruzamos ese trabajo con lo que ya sabíamos hacer: los balances colectivos entre los compañeros, la socialización de la información y el análisis político, las charlas y debates permanentes que van construyendo nuestras definiciones y nuestro Movimiento.

Entonces nos propusimos contar esta partecita de la historia de lucha de nuestro pueblo. Contarla desde nosotros y por boca nuestra: los piqueteros.

Así comenzó a tomar forma esta historia que excede el trabajo de investigación, donde se entremezclan las voces de los compañeros, desgrabaciones de asambleas y plenarios y el relato general que busca expresar con fidelidad, honestidad, orgullo y autocrítica lo que nos pasó aquel día. Y lo que somos.

En la Parte IV agregamos, además, los primeros trazos de un balance realizado en el seno de los Movimientos de Trabajadores Desocupados que integramos **la Verón**. Lo presentamos como un debate abierto, de la misma forma que durante largo tiempo se mantendrá abierto este trabajo. La lectura masiva en nuestros barrios; la incorporación de otras visiones que pudieron haber quedado afuera; las opiniones que surjan; la influencia a nivel judicial o político que pueda tener lo que aquí se denuncia y fundamenta; la impunidad de quienes decidieron que los policías apretaran el gatillo —que deberá coronarse en el juicio— y la reacción que eso

genere: todos estos elementos aportarán a una necesaria reelaboración de lo que aquí se vuelca.

Por último, un Anexo amplía el análisis a los variados métodos de represión que se aplicaron con mayor intensidad sobre piqueteros, trabajadores, asambleístas y estudiantes desde que el presidente interino Eduardo Duhalde asumió el poder. Propone analizar las formas represivas abiertas o encubiertas y las posturas de los “duros” y los “blandos”, al calor del debate sobre las doctrinas represivas de ayer y de hoy, siempre impulsadas desde las usinas ideológicas norteamericanas con fines contrainsurgentes. Los relatos y ejemplos documentados recorren las estructuras mafiosas de los municipios del Gran Buenos Aires, donde se asienta el poder del aparato político más importante del país.

Nos queda como deuda explicar y contar mejor qué somos los piqueteros más allá del piquete: los emprendimientos de trabajo productivo y comunitario, los talleres de formación, la educación popular. Si estas actividades que fortalecen nuestra construcción cotidiana de base no ocupan más espacio en estas páginas es porque buscamos fijar la atención en objetivo central del relato. Algunas fotos que incorporamos en la Parte I buscan cubrir esa falencia, mostrando nuestros barrios y nuestro trabajo. Las otras fotos e ilustraciones, en cambio, documentan y complementan la narración de los hechos.

II.

El poder económico y sus voceros en los medios de comunicación, la clase política y el Poder Judicial buscan garantizar el máximo nivel de impunidad para quienes participan directa o indirectamente en tareas sucias como la Masacre de Avellaneda. Así queda demostrado en la historia de la represión a las luchas sociales. Por desgracia, contamos con innumerables ejemplos. Basta con señalar el caso reciente de las sucesivas represiones a los trabajadores desocupados de General Mosconi, provincia de Salta, donde tras el asesinato de cinco piqueteros en los últimos seis años, los procesos judiciales no hicieron otra cosa que premiar a los verdugos y condenar a las víctimas: jueces y represores fueron ascendidos y los piqueteros, asesinados o encarcelados.

En este caso, las fotografías que mostraron el momento en que Darío era fusilado por la espalda señalaron también el rostro de los policías. Entonces, la impunidad tomó forma de encubrimiento y protección a los responsables políticos. A pesar de la evidencia que aquí se vuelca –y que en muchos casos fue información pública– ningún funcionario por encima de los policías que apretaron el gatillo fue siquiera citado a declarar. Jueces y fiscales

investigan los crímenes como si se tratara de un mero hecho policial y no el resultado de una decisión política.

No creemos en este Poder Judicial que dicta órdenes de desalojo y represión contra los trabajadores, persigue y encarcela a luchadores sociales, todo para defender los intereses de los poderosos. De la misma forma van a defender a sus socios, los políticos, con quienes comparten la responsabilidad de sostener este sistema de injusticias, que tiembla cada vez que avanza la lucha social.

Si durante estos meses la impunidad tuvo algún contrapeso, éste fue la permanente movilización popular que mantuvimos cada día 26 de cada mes. El señalamiento público de los responsables a través de la denuncia, la movilización y los escraches se convirtió en la forma en que los de abajo tenemos de exigir justicia.

Concebimos este libro, entonces, como una herramienta más de lucha. Por eso buscamos darle la mayor difusión, para que quienes vivimos los asesinatos de Darío y Maxi con bronca e indignación tengamos una forma más de aportar ese imprescindible granito de arena que es la participación de cada uno: acercando el trabajo a otros, recomendándolo, difundiéndolo por todos los medios posibles. Ayudando así a que se conozca, también, lo que hacían Darío y Maxi en nuestros Movimientos, que es el verdadero motivo por el cual fueron asesinados: porque con su dedicación y su militancia cotidiana trabajaban para cambiar la sociedad.

III.

Innumerables esfuerzos aportaron a todo el proceso que termina ahora en la publicación de este libro. Algunos casos, por peso propio, aparecen mencionados en el cuerpo del relato y la investigación. No podemos dejar de mencionar a los compañeros de la Agencia de Noticias RedAcción, el colectivo de contrainformación Indymedia Argentina, la agencia *lavaca.org*, el programa radial *Giro a la izquierda* de FM La Tribu, los organismos de derechos humanos Correpi (Coordinadora contra la Represión Policial e Institucional) y Asociación de Ex Detenidos Desaparecidos, el Galpón Sur de La Plata, HIJOS Frente Gran Buenos Aires, integrantes del Taller de Serigrafía Popular y de la Asamblea de Scalabrini Ortiz y Córdoba, y otros tantos asambleístas, periodistas, fotógrafos, compañeros y amigos que, como suele decirse, mencionarlos haría la lista interminable. También es justo agradecerlos entre nosotros, los compañeros del MTD: nos complementamos en las tareas y nos organizamos para que algunos se dedicaran, como parte de su trabajo y su militancia, a la elaboración de este material.



**parte 1 – nosotros
trabajadores desocupados**



Fotografías página anterior:
Amasando el pan para todos.
Planificación del trabajo colectivo.



Confección de zapatos.



Taller de costura.



Dario trabajando en la bloquera del MTD.



Panadería comunitaria.



Agua caliente en el piquete.



A la noche, alrededor del fogón.



Maxi llevando la bandera.



Limpiando el barrio.

1. Por trabajo, dignidad y cambio social

Darío y Maxi fueron parte de los 4.000 desocupados que el 26 de junio nos movilizamos al Puente Pueyrredón. Junto a sus compañeras y compañeros del barrio, aquella mañana compartieron desde temprano las tareas organizativas para la jornada. Cada día trabajaban en emprendimientos comunitarios, se organizaban, soñaban. Con su lucha buscaban cambiar la sociedad, construir un futuro con justicia, trabajo y dignidad para todos. Desatada la represión, resistieron con firmeza hasta que fueron asesinados.

“El gobierno está intentando que desactivemos todas nuestras luchas. Por eso hoy, más que por alimentos y por planes, compañeros, la lucha es por la dignidad y por sostener este Movimiento que siempre decimos que vamos a defender. Si nos gana el miedo nos van a debilitar del todo y vamos a perder todo lo que ganamos en estos años. Por eso, compañeros, es muy importante que hoy le pongamos fuerza. Ellos dicen que no nos van a dejar cortar. Que van a permitir las marchas, pero no los bloqueos. El tema es si la Aníbal Verón está dispuesta, como siempre, a bloquear los puentes cueste lo que cueste. Compañeros, hemos marchado, ¿se acuerdan? al Ministerio de Acción Social y de Trabajo. Nos volvimos con las manos vacías. Hicimos un corte de un solo puente y también nos volvimos sin lograr nada. Les tomamos el Ministerio de La Plata y por lo menos unos alimentos logramos, ¿no es cierto? Pero no alcanza para nada. Ahora, si nosotros no podemos bloquear los puentes hoy, cuando querramos salir a luchar mañana no vamos a poder. Y con un corte de ruta en el barrio ¿vamos a conquistar el aumento, el alimento, las renovaciones?”

Aquella mañana Sebastián Conti participaba de la asamblea del MTD en el playón de la estación de trenes de Cláypole, mezclado en la ronda de unos 200 vecinos que se ponían de acuerdo antes de partir hacia Avellaneda. Escuchaba con atención las palabras decididas del compañero que sintetizaba lo que muchos, como él, estaban pensando y sintiendo. Sebastián tiene 26 años, vive en el barrio 2 de Abril y aunque terminó los estudios secundarios nunca pudo conseguir trabajo. Tres horas después de la

asamblea, iniciada la represión en el Puente, un proyectil de plomo calibre 9 milímetros. lo impactó por la espalda y quedó alojado en su pulmón derecho, poniendo en riesgo su vida.

La asamblea fue breve, porque el debate sobre las posibilidades de represión y la decisión de ir de todos modos a cortar el Puente Pueyrredón ya había sido planteado en cada barrio durante la semana.

“Entonces es importante que hoy cortemos esos puentes, compañeros. Aunque sea difícil y aunque algunos nos tengamos que comer una garroteada, porque a veces hay que ponerle el lomo a la situación. Pero bueno, el tema es si estamos dispuestos, si realmente somos piqueteros como decimos siempre. Que acá están los piqueteros, los de la dignidad, los que no aflojan. ¿Estamos dispuestos, compañeros, a cortar?”

Con estas textuales palabras los compañeros del Movimiento de Trabajadores Desocupados de Almirante Brown terminaban su asamblea, que quedó registrada en la filmación de un medio de comunicación alternativo, Indy-media. La ratificación de la medida fue unánime y todos los cumpas presentes expresaron su entusiasmo –moderado– a través de un cerrado aplauso. En los rostros de Sebastián y sus compañeros podía percibirse el ánimo, que estaba como el clima: frío y tenso, pero dejando lugar a una mueca de esperanza: el sol, tímido, empezaba a calentar.

En los barrios más humildes del Gran Buenos Aires y la Capital otras tantas asambleas fueron realizadas por los compañeros que iríamos a movilizarlos. Antes de partir a una medida de lucha solemos hacer esas asambleas cortas, ágiles, de repaso, coordinadas por alguien con capacidad de síntesis para que ningún planteo se vaya por las nubes minutos antes de la salida. Los ramales del ferrocarril que confluyen en la estación Constitución y que pasan necesariamente por Avellaneda, fueron testigos de la concurrencia piquetera desde los distintos puntos del conurbano sur hasta el Puente Pueyrredón. Sebastián y sus compañeros, Martina, Maxi, doña Celestina, don Ciro, Darío, Cristina con su bebé de cinco meses y otros miles, partimos desde nuestros barrios en Solano, Florencio Varela, Berazategui, Lanús, Avellaneda, Almirante Brown, Quilmes, José C. Paz, Echeverría, Lomas de Zamora, Lugano y San Telmo, para confluir en el reclamo por Trabajo y Dignidad que tanto preocupa a los poderosos.

Antes de la partida desde la estación de trenes de Cláypole, la filmación registró, también, el diálogo que algún cumpa siempre se ofrece a mantener con todos y los aplausos que coronaron la asamblea:

-Aníbal Verón...

-Presente!!! –contestaron con fuerza Sebastián y los demás.

-Aníbal Verón...

-Presente!!!

-Ahora...

-... y siempre!!!

- Ahora...

- ... y siempre!!!

-¿Dónde nos vemos compañeros?

-¡¡¡En la lucha!!!

En los barrios

Los primeros compañeros y vecinos que iban a sumarse a la protesta llegaron al Salón Comunitario del Barrio La Fe a las 8 de la mañana. Darío Santillán estuvo allí desde temprano, ansioso. La tarde anterior había participado de la reunión de seguridad de los cuatro barrios del MTD de Lanús. Había llevado a ese encuentro seis fotos tomadas en las movilizaciones y cortes de ruta realizados desde que asumió Duhalde, en las que habíamos sufrido distintas provocaciones. Veía con especial preocupación que la represión venía tomando formas imprevistas, como agresiones sobre los piquetes efectuadas por personal de civil.

La primera foto era de enero: un hombre con una pistola 9 milímetros lista para disparar, con un equipo de comunicaciones conectado en su oído, amenazaba a los piqueteros que cortábamos el Puente Pueyrredón. La segunda era de febrero y mostraba una camioneta robada embistiendo un piquete a toda velocidad sobre la autopista sin que nadie pudiera impedirlo. El último episodio había ocurrido quince días atrás, cuando una patota de matones armados se apostó en la entrada de la Municipalidad de Presidente Perón para esperar la llegada de los manifestantes. Darío había utilizado esas fotos para evaluar con sus compañeros, en aquella reunión, las distintas *hipótesis de conflicto* ante la nueva medida de fuerza que se avecinaba. Como nunca antes, el gobierno había logrado instalar una verdadera guerra de nervios en torno a la jornada de lucha piquetera.

Sin embargo, aquella mañana, la inquietud por la represión compartía prioridades con el resto de las tareas organizativas. Desde los primeros minutos distintos compañeros participaron de los aprestos para el corte. Los compañeros y compañeras que trabajan en la cocina prepararon lo necesario para la olla popular que realizaríamos bajo el Puente una vez instalado el piquete. Otro grupo de compañeros se ocupó de confirmar si la camioneta del barrio podría llevar los cajones con la comida, las ollas y otros bul-

tos pesados que no se podrían trasladar en el viaje, primero en colectivo y, finalmente, en tren hasta la estación de Avellaneda.

Para todos los Movimientos, la jornada del 26 tenía una importancia especial. A diferencia de otras oportunidades en que había marchado sólo una parte de los compañeros de cada barrio, aquella mañana nos movilizaríamos todos. La noche anterior en la panadería no se había amasado más que el pan para llevar al piquete. En el obrador, los compañeros de la bloquera y de herrería solamente firmaron las planillas de asistencia para sumarse a la protesta, igual que los compañeros del taller de costura, del comedor, de la construcción de la biblioteca y del horno de barro.

Habíamos convocado a la jornada de lucha reclamando seis puntos:

- El pago de los planes de empleo, ya que muchos compañeros estaban desde hacía meses sin cobrar.
- Aumento de los subsidios de 150 a 300 pesos.
- Implementación de un plan alimentario bajo gestión de los propios desocupados.
- Insumos para las escuelas y los centros de salud de los barrios.
- Desprocesamiento de los luchadores sociales y el fin de la represión.

A último momento, ante la amenaza de desalojo de la fábrica Zanón, ocupada y puesta a producir por los trabajadores, incorporamos una declaración de solidaridad.

La información que había circulado durante la semana previa en los barrios sobre la forma en que el gobierno se proponía responder a la protesta había sido genérica, poco precisa. Sólo después del 26 de junio, tras las muertes, los compañeros del barrio de Darío comenzaron a hacer talleres de lectura de los diarios y a analizar las noticias del día. Hasta entonces, en las asambleas cada cual comentaba lo que había escuchado en el noticiero de la tele o en la radio. Aquellos cumpas que venían participando de las reuniones de la Coordinadora o en algunas reuniones de delegados de barrio tenían más elementos de información y análisis, aunque eso no siempre alcanzaba para que en cada asamblea la información se socializara eficazmente.

Sí todos sabíamos lo mismo: el Gobierno había anunciado públicamente que no permitiría los cortes de ruta. “*Los intentos de aislar totalmente la Capital serán considerados una acción bélica*” había advertido el secretario de Seguridad Juan José Álvarez una semana antes¹. Funcionarios de los gobiernos nacional y de la provincia de Buenos Aires venían evitando el diálogo con nuestros Movimientos. Si bien los compañeros que habían participado de las

1. Diario Clarín, “Buscan frenar cortes de puentes”. Miércoles 19 de junio de 2003.

últimas reuniones de Coordinadora preveían hipótesis de resistencia y repliegue ante la posible represión y esa caracterización se planteaba con claridad ante todos los compañeros, en las asambleas de los barrios no terminábamos de asumir un clima abiertamente belicista.

Había opiniones, diagnósticos distintos. Algunos pensaban que las declaraciones de Álvarez eran una bravuconada del gobierno. Así lo comentó un compañero aquella mañana: *“De la Rúa pasó sus dos penosos años en el gobierno anunciando ante cada jornada de lucha que no iba a permitir ‘excesos en la protesta’ y terminó saliendo por los techos de la Casa Rosada en helicóptero”*, dijo, entre la incapacidad de interpretar lo que venía y la voluntad de transmitir confianza.

Entre los que percibían que la cosa podía ponerse bien fea estaba Darío y algunos de los muchachos que lo acompañaban en las tareas de seguridad. No era tanto una cuestión de manejar información concreta, sino de percibir un clima. Desde que asumió Duhalde, los intendentes del conurbano retomaron el control de la asistencia social y se propusieron disputarles *“las calles a los piqueteros”*, como decían ellos en sus reuniones del Partido. A partir de entonces las formas represivas se volvieron tan variadas como imprevisibles. En sólo seis meses habían matado a Javier Barrionuevo en un piquete en Esteban Echeverría, balearon una movilización frente a la Municipalidad de Lanús y amenazaron e intimidaron a compañeros por decenas. A principios de junio, Darío había estado en la movilización frente al municipio de Presidente Perón, donde la patota armada del PJ se mostró abiertamente dispuesta a enfrentarnos.

De todas maneras, aun los más preocupados pensábamos en un escenario con alguna instancia de negociación o advertencia previa. Esperábamos encontrar en el Puente Pueyrredón algo parecido a lo que habíamos tenido que sortear en ocasiones anteriores: un operativo policial intimidante que, sin embargo, no evitaría el corte. Así había pasado en julio de 2001 cuando bloqueamos junto a otras organizaciones los accesos a la Capital para repudiar la represión que había dejado dos nuevos muertos en Mosconi. Y más cerca en el tiempo, en abril, durante un multitudinario piquete en la Rotonda de Alpargatas. En los dos casos, la decisión de **la Verón** había sido mantener la tensión todo lo que se pudiera, sabiendo que la demostración de fuerza ante el gobierno no pasaba tanto por la permanencia en el lugar sino por la actitud de desafiar la orden de represión, aunque fuera por un tiempo limitado.

También es cierto que entre los más jóvenes había a quienes, sin demasia-

do análisis, no les disgustaba la idea de enfrentarse con la policía. Son pibes marginados, ninguneados o reprimidos por tomar una cerveza en cualquier esquina del barrio o por *portación de rostro*. Esos pibes que en su gran mayoría cuentan con alguna *entrada* en la comisaría, en muchos casos sin motivo, pero siempre acompañada por golpizas y malos tratos. Algunos, los menos, pudieron estudiar; otros, consumidos por la droga, sobreviven como pueden. Pero ninguno de ellos puede pensarse un futuro en esta Argentina de la exclusión.

“En barrios como los nuestros, ante la policía los pibes tienen sólo dos posibilidades: agachar la cabeza o esquivar los palos del milico”, dice Marcelo, que tiene 34 años y dos nenas hermosas de 9 y 7. Él es mayor que el grueso de los vagos del barrio, pero conoce bien sus códigos y, por eso, es uno de los compañeros más activos en las tareas de seguridad. “En el piquete la relación con la cana es otra. Hay otra autoestima y eso genera un orgullo de querer hacerte cargo. Los pibes encuentran en el piquete y en el Movimiento una identidad social. Son algo. Son piqueteros. La marginación permanente, el patrullero en el barrio, en una esquina, todo eso se invierte. Tiene un sentido. El piquete es nuestro territorio. Ahí vos estás con la cara tapada y con el palo, cara a cara con el milico que tenés enfrente y le decís ‘yuta puta’. Le decís en la cara que es un hijo de puta. Eso te da un sentido de integración, de dignidad”.”

Pero aquella mañana, los que pensaban una cosa u otra estaban colaborando con los preparativos, dispuestos a repasar los últimos detalles en la asamblea general previa a la partida. Unos 200 compañeros y compañeras de los barrios de Monte Chingolo se concentraron frente al Salón Comunitario y allí se repasaron los criterios generales: *“Que éramos trabajadores desocupados con sus familias, en lucha; que por eso no se podía tomar alcohol ni drogarse durante la jornada y que quien no estuviera seguro de poder cumplirlo era preferible que se quedara. Que los compañeros a cargo de la seguridad serían solamente los que habían participado en la reunión del día anterior, para que nadie que no conociera los criterios pudiera hacer cagadas.”*

2. Marcelo Bouzas falleció ocho meses después, el 19 de marzo de 2003, en el marco de otra jornada de lucha. Un cáncer avanzado lo tenía muy debilitado, y aun así no quiso dejar de participar en el movimiento y sus luchas. Cuando se dirigía con sus compañeros al Puente Pueyrredón perdió el conocimiento y cayó del tren en movimiento. El obrador del MTD en el que él -al igual que Darío Santillán- trabajaba, ahora lleva su nombre.

Darío y la organización de la seguridad

La seguridad en las marchas y piquetes se había convertido en una obsesión para los movimientos que integramos **la Verón**, en especial desde la asunción de Duhalde el 1 de enero de 2002.

Darío era uno de los compañeros que mejor expresaba esa preocupación. El asesinato de Javier Barrionuevo durante un piquete en Esteban Echeverría, el 6 de febrero de 2002, había sido claramente entendido por todos nosotros como una provocación del gobierno. El agresor, Jorge *Batata* Bogado, era un comerciante amigo de la comisaría de El Jagüel y protegido del intendente de Ezeiza, el peronista Alejandro Granados. *Batata* Bogado sorteó el retén policial de madrugada con la complicidad de los agentes que permanecieron en el interior del patrullero. Avanzó hacia el piquete con su Ford Falcon, discutió con los muchachos que no lo dejaron pasar y con su arma hizo dos disparos. Uno le atravesó el cuello a Javier y lo mató. *“No me jodan que no quiero matar a nadie más”*, amenazó.

El día después del asesinato, mientras se sostenían nueve cortes de ruta en el sur del conurbano, Darío declaró a las cámaras de Canal 5 de Lanús: *“Mataron a un compañero. Lo hizo un puntero del PJ que trabajó para el intendente, colaborador de la dictadura militar. Eso no está saliendo en los medios, sale nada más que era un comerciante. Y gracias a la posición que tiene el gobierno de hacernos desgastar han matado a un compañero. ¿Cuántos muertos quieren ellos?”*.

Sobre esta clara conciencia apoyábamos los compañeros más decididos del Movimiento nuestra preocupación ante la represión.

La dedicación de Darío por los temas de seguridad no era muy distinta a la energía que volcaba en las tareas cotidianas. El trabajo de cada mañana junto a sus compañeros en la bloquera, su colaboración en las tareas de prensa y formación, la participación en las jornadas solidarias o lo que hubiera que hacer que aportara con el ejemplo a las ideas muy sencillas de compromiso y solidaridad.

Aunque tal vez sí era por algo en especial su interés en aprender a organizar una columna para la movilización o pensar la mejor respuesta ante una represión masiva. Darío militaba desde los 17 años. Entendía a la represión como la materialización de la injusticia cuando los oprimidos reaccionan con dignidad. Mucho hizo él con su militancia en la escuela secundaria y en los barrios donde había vivido, primero en Don Orión y después en La Fe, para despertar las conciencias adormecidas ante tantos años de marginación. Y cuando esas conciencias despertaban, se organizaban y exigían, ahí estaban las fuerzas policiales, el vallado, las armas, toda la vio-

lencia represiva del Estado para sostener un orden injusto contra quienes reclamamos justicia.

Esto es lo que percibía Darío. Y todos nosotros.

Contra esa barrera represiva nos veníamos chocando desde hacía meses, cuando salíamos al piquete. Por eso el área de seguridad, más que otras en el Movimiento, reúne a los jóvenes del barrio más dispuestos a la rebeldía y la acción. Motivos no les faltan en una sociedad que nos convierte en sospechosos sólo por el color de piel, por la ropa descosida o por la falta de buenos modales ante un sistema que día a día nos escupe el futuro.

Algunas ideas muy genéricas habíamos asumido, fruto de la práctica, como *principios* para la seguridad en una movilización o un corte: el piquete debía instalarse en la ruta (o en el puente, o la avenida) de manera tal que si el gobierno pensaba en reprimir no pudiera hacerlo impunemente. Tenía que ser una demostración de fuerzas que obligara a las autoridades a negociar y ceder ante las demandas planteadas. Si por el contrario el gobierno pensaba en reprimir, tendría que pagar el costo de encontrarse con una firme resistencia. Por eso el piquete no podía dejarse amedrentar por las presiones policiales, con las que habitualmente intentan atemorizarnos y desalentarnos.

Llegado el caso de una amenaza represiva seria, el objetivo siempre sería que el grueso de los compañeros, principalmente las personas mayores y las mujeres con sus hijos se retiraran del lugar de la forma menos problemática posible. Para eso, las primeras líneas de piqueteros debían demostrar capacidad de resistencia ante las fuerzas represivas, y eso se lograría con organización y disciplina, la portación de palos como elementos de autodefensa y una línea de neumáticos encendidos o elementos de barricada que resultaran un primer obstáculo si la policía intentaba avanzar. Durante los últimos años fuimos desarrollando los piquetes de **la Verón** con estas características.

Un elemento más se sumó con el tiempo: la necesidad de que los compañeros que estuvieran en esa primera línea del piquete se cubriesen el rostro. Fue una respuesta a las presiones y amenazas policiales, que se volvieron más frecuentes a medida que los movimientos crecimos y nos convertimos en un desafío concreto para el poder. El mecanismo de la policía para provocarnos era sencillo y efectivo: bastaba con señalar a determinados piqueteros con frases como “*A vos te vamos a ir a buscar*” o directamente hostigar a alguno de los pibes interceptándolo, días después de la protesta, en su barrio.

Semanas antes del 26 de junio, un grupo de estudiantes de la Universidad de La Plata charló sobre estas cuestiones con compañeros de Solano, Lanús y Brown. Uno de los cumpas que participa en tareas de seguridad explicaba: *“Si te fijás, detrás del cordón policial generalmente hay un señor con la cámara de filmación que está registrando a la gente que protesta, en un país donde hay 3.200 procesados por reclamar condiciones dignas de trabajo, entre otros derechos básicos elementales que no se respetan. No queremos más compañeros procesados. Pregúntenle a ese policía de civil por qué filma a los manifestantes, por qué necesita la policía tener registro de quiénes son los que protestan, quiénes están al frente de un piquete y todo eso. Como hay compañeros que no quieren estar en esa lista de procesados, se cubren la cara. Y en cuanto a los palos, si vemos que crecientemente hay provocaciones que generan niveles de enfrentamiento, queremos garantizar un cordón de seguridad para que la gente que se manifiesta pueda sentirse segura, cosa que no garantiza la policía, no garantiza nadie. Es más: mandan a producirnos disturbios en la movilización. Entonces la seguridad la tenemos que garantizar nosotros”*.

La concepción de la seguridad, entonces, puede explicarse en forma sencilla. El primer paso a dar ante el inicio de la represión es garantizar un repliegue organizado de las personas mayores, las mujeres y los chicos. La tarea de los compañeros de la primera línea del piquete será resistir el avance policial todo lo posible, sin desbandarse, para que el resto de los compañeros y vecinos puedan ir retirándose. Resistir como se resiste cualquier represión callejera: tirando piedras a la policía, devolviendo los gases lacrimógenos, tratando de hacer barricadas en las calles con lo que se encuentre: bolsas de basura o carteles de publicidad. Por eso algunos jóvenes van al piquete con su gomerita, lo que se asume con naturalidad. Nos genera cierta discusión, en cambio, la posibilidad de utilizar *molotovs*, botellas con nafta y una mecha de trapo que se utilizan para iniciar un fuego con rapidez cuando la represión ya se desató, para intentar frenar el avance de la policía.

Sin embargo, los métodos de represión paraestatal que se venían poniendo en marcha en los últimos meses quebraban en parte esa lógica lineal de autodefensa. Cuando debatíamos sobre la seguridad en los piquetes se generaba una tensión creciente ante la aparición de problemas nuevos, que no podían resolverse con aquel esquema inicial, básico, definido en función de una experiencia que nos iba quedando desactualizada.

Darío, que participaba de esos balances, notaba esta dificultad con preocupación.

Una de las imágenes más difundidas del 26 de junio fue la del inicio de la represión: un grupo de piqueteros se enfrenta cara a cara con un cordón que la policía mantuvo para provocar. En la primera fila se ve a Darío, junto a otros compañeros, con los palos en alto en actitud de ataque.

Las líneas que siguen, bien podrían ser parte de una autocrítica después de la represión. Pero en realidad fueron escritas por Darío un mes antes del 26 de junio y reflejan la búsqueda por ajustar los criterios de seguridad ante las nuevas provocaciones represivas. Los errores cometidos aquel miércoles en el Puente Pueyrredón indican que los piqueteros no fuimos capaces de asimilar a tiempo el balance autocrítico. Sin embargo, el escrito puede servir para mostrar que en el origen de los enfrentamientos no hubo por parte de los compañeros de esa primera línea una “*irracional vocación de ataque*”, como dijo el gobierno, sino apenas incapacidad para adecuar la organización de la seguridad a las nuevas provocaciones represivas. Esto escribió Darío en su cuaderno de apuntes un mes antes del 26, sintetizando un debate con sus compañeros: *“De nada sirve tomar posición en 2 ó 3 filas cuando ni siquiera se sabe utilizar un palo (cuestión que ya no sirve porque los represores conocen bien nuestras capacidades y limitaciones). Políticamente creo que es incorrecto: hacia adentro los compañeros de los piquetes se sobreestiman al verse muchos encapuchados y con palos y a veces se ceban muy mal, sea frente a los transeúntes o a la policía. Hacia afuera, aunque prácticamente no existe un rechazo hacia los piqueteros, lo que genera una formación de ‘encapuchados con palos’ es una especie de temor en la gente que se encuentra en las inmediaciones. Además, siempre es funcional al manejo despectivo de los medios masivos de comunicación.”*

La columna del MTD de Lanús salió del barrio La Fe a las nueve y media de la mañana. Por grupos, subieron a los colectivos de la línea 17, desde la terminal de Wilde, a 18 cuadras del barrio. No hubo problemas con los choferes, que dejaron viajar a todos los cumpas sin pagar boleto. Darío fue el último en subir. Iba a al corte sin pañuelo ni bufanda con la que taparse la cara. Tampoco llevaba la gorra ni el palo con el que horas después enfrentaría a la policía. Tuvo que pedir las tres cosas, una vez en el Puente, cuando se hizo evidente que el clima comenzaba a ponerse pesado.

Desde Guernica

Maximiliano Kosteki y otros pocos compañeros de su barrio estuvieron socorriendo heridos y tirando piedras, organizando la resistencia al inicio de la represión. Engrosaron, junto al resto, las primeras líneas de la columna, aunque Maxi no estuvo cara a cara con los policías cuando todo empezó.

Una vez que sonaron los primeros disparos, ajustó su bufanda negra y su gorra con visera para que no molestaran su visión, e imitó al resto de los piqueteros que hacíamos el aguante. Era la primera vez que participaba de una situación así, de represión y resistencia, y no lo hizo mal: se mantuvo siempre cerca de los compañeros que conocía, recogió y tiró piedras contra el cordón policial, respondió con atención cuando alguna voz más experta alertaba, ante el avance policial: “*vamos, vamos, vamos*” y todos iniciaban la corrida por la avenida unos pocos metros hacia atrás, para retomar una posición más firme con nuevas barricadas y seguir resistiendo. Cuando lo hirieron de muerte, su compañero Héctor Fernández estaba a su lado y lo cargó para llevarlo a la estación buscando refugio.

Héctor, Maxi y otros 20 vecinos se habían concentrado temprano aquella mañana en la estación de Glew para viajar hasta Avellaneda. Guernica es un distrito pobre del segundo cordón del conurbano bonaerense. Allí los cumpas habían comenzado a organizarse siete meses atrás, después de que algunos compañeros que venían participando del MTD en la localidad de Glew, a unas 25 cuadras, se animaron a intentarlo en su propio barrio. Por eso no eran tantos, pero también porque Guernica pertenece al municipio de Presidente Perón, que es manejado como un feudo por Oscar *El Flaco* Rodríguez, hombre de la derecha peronista que al 26 de junio ocupaba en el gobierno el cargo de vicejefe de la SIDE. Rodríguez había *ordenado* lo siguiente: en su municipio “*no hay pobres*”. Entonces, quien hiciera notar la pobreza, denunciándola o reclamando, debía ser acallado. Hasta el Club del Trueque había prohibido el intendente para que todos comprendieran su orden: “*no hay pobres*”.

Sin embargo, Maxi y los demás compañeros estaban pobres, empobrecidos, y daban vida al movimiento de desocupados para luchar contra eso. En Guernica, entonces, eran subversivos y los intimidaban y amenazaban para que dejaran de difundir por el barrio esa consigna tan molesta para los poderosos. Esa consigna que grita *Trabajo, Dignidad y Cambio Social*.

Antes Maxi paseaba perros o hacía algún trabajito temporario por unos pocos pesos. El anuncio de la puesta en marcha del Plan Jefas y Jefes de hogar le interesó; podría seguir con alguna changuita mientras cobraba los 150 pesos del subsidio. Desde que supo que algunos se estaban organizando en la casa de una compañera, no dudó en acercarse allí y anotarse en el Plan junto a los demás del MTD. Despreciaba a los punteros políticos, que decían que el subsidio era sólo para quienes tuvieran hijos. Sabía que en el Movimiento luchábamos para que los jóvenes sin hijos también fueran incorporados. Y lo conseguíamos. Maxi ya estaba ingresado en la lista de be-

neficiarios, aunque no llegó a cobrar el primer mes porque lo mataron antes. En su primera marcha, la jornada de lucha por el Día del Trabajador en Plaza de Mayo, Maxi había hecho lo que mejor sabía: dibujó. Un ángel, con su cara cubierta y un palo en sus manos. “*El ángel piquetero*”, festejaron los compañeros. Quince días después, en otra marcha a La Plata, ya se sentía más integrado: llevó la bandera del barrio.

El 26 de junio estuvo tranquilo, como siempre, pero más decidido. En la Estación de Glew, mientras esperaba el tren con el que recorrerían las diez estaciones hasta Avellaneda, le dijo a sus compañeros que quería participar en las tareas de seguridad, con quienes iban a estar al frente: llevaba la bufanda y la gorrita para cubrirse el rostro.

El viaje en tren también fue tranquilo, sin pagar boletos y sin que el guarda los molestara. Llegaron a Avellaneda temprano, con tiempo para compartir unos mates antes de la marcha hasta el Puente. Maxi agarró el termo y cebó. Cuando los movimientos de **la Verón** comenzamos a organizarnos sobre la avenida, los compañeros de Guernica se ubicaron detrás de los barrios del MTD de Solano y quedaron en el medio de la columna completa. Maxi y otros cuatro compañeros se separaron del grupo de su barrio para ir al frente. Minutos después se inició el enfrentamiento.

2. Los aprestos para la ejecución

Más de 400 efectivos de cuatro fuerzas de represión interior participaron del operativo del 26 de junio en Avellaneda. Lo hicieron uniformados o de civil, dejando constancia oficial o sin que quedara registro. Convocaron incluso a personal retirado que actuó como paramilitar. Al menos dos grupos de agentes se conformaron en forma ilegal como “grupos de tareas” con el objetivo de dar muerte a los manifestantes, asumiendo la autoría material de una operación política que estaba muy por encima de sus responsabilidades concretas en el accionar criminal.

En el operativo represivo del 26 de junio por primera vez actuaron de manera conjunta las tres fuerzas federales (Gendarmería, Prefectura y la Policía Federal) y la Policía bonaerense, para enfrentar la protesta social. Después de insistir durante meses en la necesidad de esta coordinación, el gobierno de Duhalde concretó su objetivo militarizando todos los accesos a la Capital, en los que desplegó más de dos mil efectivos bajo un mando común³. El resultado fue trágico.

La cantidad de policías bonaerenses que participaron de los operativos fue definida en cada caso por los jefes de la zona en que se encontraba el puente o acceso en cuestión. En Avellaneda, la tarea estuvo a cargo de la Departamental XIII con asiento en Lomas de Zamora, cuya jefatura ejerce el comisario mayor Félix Vega.

La Policía de la Provincia reconoció en forma pública haber destinado sólo 110 agentes, aunque en los informes aportados a la causa judicial figuran un total de 155 hombres de distintas áreas: el Comando de Patrullas, la comisaría 1ª y el Cuerpo de Infantería de Avellaneda; tres Escuadrones de Caballería de Ezeiza, el grupo especial de Infantería *Marea Azul* y el Cuerpo de Infantería de Glew. Otros 68 efectivos de Prefectura fueron destinados en dos grupos al Puente Pueyrredón. Un número similar de agentes federales fue apostado sobre el Puente, en jurisdicción de Capital. Com-

3. Declaraciones del jefe de Gendarmería Hugo Miranda, a la Agencia DyN, cable del 27 de junio de 2002, 03.02 horas..

pletó el dispositivo otro escuadrón de gendarmes ubicados como reserva en Plaza Constitución⁴.

La suma formal arroja unos 350 efectivos entre las distintas fuerzas, incluidos los grupos especiales antimotines, que contaron con el apoyo de carros de asalto y camiones hidrantes, patrulleros y camionetas policiales de al menos cuatro comisarías, un helicóptero de la Federal y otro de Prefectura.

Pero la realidad fue que en Avellaneda participaron muchos más agentes que los reconocidos: formaron parte de la represión efectivos que no figuran en los reportes oficiales, de uniforme o vestidos de civil, incluso retirados de la policía convocados con anticipación. Miembros de las comisarías 2ª y 3ª de Avellaneda estuvieron presentes sin que quedara constancia en las planillas oficiales. Su presencia sólo fue reconocida por los jefes policiales ante la evidencia televisiva y la denuncia de los manifestantes y abogados. Es el caso del oficial subinspector Vladimir Brezas, legajo 307.703, quien de civil persiguió manifestantes portando su escopeta marca Batán número 7997 y de los sargentos Carlos Riveros y Ramón Romero, a quienes posteriormente se citó para periciar sus armas. Todos ellos pertenecientes a la comisaría 2ª de Avellaneda. También de la comisaría 3ª de Dock Sud figuró personal *extra*: el oficial subinspector Marcelo Fiodomo fue visto en el lugar una vez iniciada la represión. Otros *refuerzos* no fueron reconocidos aunque quedaron debidamente documentados por investigaciones periodísticas: es el caso de personal retirado de las fuerzas represivas, como Celestino Robledo, ex agente bonaerense, quien actuó como parapolicial y acompañó a sus antiguos camaradas de fuerza persiguiendo y deteniendo manifestantes, incluso portando un arma reglamentaria facilitada por un agente en actividad⁵.

El comisario Alfredo Fanchiotti recorrió desde temprano los alrededores del Puente Pueyrredón junto a su chofer, el cabo Alejandro Acosta. Sus escopetas no quedaron asentadas aquella mañana junto a las demás, en el

4. Los informes del personal policial y de las demás fuerzas de seguridad constan en la Instrucción Penal Preparatoria N° 332.676 (en adelante citada como "Expediente Judicial"), fojas 253, 281/283, 473, 844.

5. Diversas fotografías muestran al parapolicial Robledo actuando como integrante del grupo de tareas que comandó Fanchiotti. En particular hacemos referencia a un video facilitado por el Colectivo *Argentina Arde*, en el que se ve a Robledo, al momento de la detención de manifestantes, con una escopeta Itaka de uso reglamentario de las fuerzas de seguridad. Si bien el fiscal pidió su procesamiento por "*ejercicio ilegítimo de funciones públicas*" (hacerse pasar por policía), no contempla en su fundamentación el agravante de haberlo hecho portando arma de fuego.

libro de registros del Comando de Patrullas. A diferencia del resto de los agentes, sus armas son de “*cargo permanente*”, es decir que las portan sin tener que devolverlas al finalizar cada operativo. Se trata de una escopeta marca Bataan y otra marca Magtech, que Fanchiotti y su chofer utilizan en forma indistinta. Tampoco los cartuchos quedaron asentados: el comisario puede retirar munición sin que quede registro y aquella mañana Acosta se aprovisionó para él y su jefe de cartuchos verdes y rojos: con postas de goma unos, y los otros, de plomo.

También sus camaradas de la comisaría 1ª de Avellaneda hicieron la recorrida previa: una hora antes de los enfrentamientos, el comisario Néstor Benedettis supervisó los puntos de concentración de los manifestantes secundado por un grupo de seis agentes entre los que se encontraban el oficial Mario de La Fuente y el suboficial Carlos Leiva. También ellos dispusieron munición de guerra para sus Itaka.

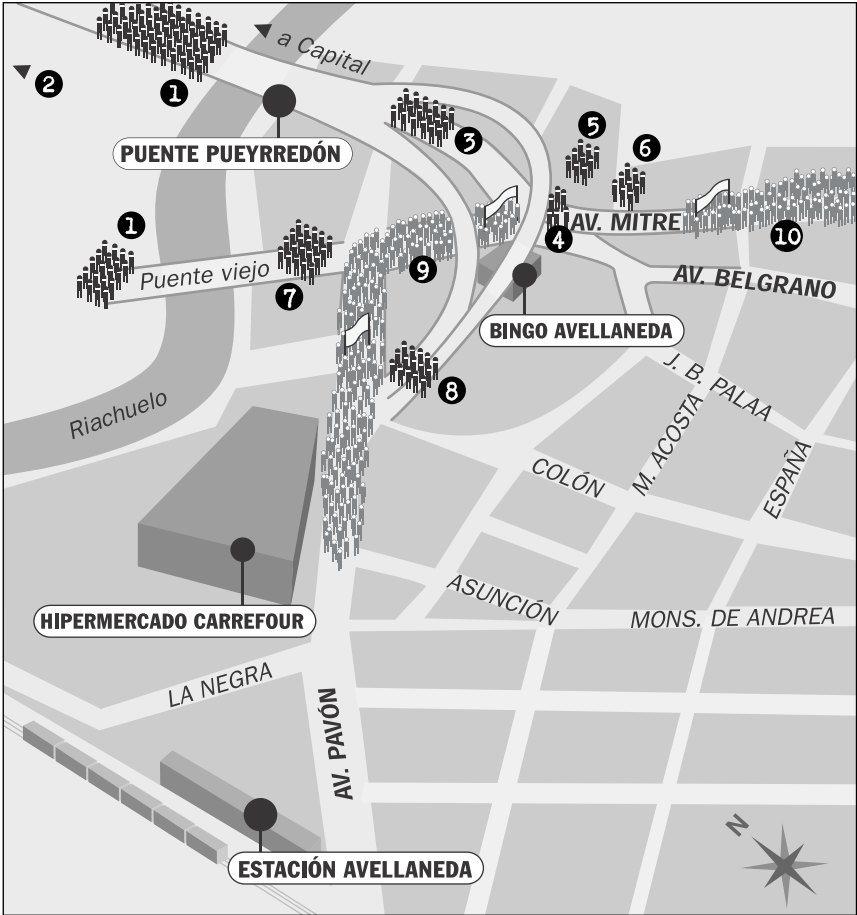
En medio de la recorrida las dos delegaciones policiales se encontraron y comentaron las novedades de interés para la represión que se avecinaba.

Eran las 11.40 cuando, ya encolumnados sobre la avenida Pavón frente a la estación de trenes de Avellaneda, los piqueteros de **la Verón** iniciamos la marcha al Puente del que nos separaban unos 700 metros.

La variedad de colores de los uniformes que se podían ver durante el corto recorrido sorprendió a más de un compañero. Los *cabeza de tortuga* (como en los barrios les decimos a los infantes con casco) esta vez eran azul oscuro unos y otros, de un celeste clarito. La Prefectura lucía un camuflado de tonos beige, grises y marroncitos. Sobre los puentes, Gendarmería aportaba al panorama los clásicos uniformes verde oliva. Más allá, el azul intenso de la Federal. Los de civil le daban un toque de informalidad al paisaje represivo multicolor. También los helicópteros y carros de asalto repetían las mismas identificaciones variadas que se mostraban a través de los uniformes. Lo que se multiplicaba sin distinción era el armamento: además de sus armas reglamentarias, muchos portaban bastones, escopetas Itaka y pistolas lanzagases. Los infantes, prefectos y gendarmes, escudos y cascos. El supermercado Carrefour, en cuya vereda sería baleado Maximiliano Kosteki, se cerró al público. Un nutrido equipo de seguridad con personal de civil, equipos de comunicaciones y largavistas siguió desde detrás de las rejas nuestro desplazamiento mientras pasábamos de largo por sus puertas.

Cuando llegamos a las inmediaciones del Puente, las fuerzas represivas estaban dispuestas como muestra el siguiente plano:

plano 1



Referencias:

Disposición de las fuerzas represivas antes que se iniciaran los enfrentamientos

1. La Policía Federal permaneció apostada en los dos puentes, del lado de la Capital.
2. Gendarmería Nacional mantuvo sus tropas en Plaza Constitución, como reserva.
3. Una formación de Prefectura Naval se apostó en la parte superior del Puente Pueyrredón. Al iniciarse la represión, se desplazó hacia la base del puente, disparando gases sobre los manifestantes.
4. El cordón de Infantería de Avellaneda a cargo del subcomisario Juan Carlos Cielli, fue dispuesto por Fanchiotti para que quedara en medio de las dos columnas que iban a confluir. Una vez iniciada la represión, desde esas posiciones fueron efectuados los primeros disparos con munición de guerra que hirieron a Mario Pérez.
5. Los integrantes del Comando de Patrullas y la comisaría 1ª de Avellaneda que conformaron el “grupo de tareas” que acompañó a Fanchiotti hasta la estación, estuvieron agrupados desde un inicio. Allí estaban los cabos Acosta y Colman, el principal Quevedo, el oficial De la Fuente y el parapolicial Robledo.
6. Integrantes de Infantería y Caballería del grupo especial antimotines Marea Azul a cargo del comisario Raúl Roda se apostaron sobre la avenida Mitre y después avanzaron reprimiendo en formación hasta plaza Alsina. Al igual que Fanchiotti por Pavón, el sargento Leiva y el subinspector Sierra dirigieron la patota que avanzó por Mitre en forma paralela a la formación de infantes, disparando con plomo y recogiendo los cartuchos.
7. Otro grupo de Prefectura custodió el Viejo Puente. Con la represión, avanzaron en formación hasta la Avenida.
8. El bloqueo de la subida al puente por la avenida Pavón forzó a la columna a dirigirse a la zona donde se produjo el inicio de la represión. El brazo del puente estaba ocupado por dos formaciones del grupo antimotines Marea Azul y un escuadrón de Caballería de Ezeiza, a cargo del oficial inspector Adrián Vázquez, principal Marchioli y subinspector Echeverría. Detrás, el refuerzo de otra formación de Prefectura. Todos estos efectivos avanzarían por la avenida Pavón hasta la entrada de la estación ferroviaria.

El arribo de las columnas piqueteras.

9. La columna de la Verón avanzó desde la estación de trenes hasta la base del puente. Los brazos de acceso que generalmente se utilizan para subir estaban custodiados (8), pero este camino se dejó liberado al avance piquetero.
10. La otra columna encabezada por el Bloque Piquetero avanzó desde plaza Alsina hasta el puente por la avenida Mitre. Al buscar confluir con quienes ya estaban allí, se encontró con los pocos integrantes de Infantería con los que finalmente chocaron.

3. “Con la finalidad de dar muerte a los manifestantes”⁶

Primero montaron una provocación.

Después la represión se extendió por un radio de más de 20 cuadras del Puente Pueyrredón y dejó al menos 33 compañeros heridos con postas de plomo. El número de muertos pudo haber ascendido a quince, si tenemos en cuenta los manifestantes que recibieron impactos en zonas vitales como el pecho o la cabeza. Además de los piqueteros, fueron heridos una asambleísta de Capital, una médica, un empleado ferroviario y un funcionario de la Municipalidad de Avellaneda. Hacia el sur, la cacería llegó hasta la estación de Gerli, en la frontera entre Avellaneda y Lanús, a una distancia de dos kilómetros del Puente. Hacia el este, abarcó once cuadras por la avenida Mitre y su calles paralelas. Una hora después de despejado el Puente y a más de 15 cuadras del lugar, todavía los policías seguían disparándonos con munición de guerra.

A las 11.45 nuestra columna ocupó la bajada del Puente Pueyrredón y el tránsito ya no pudo avanzar. De a poco fuimos ocupando todo el ancho de la calle. La avenida Pavón quedó quieta. Los colectivos y camiones que venían por el Puente se estancaron. Algunos intentaron moverse, pero el embotellamiento lo impidió.

Desde las 11.55 a las 11.59 el acceso permaneció cortado en un clima de tensión. La cámara de video del helicóptero de la Federal seguramente nos mostraba rodeados por una medialuna de tropas.

Abajo éramos unas tres mil quinientas personas, pertenecientes a tres de las cuatro organizaciones piqueteras que participamos en el corte: la Coordinadora Aníbal Verón, el Movimiento Independiente de Jubilados y Desocupados (MIJD) y Barrios de Pie. Un último contingente del Bloque Piquetero estaba rezagado y se acercaba al lugar por la avenida Mitre.

Nuestra idea inicial había sido llegar al Puente todos juntos, para contrapo-

6. Cita textual del fallo parcial que establece la prisión preventiva de Alfredo Fanchiotti y Alejandro Acosta, por la jueza Marisa Salvo. Expediente Judicial, Foja 2433.

ner la masividad de la marcha a la amenaza de represión. Dos días antes, sin embargo, el Bloque Piquetero cambió de planes y decidió concentrarse en Plaza Alsina. Por eso ese día, en lugar de una movilización única, hubo dos columnas llegando al Puente por lugares distintos.

Mientras la segunda columna se acercaba por Mitre, el comisario Fanchiotti mantuvo un línea de Infantería cruzada a lo ancho la avenida Mitre, a 20 metros del puente cortado. Unos pocos policías, no más de diez, permanecieron así en el medio de los dos grupos de manifestantes.

No hizo falta nada más: mientras Fanchiotti sostenía ese reducido grupo de infantes, la primera línea de compañeros de **la Verón** avanzó hacia los policías hasta quedar a un metro de distancia. Los del Bloque, mientras tanto, ya estaban prácticamente encima.

¿Por qué nuestros compañeros se acercaron tanto al cordón policial?

La provocación

El corte del puente y los inicios de la represión

En los balances de cada MTD surgieron distintas explicaciones. Algunos cumpas plantearon que, al ver llegar a la columna del Bloque, se aproximaron para recibirlos quedando cara a cara con la Infantería. Otros compañeros, en cambio, sostuvieron que como era seguro que habría represión, era conveniente acercarse para acortar la distancia con los policías y obstaculizarles así la línea de tiro. Un tercer razonamiento planteó que ante la superioridad numérica respecto a los pocos policías, y si lográbamos mostrarnos firmes, el cordón de Infantería iba a correrse. En todos los casos, las *hipótesis de conflicto* se basaban en la idea de que si había represión, ésta se limitaría a los gases lacrimógenos y las balas de goma.

Cuando policías y desocupados estuvieron tan cerca como para olerse el aliento, una compañera bajita que avanzaba con la columna del Bloque, agarró de la manga a quien se mostraba ostensiblemente como jefe del Grupo de Infantería y lo zamarreó. Era el comisario Fanchiotti. Los efectivos de Infantería, sin terminar de comprender por qué se les había ordenado permanecer allí, aprestaron sus bastones, Itakas y pistolas lanzagases. En la primera fila de **la Verón** hubo palos en alto.

Entonces se inició la represión.

“Nos comimos una provocación que no supimos evitar” dice uno de los cumpas que estaba en esa primera línea cuando todo empezó. “Nosotros estábamos mal organizados. Incluso una vez que empiezan a reprimir no estábamos preparados ni siquiera para replegar de manera ordenada y que no corrieran riesgo los compañeros y compañeras de nuestros barrios. Es

importante que te aclare esto, como una cuestión autocrítica ya desde el vamos, antes de analizar lo que pasó cuando se inició la represión. Por ejemplo: algunos de nosotros, incluso compañeros con responsabilidad, pensaban que la columna del Bloque Piquetero llegaría por Pavón, detrás nuestro, sin saber que ellos habían resuelto cambiar el lugar de concentración y estaban ya en ese momento en plaza Alsina para marchar hacia el Puente por la Avenida Mitre. El mismo Fanchiotti después declara que él sí sabía desde temprano que estas dos columnas debían confluir. Eso explica por qué nosotros, una vez llegados a la base del Puente, nos encontramos con un cordón de infantería que no estaba para que no avanzáramos hacia la Capital, sino para separarnos de la avenida Mitre. Aunque en ese momento no entendimos por qué. Ni siquiera cuando vimos avanzar la columna del Bloque Piquetero por Mitre hacia nosotros nos dimos cuenta de la maniobra de la policía. Los milicos mantenían, por orden de Fanchiotti, el cordón de Infantería como una barrera sobre la que los compañeros irían a chocar.”

“A ver, volvamos para atrás, al inicio de la marcha. —sigue otro compañero, dándole cuerpo a la reconstrucción— La columna de la Aníbal Verón, con más de 3.000 compañeros, era la más grande de las que iban a movilizarse. Salimos desde la estación de Avellaneda y caminamos 600 metros hasta el Puente. ¿Por qué nos dejaron llegar a la base en vez de frenarnos antes? Habíamos pasado por un primer cordón que lo único que nos impidió fue subir por el brazo del Puente que da a Pavón, pero nos mantuvo abierto el paso hacia el lugar donde empezó todo. Nos indujeron a que llegáramos a la base del Puente por donde ellos querían, pudiéndolo haber evitado simplemente con otro cordón de 40 efectivos que cerraran por completo la avenida Pavón. Sin embargo, nos dejaron un paso abierto para que nos metiéramos como en un embudo...

—Pero nuestra intención era llegar a la base del puente...

—Sí, por eso avanzamos hacia allí. Pero eso no quita que desde el punto de vista represivo también a ellos les convenía que el Puente estuviera cortado, aunque sea en la base, para que existiera delito y entonces desalojar. Pudieron haber evitado el corte, pero no querían simplemente que no cortáramos el Puente. Lo que querían era reprimir, dejar como un escarmiento. Por eso en lugar de cerrarnos el paso nos montan una provocación: en todas las fotos se ve el choque de manifestantes por delante y por detrás con un cordón flaco de Infantería. Los medios de comunicación hicieron hincapié en que esos policías fueron agredidos. No te voy a decir que no, pero, ¿qué sentido preventivo tenía ese cordón puesto ahí? Fijate qué paradoja: una vez en la base, nosotros no subimos al Puente porque sabía-

mos que había gran cantidad de tropas de Prefectura arriba. Pero estaban como 200 metros arriba, o sea que teníamos lugar para avanzar por el Puente si queríamos. Ese espacio nos lo dejaron abierto, pero pusieron un cordón de Infantería sobre Mitre, donde no tenía razón de estar. Ese cordón policial cobra sentido sólo si quien lo ordenó sabía que iba a quedar en el medio de dos columnas de manifestantes, la nuestra y la del Bloque. Y eso lo sabían ellos más que nosotros.

—Entonces esa actitud de la Infantería, desde el punto de vista de lo que ellos buscaban provocar, no fue un error...

—Seguro que no. Hasta ahora hablamos de dos indicios que muestran cómo montaron las condiciones para reprimir. Primero, que nos dejaron llegar hasta la base del Puente. Segundo, que el cordón de Infantería estaba ubicado en un lugar absurdo, en medio de donde iban a confluir dos columnas de manifestantes. El tercer elemento es quién dirige a los policías de ese cordón. Cuando la columna del Bloque llega, parte del cordón de Infantería comienza a retirarse. Pero Fanchiotti, Itaka en mano, les insiste a sus subordinados para que se queden, que aguanten allí. Es clarita esa imagen en los videos: cómo algunos canas a los que les quedaba algo de sentido común tienden a correrse para el costado. Y cómo Fanchiotti se queda él mismo ordenando a otros canas del cordón para que se mantengan donde estaban. Ahí se dan los primeros roces, que si ves bien en las filmaciones de la tele son empujones y bastonazos, hasta que hacen sonar los primeros gases y tiros de escopeta. Era el lugar más inteligente para montar una provocación. Estaban todas las cámaras de televisión y, como eran pocos en ese cordón de Infantería, quedaron fácilmente como víctimas.

LA CACERÍA

Por Pavón

Mario Pérez fue el primer cumpa que recibió un impacto de munición de plomo, al inicio de la represión. Estaba en la vereda del bingo de Avellaneda cuando escuchó los primeros disparos y vio caer un cartucho de gas lacrimógeno a medio metro, sobre el asfalto. Tuvo el impulso de darse vuelta y correr, pero sintió un golpe seco en la pierna derecha y otro en la izquierda. Cayó sobre la vereda e inmediatamente alguien lo levantó y lo ayudó a que corriera con él. Era Darío, quien lo acompañó en la retirada hasta que encontraron a Enrique, el hijo de Mario. Darío volvió a agruparse con sus compañeros y Mario, de 44 años, y su hijo mayor pudieron llegar a la estación de servicio Shell, desde donde una ambulancia los trasladó al hospital. Mario se había movilizizado aquel día con el MTD de Florencio Varela, con su familia y sus vecinos.

Aurora Cividino llegó desde San Telmo con un grupo de assembleístas que decidieron sumarse solidariamente a la protesta. También corrió en desbandada apenas escuchó las detonaciones. Logró llegar a la esquina de Pavón, dobló siguiendo a la multitud y estaba a la altura del supermercado Carrefour, de espaldas al cordón policial, cuando la hirieron. En el hospital supo que le habían dado dos tiros. Tenía fracturado el fémur izquierdo y una segunda bala alojada en el muslo derecho.

Cincuenta metros más adelante del lugar donde Aurora cayó, unos 200 piqueteros hacíamos frente con piedras y gomeras al cordón de la Bonaerense y de Prefectura que avanzaba disparando. Tratábamos de demorar la embestida para organizar la retirada. Ahí, entre nosotros, estaban Maximiliano Kosteki, Miguel Ángel Paniagua y Carlos Romeo parados a la altura del arco de entrada de Carrefour. Un mismo disparo de nueve perdigones les dio a los tres: para Maxi, la lesión en el pecho fue mortal. Otros dos perdigones atravesaron sus piernas. A Miguel Ángel un plomo le quebró la pierna izquierda. Carlos Romeo le dio la espalda a los uniformados segundos antes de recibir otro de los perdigones en su hombro derecho. Si se repasan las imágenes que registró el canal de noticias Crónica TV, puede verse el momento en que Maximiliano fue herido de muerte. En el costado superior derecho de la pantalla, el reloj digital que acompaña la transmisión indicaba las 12.42 en el momento en que Maxi caía. Habían pasado más de 40 minutos del inicio de la represión y los uniformados parecían tener objetivos, pero no plazos. Sin apurarse, todo el tiempo avanzaron en forma constante sobre nosotros abriendo fuego con municiones de plomo, seguros de lo que hacían.

Al sentir el golpe en el pecho, Maxi cayó de rodillas. *“Me dio la yuta, me quema, llevame”*, le pidió a los cumpas que enseguida se acercaron a él. Entre varios lo ayudaron a caminar los siguientes 120 metros. Héctor Fernández, que lo conocía, le pasó la mano por debajo del brazo y lo cargó para alejarlo del lugar, rumbo a la estación.

Sobre Pavón, uno de los últimos heridos con munición de guerra fue Juan Arredondo. Le tiraron por la espalda más de una hora después de haber sido despejado el Puente, casi llegando a la estación de Gerli, a unas veinte cuadras de distancia. Por esa zona ya no quedaban compañeros agrupados, sino apenas personas dispersas buscando escapar. Le dispararon dos postas de plomo: una en la nalga y otra en el tobillo. Como ya no podía correr, lo llevaron detenido a la comisaría 1ª de Avellaneda. A pesar de haber

perdido sangre todo el tiempo, demoraron cuatro horas en trasladarlo al hospital. Juan tenía experiencia en eso de ser baleado en una protesta: dos meses atrás, cuando reclamaba junto a sus compañeros del MTD de Lanús por el atraso en la implementación de los planes de empleo, un agente del Servicio Penitenciario le perforó el pulmón con una bala 9 milímetros cuando disparó a la multitud.

Si el accionar de la policía se marca sobre el mapa de Avellaneda, lo que se ve es un triángulo con vértice en el Puente. Por uno de los lados de ese triángulo, la avenida Pavón, avanzó un grupo de tareas comandado por Fanchiotti. En esta dirección es por donde la cacería llegó más lejos: tres cumpas terminaron detenidos en la comisaría 2ª de Lanús, lo cual indica que la persecución continuó también dentro de aquel municipio (ver plano n°2, pág. 57).

La segunda línea de represión, hacia el este, se alargó once cuadras por la avenida Mitre y calles paralelas. Estuvo encabezada por el suboficial Carlos Leiva y su grupo de tareas. Son los que pudieron verse en las imágenes televisivas vestidos de civil, haciendo puntería sobre los manifestantes que ya estaban dispersos por la plaza Alsina y recogiendo inmediatamente los cartuchos servidos para no dejar evidencias.

Por Mitre

Sobre la avenida Mitre la represión con balas de plomo también fue inmediata. Frente a la sede del Club Independiente, a poco más de una cuadra del Puente, Leonardo Torales, de 17 años, recibió un balazo en el pecho que le atravesó un pulmón. Pensó que se trataba de un piedrazo y así se lo dijo a Leticia Vasarhelyi. Ella lo vio caer y se inclinó a asistirlo. Leticia tiene 60 años, es médica y concurre a las movilizaciones del Bloque Piquetero con un maletín de primeros auxilios y un brazalete que indentifica su condición profesional. Mientras se quedaba a auxiliarlo, también ella recibió impactos de balas de goma en sus piernas. Leonardo estuvo 35 días internado en terapia intensiva.

Sergio *Coco* Insaualde vio al sargento Leiva en posición de tiro segundos antes de sentir un golpe seco en la mejilla derecha y un fuerte dolor en la nuca. Estaba replegándose con sus compañeros del Polo Obrero de Berazategui, a unos 200 metros de donde todo había empezado. Los dos impactos fueron de perdigones de plomo. Norma Jiménez lo vio sangrando, pero como *Coco* podía caminar no se detuvo con él y fue a asistir a Leonardo, a quien conocía del barrio. Ella tampoco estaba muy bien: apenas ini-

ciada la represión y cuando corría para alejarse del lugar, le dispararon a quemarropa dejándole siete hematomas en la espalda. Tuvo la suerte de que esa vez la Itaka policial estuviera cargada con cartuchos verdes conteniendo postas de goma.

Quienes no habían corrido riesgos al inicio de la represión por estar al fondo de las columnas, lejos del puente, también fueron baleados. El grupo de tareas de Leiva se movilizó en camionetas y patrulleros hasta la plaza Alsina a la caza de manifestantes. Muchas cuadras más allá, el incendio de un colectivo en un lugar donde no había ya manifestantes (en la avenida Mitre al 1.300) extendió la sospecha de que los amigos de Leiva siguieron desplazándose para enrarecer el clima que justificara la represión.

Héctor Álvarez terminó el día internado en terapia intensiva. Vive en Wilde, tiene 40 años y hace tres que no consigue trabajo. El 26 de junio participó por primera vez en una movilización. Con sus compañeros del Movimiento Teresa Rodríguez (MTR) se había ubicado al final de la columna del Bloque Piquetero. Cuando la represión empezó todavía estaban a dos cuadras. Por eso le costó menos volver hacia plaza Alsina y pudo permanecer allí unos diez minutos antes de que La Bonaerense llegara a reprimir. Vio ingresar a la plaza a policías con uniforme de calle y de civil y comenzó a escuchar detonaciones. *“Vamos Norma que están tirando”*, llegó a decirle a una compañera de su barrio. Giró y sintió un impacto en el costado derecho del pecho.

Silvina Rodríguez también milita en el MTR. Había llevado la cámara de fotos para retratar a sus compañeros en el piquete, pero ante las corridas no dudó en destinar el rollo completo a documentar el accionar policial. En su retirada cruzó la plaza Alsina en diagonal y al salir por la calle San Martín, paralela a Mitre, le sorprendió ver también allí a un grupo de uniformados que insistía en disparales. Pensó que la situación justificaba una nueva toma. Cuando hizo foco en la escena, escuchó los gritos de un hombre alertando: *“¡La foto, la foto!”*. Sin llegar a tomar la fotografía, cayó al piso. Un perdigón de plomo le había dado en la pierna derecha, debajo de la ingle.

Otros 23 compañeros fueron heridos con munición de guerra, mientras se replegaban huyendo de las balas o intentando resistir.

Listado de heridos con balas de plomo,

(H.A.F.: Herido por Arma de Fuego, según informe oficial Hospital Fiorito, 26/06/2002)

NOMBRE	ORGANIZACIÓN	LUGAR DONDE FUE BALEADO
Abraham Alejandro	MTR	Plaza Alsina
Álvarez Héctor	MTR	Plaza Alsina
Arredondo Juan	A. Verón	Cercanías estación Gerli
Barreiro Marcial	A. Verón	Av. Pavón y Mitre
Blais Roberto		
Cano Alberto Martín	A. Verón	Av. Pavón y Mitre
Cividino Aurora	Asam. San Telmo	Av. Pavón y Mitre
Conti Sebastián	A. Verón	Av. Pavón y Mitre
Chamorro Ezequiel	C.U.Ba.	Plaza Alsina
Escobar Leonardo	A. Verón	Av. Pavón alt. Carrefour
Farías Gómez Sergio	Polo Obrero	Av. Mitre
Fernández Jorge		Mitre y Montes de Oca
Geroz Juan José		
González Julio César	MTR	Plaza Alsina
Gramajo Gladis	MTR	Calle San Martín
Herrera Manuel	Polo Obrero La Plata	En local Izquierda Unida
Insaurralde Sergio	Polo Obrero	Av. Mitre
Jerez Julio	MTR	
Kosteki Maximiliano	A. Verón	Av. Pavón alt. Carrefour
Lovari Marx Germán		Estacionamiento Bingo
Maiorano Pedro	MTR	
Medina Walter Javier	A. Verón	Av. Pavón y Mitre
Medina José Evaristo	A. Verón	Av. Pavón y Mitre
Palavecino Roberto	Polo Obrero	Calle San Martín
Paniagua Miguel Ángel	A. Verón	Av. Pavón alt. Carrefour
Pereira Silvio	Empl. municip.	Av. Pavón
Pereyra Ruth	A. Verón	Base del puente
Pérez Mario	A. Verón	Base del puente
Rodríguez B. Silvina	MTR	Calle San Martín
Romeo Carlos	A. Verón	Av. Pavón
Russo Sebastián	FTC	Calle San Martín
Santillán Darío	A Verón	
Torales Leonardo	Polo Obrero	Av. Mitre
Valdovino David		P. Alsina

en orden alfabético

- Exp.Fjs.: Expediente Judicial, Fojas número)

DESCRIPCIÓN HERIDA	FUENTE (EXPEDIENTE O TESTIMONIO)
Traumatismo en pierna derecha	Exp. Fjs. 543/1807
HAF reg tórax / Sin salida	Exp. Fjs. 445
HAF nalga y tobillo izquierdo	Testimonio directo
HAF pierna derecha, fractura peroné	Exp. Fjs. 2004/3657
HAF mano izquierda	Exp. Fjs. 1111
HAF nalga izquierda	Exp. Fjs. 3981
HAF pierna derecha y muslo izquierdo	Exp. Fjs. 41/4118/4141
HAF región dorsal tórax y brazo izq.	Exp. Fjs. 447/3663
HAF rodilla izquierda	Exp. Fjs. 2149/02162
HAF en pierna	Testimonio directo
HAF en muslo	Exp. Fjs. 799
HAF lado izquierdo pecho	Exp. Fjs. 1974/2147
Múltiples lesiones HAF en dorso	Testim. periodístico
Dos HAF en pierna izquierda	Exp. Fjs. 807/1067
HAF en espalda	Testim periodístico
Dos HAF en pierna	Exp. Fjs. 1149
HAF en mejilla derecha y cuello	Exp. Fjs. 1134/4266
HAF	Testim. Mariano Benítez
HAF pie izquierdo, alojado	Exp. Fjs. 2770
Fractura expuesta en pie derecho	Testim. Silvina Rodríguez
HAF en el abdomen	Testimonio directo
HAF tobillo izquierdo	Exp. Fjs. 440
HAF omóplato izquierdo, alojado	Exp. Fjs. 4791/4812
HAF pierna derecha debajo de rodilla	Exp. Fjs. 1897/2144
HAF clavícula izquierda	Exp. Fjs. 676
HAF en boca, pérdida de dientes	Exp. Fjs. 4005/ 4917
HAF fémur der., rodilla izq. y pierna izq.	Exp. Fjs. 443
HAF muslo izquierdo. Sin salida	Exp. Fjs. 792
HAF clavícula derecha	Testimonio directo
HAF pierna derecha. Fractura peroné	Exp. Fjs. 3218/ 1112
HAF pulmón. Proyecto alojado	Testim Norma Jiménez
HAF pie derecho, extremo talón	Exp. Fjs. 1056/1964

La comisaría, el hospital y el local partidario: “lo mismo que en el 76”

“Cuando atravesaron el hall de la comisaría primera de Avellaneda y se asomaron al primer patio, el diputado Villalba y el abogado Palmeiro sintieron que habían traspasado algo más que un espacio físico: que habían retrocedido en el tiempo a la dictadura militar; al campo de Auschwitz, al caos del hospicio de Charendon o del más criollo y perverso asilo Montes de Oca”, relató Miguel Bonasso en el diario *Página/12* del 30 de junio. Las cifras son contundentes: 160 detenidos, de los cuales 52 eran mujeres, siete de ellas embarazadas. 43 de los arrestados eran menores de edad. Once de ellos, con heridas de plomo o goma, causantes de daños suficientemente graves como para que hayan tenido que ser trasladados, aun en condición de detenidos, al hospital.

Ni la sensación que relata el periodista Bonasso ni las cifras precisas alcanzan para dar la real magnitud de lo que se vivió aquella tarde en Avellaneda. Pasados los primeros días de temor e incertidumbre, más relajados una vez que las evidencias públicas señalaban con claridad a los asesinos y represores, los compañeros se fueron acercando a la Fiscalía a dejar constancia judicial de lo que habíamos padecido:

Roberto Rojas tiene 25 años, integra el MTD de Varela y sufrió la represión en familia: *“Una de las camionetas frena y nos detiene a mi mamá, a mi hermana, a mi cuñado y a mí. Ahí nos hacen poner boca abajo. Mi hermana se descompone y queda sentada en la vereda mientras que a los hombres nos ponen boca abajo, nos gritan ‘zurdos de mierda’ y a mí un policía me da patadas en las costillas y en los tobillos. Después, me suben a un patrullero junto a otro muchacho y nos llevan a la seccional 2ª de Avellaneda, donde encuentro a mi mamá, a mi hermana y a mi cuñado. Ahí nos llevan al patio de hombres. Ibamos pasando por un pasillito cuando me agarra un policía de uniforme, gordo y petiso, y me hace desnudar. Me saqué la ropa. El policía me pide los cordones, una cadenita de plata con un dije con forma de cruz, no muy grande, y un anillo también de plata que era de mi abuela. Cuando le pregunto al policía si le tenía que dar todas esas cosas, me contesta: ‘¿qué querés? ¿que te de un ticket?’ Después, me dijo que me vistiera y fuera al patio con los demás. Me vestí, pero jamás recuperaré ni la cadenita, ni los cordones ni el anillo. Ahí vino un policía y nos dijo: ‘Bueno muchachos, ya cobraron. Ahora no les va a pegar nadie más. ¿Vieron qué ganaron por venir a joder? Esto es Avellaneda.’* Exp. Jud. Foja 771

A Gustavo Fernández, de 30 años, no le respetaron siquiera su discapacidad: *“Que el declarante corría con dificultad ya que sufre de una discapacidad motriz en su brazo y pierna izquierda. Que mientras ingresaba a la seccional segunda y con motivo de la dificultad que tiene para caminar, trastabilló y cayó en el suelo, momento en el cual tres policías comenzaron a pegarle patadas por todo el cuerpo, para luego levantarlo a los empujones. Que el declarante se encontraba muy preocupado ya que sufre de epilepsia y temía sufrir una convulsión. Que en el patio de la comisaría un policía que se encontraba detrás suyo le colocaba una escopeta en la nuca y gatillaba sin salir disparo alguno, otros policías también lo golpeaban en las costillas, ya que los obligaban a tener las manos en la nuca y en virtud del problema que sufre en su brazo izquierdo, este miembro se bajaba, no pudiendo mantenerlo en la posición que le exigían los policías. Que durante su detención se encontró muy atemorizado ya que su médico siempre le aconseja no recibir golpes en la cabeza”*. Exp. Jud. Foja 768.

Esteban Campos, 25 años, los escuchó cantar sobre “la parrilla” y la vuelta al 76: *“Que al salir del galpón (donde se habían refugiado) uno de los policías le aplicó un rodillazo en la zona hepática. Que a medida que los obligaban a formar les sacaban las mochilas. Que el declarante llevaba entre otras pertenencias una radio portátil AM FM marca Sony y por lo menos 3 cajas de remedios, ya que sufre una deficiencia hormonal. Que mientras se encontraba contra la pared, le pidió a otro policía que necesitaba tomar la medicación que se encontraba en su mochila y le explicó que si así no lo hacía, su vida corría peligro. Que este policía le contestó en forma textual: ‘Eso a mi no me interesa’. Que también escuchó gritar a otro policía en voz alta ‘Esto es Avellaneda’.*

Al ingresar a la seccional los hicieron formar primero en un pasillo y mientras esperaban en el lugar, el dicente junto con los demás detenidos recibían apremios psicológicos por parte de los uniformados, quienes hacían comentarios en voz alta diciendo: ‘Les va a pasar lo mismo que en el 76’, ‘Los vamos a poner en la parrilla’, y entonaban cánticos diciendo ‘Volveremos volveremos, como en el 76’”. Exp. Jud. Foja 802.

Nancy Slupsky tiene 39 años y se movilizó con el MTD de Almirante Brown: *“Vino un sujeto vestido de jean, zapatillas, buzo polar rojo y una Itaka, al que después reconocí a través de los medios como Leiva. Con él vinieron otros policías. Se metieron en el baño (de la estación de servicio Shell, sobre Pavón, donde estábamos cinco compañeras escondidas) y comenzaron a sacarnos. Yo le dije a Leiva que no estábamos haciendo nada,*

y él nervioso me dijo ‘No me forrees’ y ‘Te faltan asambleas’. Cuando nos trasladaban, yo les grito a los que estaban en la parte delantera del micro, que la chica que iba conmigo se estaba por desmayar. Leiva me dice ‘Hija de puta, por mí que se muera, tirala por ahí’. Después nos bajan en una comisaría. Había un chico tirado en el piso, esposado y sangrando”. Exp. Jud. Foja 513.

Omar Pinola, de Lanús: *“Cuando dobla hacia la izquierda y es emboscado por varios patrulleros es detenido por personal policial, sin ofrecer ninguna resistencia. Un policía uniformado le da vuelta el brazo derecho y se lo coloca en la espalda. Luego otra persona de civil, con una escopeta en la mano, lo agarra de los cabellos y lo entra a sacudir; que ante esta situación el dicente pierde estabilidad y cayéndose es retenido de los cabellos por esta misma persona, la cual luego de levantarlo de los cabellos lo suelta y le propina un golpe en la cabeza con el caño de la escopeta. Luego de recibir el golpe en la cabeza el dicente es arrojado al piso contra una pared. En ese lugar recibe otros golpes, como patadas en la espalda. Es llevado a la comisaría 2ª, siendo bajado lo ponen en un pasillo interno y lo hacen desnudar por completo junto a tres hombres más. Una vez desnudos, los colocan contra una puerta y les pegan trompadas en la espalda”. Exp. Jud. Foja 407.*

Esteban Ciarlo tiene 20 años, es estudiante de la Universidad de Buenos Aires y fue al Puente Pueyrredón para hacer un trabajo práctico sobre los piqueteros para la materia Antropología Sistémica. *“Al escuchar disparos es que deciden salir corriendo (de un galpón) con las manos en alto. Y en ese momento es que el dicente recibe un golpe en el abdomen. Que el policía que lo golpeó con la escopeta vestía de civil, que continúa caminando y al pasar al lado de otro policía éste lo golpea con un palo en la espalda y otro policía le pega luego otra patada en el trasero que le provoca la caída boca abajo sobre la acera. Que estando el dicente en esta posición logra escuchar que un policía grita: ‘Bolches, les va a pasar lo mismo que en el 76.’ Exp. Jud. Foja 514.*

Marcelina Montiel tiene 35 años, doce hijos, y participa en el MTD de Solano. *“En la comisaría 2ª a las mujeres nos hicieron desnudar y nos obligaron a quedarnos sentadas en el piso casi media hora”, cuenta.*

Edgardo Ferrari, de la Plata, después de ser detenido por el parapolicial Robledo fue entregado a un agente de Infantería que lo sometió al método de tortura conocido como submarino seco en un descampado. Lo patearon hasta dejar su rostro cubierto de sangre, mientras lo interrogaban. Apoya-

ron el caño frío de la Itaka en su cabeza y simularon disparar. “Pensé que me iban a matar”, conto después a sus compañeros.

Los testimonios se repiten por decenas, y muestran la forma en la que, autorizada o alentada para hacerlo, La Bonaerense detuvo ilegalmente, golpeó, torturó y se jactó de añorar la dictadura militar. Los testimonios que señalan indistintamente a una cantidad variada de efectivos certifican que *“No es un policía, es toda la institución”*, como dice una campaña antirrepresiva de Correpi. Las edades de los oficiales involucrados en el accionar ilegal y delictivo, como el cabo Acosta (26), el cabo Colman (32), el oficial inspector Sierra (25) o el oficial De la Fuente (26), señalan, además, que tal desenvolvimiento no es solamente fruto de la policía de la dictadura. Son oficiales egresados en los 90, de esta policía de la democracia que sigue formando criminales en sus filas ⁷.

El estado de sitio que rigió de facto en la ciudad de Avellaneda aquella tarde tuvo otros dos capítulos destacados: el asalto al local de Izquierda Unida por tropas bonaerenses y la conversión del hospital Fiorito en una base de operaciones de la Policía.

Después de las corridas y los disparos del grupo de tareas que comandó Leiva por la avenida Mitre, algunos manifestantes buscaron refugio en el local del Partido Comunista de la calle Brandsen al 1.200, tres cuadras más allá de plaza Alsina. Habían logrado entrar unos 50 compañeros, cuando cinco patrulleros hicieron chillar los frenos a lo largo de toda la calle, cruzando las camionetas en *ele* y bajando, armas en mano, en actitud de combate. Desde adentro del local buscaron trabar la puerta con sus propios cuerpos. Por eso Manuel Herrera recibió varios impactos de plomo –dos en los muslos y otros en la billetera– cuando uno de los bonaerenses disparó un nuevo itakazo, eyectando uno de esos cartuchos rojos que tanto se preocupaban en recoger. Los nueve perdigones dieron en la puerta y la atravesaron. Después del disparo terminaron de abrir el local a patadas, con un único cuidado: *“Pará que estén sacando fotos”*, le dijo el oficial Gaiser al sargento Reguera, quien dio el botinazo final a la vieja puerta de madera y quedó retratado en la cámara del fotógrafo Pablo Piovano de *Página/12*.

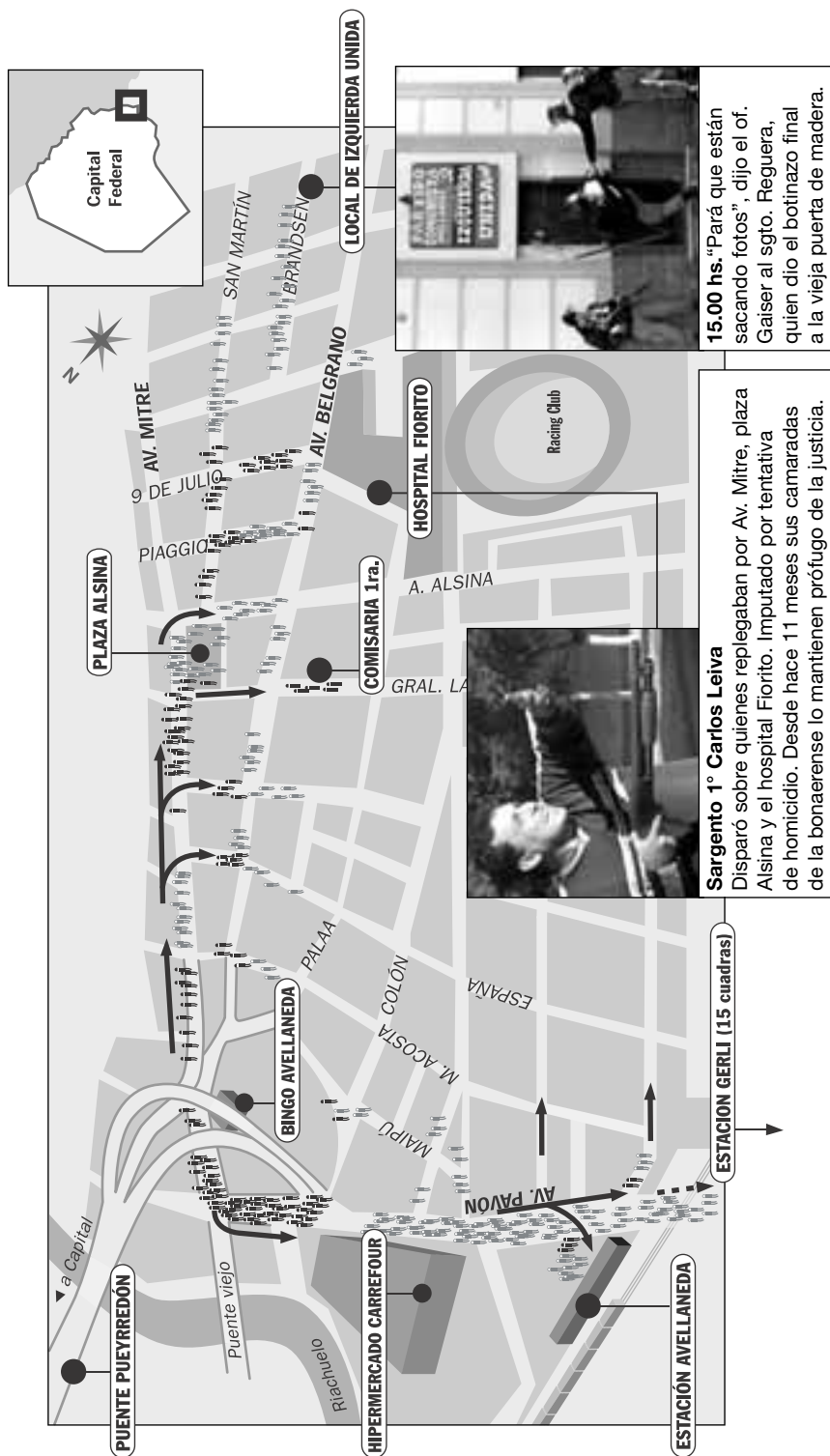
7. El cabo Lorenzo Colman junto al oficial Guillermo Paggi, otro agente que participó de la represión, fueron reconocidos como los asesinos de dos jóvenes en la Isla Maciel, Avellaneda, nueve meses atrás. Los familiares de *“El Melli”* Maidana y *“El Negrito”* Del Puerto los identificaron a través de las imágenes televisivas. Jueces de menores de la provincia de Buenos Aires indican una cifra de 24 chicos asesinados sin motivo por la policía bonaerense durante 2002. “En los pagos de Eduardo Duhalde se mata siete veces más jóvenes que, por ejemplo, en el Departamento Judicial de San Martín”, señala Cristian Alarcón en la revista TXT, n 3, 4 de abril de 2003.

También se habían preparado para entrar por las casas vecinas y desde los techos amenazaban a todos a punta de escopeta para que se tiraran al piso “*boca abajo y con las manos en la nuca*”. Mariano Benítez quiso obedecer, pero lo cierto es que se demoró porque no encontraba lugar en el piso que ya estaba cubierto de compañeros. Entonces, cuando estaba en cuclillas, entró el cabo Colman y disparó, a quemarropa, sobre su cabeza. Las postas de goma dieron de lleno en su cuero cabelludo, produciéndole quemaduras y una herida tal que tuvieron que llevarlo desmayado, sangrando por la cabeza, hasta el hospital. Diez meses después, Mariano sigue bajo tratamiento médico, con ataques de pánico por las secuelas que le produjo la represión.

Entre quienes se hicieron presentes para evitar el salvajismo policial, estuvieron los diputados Luis Zamora y Vilma Ripoll, que a los gritos y empujones sacaron a los uniformados del lugar. Los agentes terminaron de huir en sus camionetas en medio de cascotazos que con bronca tiraban los compañeros que seguían acercándose para enfrentar la represión.

No fue más tranquila la situación en el hospital Fiorito, a pocas cuadras: los policías montaron allí su propia *base de operaciones*. Contaron para ello con la colaboración de la directora Adriana D’Astek, quien se mostró cómplice, permitiendo que en el hospital a su cargo los mismos policías que habían disparado detuvieran ilegalmente a quienes buscaban atenderse. También, durante toda la tarde evadió precisiones sobre el tipo de heridas de quienes iban ingresando: “*No puedo decir si las heridas fueron provocadas por armas de fuego*”, declaró, ocultando lo que los propios médicos sabían e informaban desde temprano. En el playón del estacionamiento del hospital, los comisarios Alfredo Fanchiotti y Félix Vega organizaron la primera conferencia de prensa, que fue interrumpida cuando recibieron los golpes de quienes, conociendo la existencia de dos muertos, no aguantaron la bronca y la dirigieron hacia donde correspondía.

plano 2



4. Fusilando por la espalda

La estación de trenes de Avellaneda fue el lugar elegido por el grupo de tareas que comandó el comisario Fanchiotti para coronar el objetivo criminal: de allí debían sacar muertos que pudieran atribuirnos a los piqueteros. Entraron primero y produjeron los disparos que después dijeron haber escuchado desde afuera. Mataron pretendiendo no saber qué había pasado con los cadáveres. Borraron cada detalle del accionar criminal. La torpeza de fusilar a Darío por la espalda en un lugar lleno de fotografías dio pie al inicio del fracaso de toda la operación.

El *Flaco* Héctor Fernández apoyó a Maxi, que sangraba por la nariz y la boca, en el piso del hall de la estación. Enseguida se paró y gritó pidiendo ayuda. Entonces vio entrar a Darío con otros dos compañeros. “*Un médico, llamen a una ambulancia*” pidió el Flaco, todavía a los gritos. Darío se agachó para auxiliar a Maxi. Alrededor se formó un círculo de compañeros y curiosos. Claudia, la novia de Darío, y Leo, su hermano, eran parte del tumulto. Tendido de costado, con los ojos abiertos, Maxi respiraba agitado, ya sin poder hablar. “*Le falta aire, hagan espacio*”, pidió alguien. El interior de la estación olía a orín y humedad.

Tras el desbande inicial se resguardaron en la estación las compañeras y compañeros mayores y otros que se sintieron asustados ante la represión brutal. Además, claro, de Héctor y de quienes buscaban refugio para el compañero herido. También Darío, aunque no entró a la estación por ninguno de esos motivos. Desde el principio había estado ayudando a organizar el repliegue con el grupo de compañeros con más experiencia y decisión, aguantando los gases y buscando con qué hacer barricadas. La revisión de las filmaciones televisivas, semanas después, nos confirmó lo que algunos recordábamos en forma difusa. A unos 70 metros pasando la estación, bajo el puente ferroviario que cruza la avenida, Darío todavía estaba con nosotros. Ahí se lo ve en las imágenes de Crónica TV: caminando nervioso, como pensando rápido, madurando una decisión, antes de alejarse del grupo y enfilarse por la vereda de vuelta a la estación. ¿Por qué, entonces, si ya habíamos pasado de largo, él decidió volver? Tal vez por Leo, su hermano, o por Claudia, su novia. Pue-

de ser, sí. Supuso que estaban en peligro y por eso volvió. Pero tal vez no supiera que ellos estaban ahí y, en cambio, volvió por sus compañeros del barrio, porque otro de nosotros, viendo el peligro que se avecinaba, gritó y Darío lo escuchó: “*¡Que no entren a la estación, que sigan. Los van a cagar gaseando, los van a llevar a todos en cana!*”. Aunque Darío no necesitaba escuchar esa advertencia para darse cuenta del peligro y es posible que haya visto a Maxi herido antes...

En realidad, Darío volvió por todos. Por su hermano y por su novia. Por sus compañeros del barrio y los demás. Por Maxi agonizante. Por todos los que, ante el peligro, no nos decidimos a volver. Volvió Darío a la estación por pura consecuencia con los valores, así sencillos, cotidianos y revolucionarios, que aprendió y predicó en su militancia. Había dicho, en la última marcha de la Resistencia con las Madres de Plaza de Mayo: “*Nos pesa mucho la valoración de todos aquellos que dieron la vida, más de 30.000 compañeros que pelearon por lo mismo que estamos peleando hoy. Lo que sentimos en carne propia es que somos los mismos que pelearon en aquellos años. Somos la continuidad de esa historia*”⁸. Por aquellos compañeros caídos, que reencarnan en cada piquetero en lucha y que volvían a caer con Maxi, Darío volvió. A dejar testimonio con su vida de que, aunque nos sigan matando, seguiremos resistiendo.

Una chica abrió todas las puertas del hall de la estación que daban a la calle. Desde afuera entraron el ruido de los disparos y las corridas que se acercaban. El aire estaba pesado pero limpio, aún no contaminado por los gases lacrimógenos que tiraba la Infantería. A Héctor, de pie junto al cuerpo de Maxi, le pareció que la policía estaba cerca.

Un grupo de Infantería había avanzado durante todo el trayecto por Pavón, formado en línea y cruzando la avenida de punta a punta. Lo secundó otra línea de Prefectura. En su avance sostenido arrojaron gases lacrimógenos y balas de goma, y también desde sus posiciones llegaron las balas de plomo. El grupo que comandó Fanchiotti avanzó todo el tiempo a la sombra del cordón de infantes y alguno de sus integrantes siempre estaba en posición de tiro cuando eran heridos los compañeros con munición de guerra. La identificación de la patota a cargo del comisario por momentos se hizo difícil, ya que no mantuvo una formación determinada. Avanzó con mayor soltura que el resto de las tropas, con una tarea central: disparar con postas de plomo sobre los piqueteros que nos replegábamos por la avenida Pavón.

El fotógrafo Sergio Kowalewski intentó hablar con Fanchiotti unos 60 metros antes de llegar a la estación. “*Paren, ¿no ven que la gente ya se está yen-*

8. Audio del programa *Giro a la izquierda*, FM La Tribu, 6 de diciembre de 2001.

do? *Paren que van a hacer una masacre*”, lo increpó. Segundos antes había pensado que podría haber heridos de gravedad, al ver los rastros de sangre que se extendían como una línea por la vereda de la avenida Pavón, en dirección a la estación. El comisario, agitado y sobreactuando, le dijo “*Mirá lo que me hicieron*” y mostró su cuello levemente ensangrentado. “*Pero van a hacer una masacre* –insistió Sergio– *¿No ven que ellos están con palos y piedras y ustedes con fierros?*” Entonces vino un agente gordo de Infantería a defender a su jefe: “*Si no te gusta pasate del otro lado*”. Considerando los hechos posteriores, el fotógrafo debió interpretar la advertencia como una amenaza de muerte.

Sergio se apuró para llegar a la estación antes que los policías. Apenas entró vio la escena alrededor de Maxi, sacó cinco fotos y también a él lo ganó la desesperación. Salió a la vereda para pedir una ambulancia, pero lo distrajo el disparo del efectivo de Infantería hacia donde estaba la gente. El infante se adelantó del cordón policial, puso su Itaka en posición de tiro, rodilla en tierra y gatilló. En sentido ascendente, los perdigones atravesaron el vidrio de la ventana de entrada, dejando un círculo mal recortado de 15 centímetros de diámetro. Los nueve plomos que salieron del disparo quedaron incrustados en el cieloraso del hall de la estación⁹.

Fanchiotti, Acosta y el resto de la banda todavía no habían entrado.

En la avenida, una vez llegados al frente de la estación, el oficial De la Fuente se plantó en medio del cordón de Infantería a los gritos, gesticulando para que los infantes mantuvieran la formación. Se destacaba del conjunto por no llevar casco ni escudo, pero tampoco uniforme. Ir vestido con un buzo a rayas azul y blanco no fue la mejor elección para el oficial de civil, que resultó fácilmente identificable en todo momento.

“*Váyanse, rajen*” gritó Darío al grupo de compañeros que los rodeaban, buscando con la mirada a Claudia y a su hermano. Maxi agonizaba y el nuevo disparo de plomo acababa de sonar sobre las cabezas de quienes aún permanecían allí. “*Me quedo yo, salgan*” insistió, sabiendo que estaba en medio de una situación difícil y debía transmitir seguridad. “*Salgan*”, había dicho y más que una exclamación desesperada fue una orden consciente, fundamentada. “*Me quedo yo*”, agregó sin dudar, para que sus compañeros se convencieran de que debían irse. Todo el mundo gritaba y era difícil entenderse, pero la voz de Darío, a través de su bufanda, se escuchó.

9. Conversación con Sergio Kowalewski, 26 de septiembre de 2002, en la estación donde sucedieron los hechos. Kowalewski documentó lo que nos relata, y presentó sus fotografías a la Fiscalía y la prensa. En una de ellas se ve entrar a Fanchiotti cuando el vidrio de la ventana ya está perforado por los disparos previos.

Héctor corrió hacia los andenes. A los empujones, como todos los que intentaban escapar, trepó las escaleras y subió al primer tren. Leo, Claudia y los demás corrieron detrás de él. Junto al cuerpo de Maxi quedaron solamente Darío y un muchacho de pantalón beige, pullover verde y bufanda cuadrículada al cuello, llamado Pablo.

Arriba, en los andenes, también se habían escuchado tiros y vidrios rotos. *“Eran dos que estaban vestidos con cascos”*, dice Mariana, la *Negrita*, del MTD de Florencio Varela, en referencia a personal de la Guardia de Infantería. *“Vimos que apuntaban hacia donde estábamos nosotros. Algunos balazos eran de goma, porque no lastimaron tanto a las compañeras. Pero otros eran de plomo. Nos dimos cuenta cuando impactaron en el cartel que marca el nombre de la estación.”* La foto del cartel con al menos siete impactos de postas de plomo fue publicada al día siguiente en distintos diarios nacionales. La *Negrita* estaba segura de que esa situación se había dado antes de que Fanchiotti y su banda entraran a la estación. *“No sé la hora, pero de lo que sí me acuerdo es de que Leo llegó al andén un rato largo después, con una cara muy angustiada, porque presentía que algo acababa de pasarle a su hermano. Leo llegó unos pocos segundos después de que lo mataran a Darío y los canas que disparaban ya habían bajado hace rato.”* Recién después de estos disparos efectuados por personal policial en el interior de la estación y en los andenes, el comisario Fanchiotti, el cabo Acosta, el principal Quevedo, el cabo Colman y el suboficial De la Fuente entraron al lugar.

El cabo Acosta entró primero. Lo hizo con paso decidido, la escopeta con cartuchos rojos en la recámara y el caño en posición de tiro. Apuntó indistintamente a las dos personas que quedaban alrededor del cuerpo agonizante de Maxi y gritó, insultó y amenazó para que se fueran. Fanchiotti entró inmediatamente después, justo cuando Pablo, el de pullover verde y bufanda a cuadros, se levantó para huir hacia el andén. Él, Claudia, un empleado de limpieza de la estación de apellido Sicka y varios más, fueron alcanzados por postas de goma en la espalda y las piernas cuando ya estaban subiendo las escaleras.

Mientras huían, un nuevo disparo se escuchó en el hall. Las nueve postas de plomo quedaron incrustadas en la madera del marco de la puerta de salida al patio. Leonardo Trimani, un pasajero que recién llegaba a la estación, reconoció *“al policía que se encontraba a la derecha de Fanchiotti”* (en referencia al cabo Acosta) como el autor del nuevo disparo con munición de guerra.

Darío se mantuvo un instante más en cuclillas, con su mano izquierda sosteniendo la mano de Maxi, tal vez buscándole el pulso que se iba o tratando de

evitar con su calor que se enfriara. “*Como en un cuadro pintado por Maxi —escribió Manuel, compañero y poeta— su mano de artista es apretada por la mano de pelea de Darío*”. Y su otro brazo combatiente extendido hacia los policías que le apuntaban, con firmeza pero también con impotencia, ya sin piedras y sin palo, sólo la mano abierta, enfrentándolos, como diciendo: “*¡Paren! El pibe se muere*”. Su mano gigante, fuerte, desarmada y pura, valiente e inocente, ante los cobardes criminales que tuvieron que esperar a que Darío volteara y les diera la espalda, porque ni las armas cargadas con plomo ni la impunidad prometida podían darles las agallas necesarias para matarlo de frente. Fanchiotti se sumó a los gritos y amenazas de su chofer para que también Darío saliera del lugar. Recién cuando el caño de la escopeta de Acosta estuvo a menos de dos metros de su cara, Darío se paró e inició la salida. Fanchiotti ya había avanzado unos pasos siguiendo al joven del pullover verde y bufanda a cuadros. El principal Quevedo y el cabo Colman estaban presenciando los hechos. Por el patio de la estación, otros dos agentes de Infantería se paseaban buscando manifestantes perdidos. Eran los que venían de tirar con plomo en el andén.

Cuando en el interior de la estación volvieron a sonar los disparos, en la calle el oficial De la Fuente contenía a los infantes, que reconocieron fácilmente el sonido más seco de la detonación que corresponde a munición de plomo. Un agente de Infantería que no era parte de la formación complementaba la tarea del oficial de civil, parado cerca de la puerta, indicando a sus colegas que se mantuvieran sin entrar. Algunos de ellos mostraban en sus rostros el desconcierto: si como les habían dicho sus jefes los impactos provenían de los piqueteros armados, ¿qué lógica indicaba que al lugar entraran solamente el comisario y un grupo de agentes, manteniendo afuera al cordón de Infantería?

Cinco metros recorrió Darío desde que se puso de pie y buscó la salida hasta que le dieron la perdigonada completa de munición de plomo por la espalda. Había traspasado las puertas que dividen el hall del patio de la estación; había pasado también a Fanchiotti, que en su corrida tras el otro muchacho estaba demorado buscando más cartuchos en el bolsillo de su saco. Acosta había emprendido la persecución siguiendo sus pasos. El cabo y el comisario llevaban munición de guerra y los dos quedaron en la línea de tiro cuando Darío cayó herido de muerte. Al escuchar el nuevo estampido y dirigir la mirada, Sergio Kowalewski vio apuntando, en primer lugar, al comisario. Pepe Mateos, fotógrafo del diario *Clarín*, quien segundos antes había retratado el ingreso de los policías al hall, no tuvo ángulo suficiente para ver el

momento en que se efectuó el disparo.¹⁰ Caminó hacia el patio cuando escuchó la detonación y entonces sí vio a Darío caído intentando sus últimos movimientos, aunque pensó que simplemente había tropezado. A pocos metros estaba también la mujer que se retorció por el ahogo y que parecía estar en una situación más dramática. Pero volvió la vista cuando los policías se acercaron al cuerpo agonizante: *“La policía lo trató de una forma brutal. El personal policial le pegaba y le decían ‘parate’, lo pateaban. El comisario, que yo no sabía quién era, también estaba cuando lo llevan para afuera. Vi un ensañamiento en la forma en que trataron a Santillán. La forma en que lo arrastraron fue totalmente innecesaria. El comisario lo sacudió y lo palpó...”*. Los policías a quienes Mateos vio pegarle y patear a Darío mientras agonizaba, fueron el cabo Colman y el principal Quevedo. El comisario que lo zamarreó en el momento en que Darío moría era Alfredo Fanchiotti.

Quevedo y Colman arrastraron el cuerpo hasta la vereda para volver a dejarlo tirado al costado del kiosco de diarios, junto al cordón de la calle. El comisario volvió a acercarse a Darío y repitió la farsa de revisarlo, aunque ahora con mejores modales: pensó que recién entonces habría cámaras fotográficas y de televisión, pero no antes. Quien sí tuvo una idea certera de que el crimen recién cometido había dejado evidencias fue su chofer Acosta. Se acercó a Fanchiotti, que permanecía junto al cuerpo de Darío, como esperando una ambulancia y le dijo en voz suficientemente fuerte como para que el audio quedase registrado en la filmación televisiva: *“Mirá que tu cara quedó en la foto, viejo, eh”*.

Los muertos de la estación según Fanchiotti

Prácticamente ningún programa periodístico se privó, a partir del jueves 27, de repetir las mentiras del comisario Fanchiotti. *“En la estación, lugar al que nosotros nunca entramos...”*; *“Nosotros sólo portamos gases y balas de goma”* fueron las frases predilectas que mostró la prensa fácil en contraste con las fotos que habían comenzado a conocerse. Sin embargo, escuchando con atención las explicaciones del comisario, nos encontramos con un planteo falso pero coherente.

10. Los testimonios que dicen haber visto el momento del disparo se muestran imprecisos cuando se los contrasta con las fotografías. Quien relató con mayor precisión la escena, en su declaración testimonial y en conversación con nosotros, fue el fotógrafo Kowalewski, ayudado por la mirada precisa de su profesión. En su testimonio afirma haber visto a Fanchiotti y Acosta en la misma línea de tiro segundos después de escuchar el disparo que impactó sobre Darío, aunque sin poder identificar quién disparó esa vez. El fiscal coincide con la jueza en dar mayor credibilidad a un testimonio presentado bajo reserva de identidad, el único que exculpa al comisario por el disparo mortal (ver Cap. 10: El encubrimiento).

“La gente que estaba adentro de la estación nos reclamaba. Había entrado un grupo muy importante, se sentían disparos de armas de fuego hacia uno de los trenes que pasaban. La gente ahí con la que pudimos tomar contacto y establecer diálogo nos comentaba que habían disparado hacia el tren, que había tiroteos ahí adentro... Quedaban algunos grupos, ahí tiramos unos gases. Los gases entraron a la estación, ahí tuvimos que salir nosotros y pudimos sacar un montón de gente que nos reclamaba auxilio porque había mujeres con chicos, embarazadas y demás que estaban tirados en el piso y tuvimos que sacarlos para el lado de Pavón.... para evitar que pudiera pasarles algo. (Entonces) yo veo uno de los piqueteros que resulta después que termina siendo este muchacho Santillán. Le pregunto qué le había pasado, le sacó una bufanda que tenía y me dice que le habían tirado un tiro en la espalda. Le digo: ¿te podés incorporar? Yo te voy a llevar al hospital. Intentálo, intentálo, le dije. Lo quise levantar yo solo y no pude, era bastante pesado. Entonces recurrí al auxilio de otros policías. Lo paramos entre cuatro y lo mandamos al hospital Fiorito.”¹¹

El relato, del principio al fin, es falso: no hay una sola afirmación que tenga sustento en la realidad.

Pero a la vez –señalamos– no es el relato de un psicópata, como lo calificó por esos días el gobernador de la provincia de Buenos Aires, Felipe Solá, intentando limitar las responsabilidades a la supuesta patología asesina del comisario. Es un discurso pensado, coherente: si quien lo escuchó en su momento no estuvo en el lugar o no conociera las fotografías, podría creer la versión. Incluso el relato cobra mayor importancia si se lo interpreta en el marco más amplio del conjunto del accionar policial:

LA DECISIÓN POLICIAL DE ENTRAR A LA ESTACIÓN. *“El grupo más fuerte de piqueteros ya estaba del otro lado del viaducto (pasando 100 metros), por eso no entiendo el entrar a la estación. Porque más que nada querían escapar.”* Así interpreta la acción policial Osvaldo Vaqueiro, funcionario de la Municipalidad de Avellaneda y testigo de la forma en que procedió la patota de Fanchiotti. Desde el punto de vista represivo se le puede encontrar sentido al avance contra el grupo de manifestantes que ofrece resistencia, pero tiene que haber un motivo especial para atacar a tiros y dar muerte a quienes sólo están huyendo del lugar.

ENTRAN SOLAMENTE UNOS POCOS AGENTES. El grupo que actuó en la estación al momento del asesinato de Darío estuvo conformado por

11. Entrevista realizada por Ernesto Tenembaum a Fanchiotti un día después de los asesinatos, difundida en el programa *Periodistas* el 30 de junio de 2002.

el comisario Fanchiotti, el principal Quevedo, el oficial De la Fuente y los cabos Colman y Acosta. Junto al parapolicial Robledo y al menos otros dos infantes, se movieron en forma coordinada desde antes de que se iniciara la represión. El resto de los policías fueron expresamente contenidos por el oficial De la Fuente, quien dirigió el cordón de Infantería, y por otro agente apostado junto a la entrada de la estación, señalando a sus camaradas que volvieran a la formación. No hay táctica operativa que explique esa decisión. A no ser que el puñado de agentes que ingresó con el comisario tuviera la certeza de que no había en toda la zona disparo con munición de plomo que no proviniera de sus propias armas.

LOS DISPAROS PREVIOS. En la estación hubo al menos cinco detonaciones hechas con anterioridad al asesinato de Darío, en los andenes, el patio y el hall de la estación, en vidrios, puertas y ventanas, de manera tan alevosa como no lo habían hecho en ningún otro tramo de la represión. Quienes los efectuaron tenían la intención de que se escucharan las detonaciones y se generaran corridas y caos. Fanchiotti diría que estos disparos previos provenían de los piqueteros y eran los causantes de las muertes.

LOS ROLES DEL GRUPO DE TAREAS. Ya mencionamos el papel jugado por el oficial De la Fuente y el infante que complementó su tarea en la entrada de la estación. El proceder de Acosta y Fanchiotti, como evidencian las fotografías y testimonios, consistió en aplicar sobre los manifestantes una particular versión de la *ley de fugas* con la que represores y guardiacárceles fraguan enfrentamientos: alentar una huida para fusilar por la espalda. El principal Quevedo y el cabo Colman patearon a Darío en el piso cuando agonizaba y le levantaron las piernas a Maxi para garantizar que se desangrara. Ambos se preocuparon por encubrir las pruebas que los incriminaban, recogiendo los cartuchos que dejaron rastros del plomo utilizado.

LOS MUERTOS. En el caso de Maxi es probable que no tuvieran la seguridad de que, una vez herido, sería llevado a la estación. Tal vez ni siquiera tuvieran certeza de que había sido herido de muerte hasta que lo encontraron caído. Con respecto al disparo sobre Darío no cabe más que interpretar que buscaron darle muerte. Más allá de los disparos por todo Avellaneda, entraron a la estación con el fin de garantizar que de allí sacarían piqueteros muertos y explicar después que “*se mataron entre ellos*”. Las mismas palabras que, sin mediar comunicación, empezaban a resonar al mismo tiempo en los despachos de la Casa de Gobierno.



11.59 hs. Al confluir los manifestantes de las dos columnas y encontrarse con unos pocos policías en medio, bastó con que una mujer piquetera que avanzaba por Mitre tomara de la campera al comisario Fanchiotti para que todo empezara. Se ve a Darío Santillán en segunda fila y, delante de él, otro compañero que hace señas intentando detener los enfrentamientos.



12.00 hs. Después del primer choque, la represión se descargó sobre los miles de manifestantes sin dar tiempo a nada.



Darío y Maxi.



Asesoría Pericial - Depto. Judicial Lomas de Zamora
Sección Fotografía y Video
Bajada digital de fotografía



Foto: Expediente Judicial, Anexo B, n° 118 (en el original la foto es en color).

“Fanchiotti luego de disparar recarga su arma moviendo la chimaza, observándose con claridad el color de la vaina servida expulsada de la escopeta del nombrado. Esta es de color rojo, lo cual indica que el imputado estaba utilizando municiones de guerra” (del pedido de citación a juicio elevado por el fiscal, Exp. Jud., foja 4987). El disparo se produce a metros de la esquina de las avenidas Pavón y Mitre y es el que hiere con dos proyectiles de plomo a la asambleísta Aurora Cividino.



...“y su otro brazo combatiente extendido hacia los policías que le apuntaban, con firmeza pero también con impotencia, ya sin piedras y sin palo, sólo la mano abierta, enfrentándolos, como diciendo: ¡PAREN! Paren, el pibe se muere...”



12.50 hs. Darío, de pie, fue forzado a abandonar el cuerpo caído de Maxi. Fanchiotti (1) había avanzado tras el muchacho que en la foto anterior auxiliaba a Maxi. Cerca de Maxi, Acosta (2) apunta. En el patio de atrás, el cabo Colman (3). Entrando, a la derecha, el principal Quevedo (4).



Parte II - El Estado y la planificación criminal



Fotografías página anterior:

Presidente Duhalde y secretario de Seguridad Álvarez, en el acto por el Día de la Prefectura Nacional, viernes 28 de junio: *“Quiero rendir un homenaje a todos los miembros de esta gloriosa institución”*, dijo el Presidente en su discurso, dos días después de la salvaje represión.

5. Un grito de corazón: ¡REPRESIÓN!

Desde que Duhalde llegó a la Casa Rosada y hasta la masacre de Avellaneda, la preocupación por lograr el accionar conjunto de las fuerzas de represión interior estuvo en primer plano. Atemorizado por el desenlace del gobierno anterior, buscó evitar durante los primeros meses una represión salvaje que le deparara el mismo destino que a su antecesor. A partir de mayo, molesto con la imagen de “*gobierno débil*” que el FMI esgrimía para esquivar la firma de un nuevo acuerdo largamente esperado y acosado internamente por las presiones para adelantar las elecciones, el gobierno decidió asumir la represión *aleccionadora* que el poder económico y su propia estructura política le demandaban. La masacre de Avellaneda, como reconoció el secretario de Seguridad Juan José Álvarez, fue una “*decisión política*”

El 10 de enero de 2002, diez días después del cambio de gobierno, en el diario *Clarín* podía leerse: “*La Policía Federal, la Policía Bonaerense, la Gendarmería y la Prefectura Naval —es decir, todas las fuerzas de seguridad que cubren las jurisdicciones de la Capital Federal y el conurbano— empezarán a trabajar de manera conjunta para enfrentar la ola de inseguridad, según se anunció ayer. Voceros de la Secretaría de Seguridad de la Nación aseguraron que no será algo simplemente declamativo: se creará un área especial que se ocupará de la coordinación*”.

Las demás noticias de aquel día elegido para anunciar la unificación de las fuerzas de represión interior ayudan a comprender cuál era la *inseguridad* que tanto preocupaba al Gobierno.

Por la noche, un nuevo cacerolazo con participación de decenas de miles de ciudadanos hartos confluía en Plaza de Mayo, reclamando “*que se vayan todos*”. La movilización masiva terminó con sedes bancarias rotas y, a pesar de que el gobierno se apresuró en denunciar a “*agentes provocadores del caos*”, las detenciones que efectuó la policía demostraron que los responsables eran jóvenes de familias que habían visto incautados sus ahorros o pibes de los ba-

rrios pobres de la Capital. Durante el día, los médicos bonaerenses realizaron un paro con movilización al Ministerio de Salud de la Nación y la Asociación de Trabajadores del Estado (ATE) de esa dependencia acompañó la protesta con un abrazo solidario al edificio de gobierno. Organizaciones que agrupan a los diabéticos se convocaron en la Plaza de Mayo ante la falta de insulina que ponía en riesgo sus tratamientos y sus vidas. Un día antes, el presidente Duhalde había decretado la Emergencia Sanitaria Nacional ante la falta de medicamentos. Tres intendentes de los distritos más pobres y populosos del conurbano bonaerense como son La Matanza, Florencio Varela y San Martín denunciaron que “*grupos contrarios al sistema*” recorrían los barrios pobres e “*incentivaban a provocar protestas*”, a lo que el diputado provincial de Izquierda Unida, León Zimerman, respondió: “*Los barrios del conurbano están alterados, no por la izquierda, sino por las medidas económicas*”. También ese día el gobierno anunció que el ajuste en el Presupuesto 2002 sería de 8.000 millones de pesos¹².

El accionar conjunto de las fuerzas de represión interior

Mientras las protestas se multiplicaban, el secretario de Seguridad Juan José Álvarez se reunió con los mismos jefes de las fuerzas de seguridad con quienes cinco meses después acordó la represión en Avellaneda. El gobernador Felipe Solá se involucró en la política represiva del gobierno, sintetizando en aquel momento la idea del accionar que se proponían: “*Vamos a tratar que todas las fuerzas sean una*”.

Bajo esta idea se crearon ámbitos como el Consejo Nacional de Seguridad Interior y se dio vida a una serie de reuniones del Presidente con miembros del gabinete nacional, los mandos de las fuerzas armadas y de seguridad, jefes de la SIDE y funcionarios de la justicia, con una frecuencia y dedicación que no tuvieron temas vinculados al trabajo, la salud o la educación. Pocas veces la convocatoria a estos encuentros se hacía en nombre de la necesidad de reprimir el conflicto social, pero era evidente que ése era el principal objetivo. El potencial de las protestas de amplios sectores seguía siendo impredecible y para mantenerse en el poder, ante un probable nuevo estallido social el gobierno debía garantizar una respuesta represiva mejor que la ejecutada por De la Rúa pocos días atrás.

El 8 de abril de 2002 se realizó otro de esos encuentros. El por entonces jefe de Gabinete, Carlos Capitanich, anunció que allí se había planteado la nece-

12. Diarios *Clarín*, *La Nación*, *Página/12*, días 10 y 11 de enero de 2002.

sidad de “*fortalecer el accionar de las fuerzas de seguridad*” y para ello se debía lograr un mejor equipamiento, dotando a los uniformados de una “*mayor capacidad preventiva*” ante el conflicto social. La preocupación por las “*capacidades preventivas*” de las fuerzas de seguridad tenía sus razones. El 20 de diciembre la Policía Federal había agotado el parque de gases lacrimógenos y vomitivos que disponía, usando incluso partidas vencidas hacía más de diez años. Eso no debería volver a pasar.

Diez días después, a un nuevo encuentro presidido por el secretario Juan José Álvarez, se sumaron el jefe de la Policía de la Provincia de Buenos Aires Ricardo De Gastaldi y funcionarios provinciales del área de seguridad. Esta vez se dispuso llevar adelante un plan de capacitación de los cuadros policiales de todas las provincias, que estaría a cargo de Gendarmería y se avanzó en temas estratégicos, como la protección de yacimientos y redes de distribución energética. Más allá de la real importancia de estos temas, lo que queda claro es que se inscriben en el marco de la revaloración y creciente coordinación de las fuerzas de represión interior.

Halcones y palomas decididos a dar goma

Donde comenzó a tomar forma concreta la decisión de reprimir fuertemente la protesta fue en el encuentro de gobernadores del Partido Justicialista en La Pampa, el 14 de mayo.

Allí Duhalde había convocado una vez más a los gobernadores de su partido con un argumento convincente: o me apoyan o renuncio. Los acuerdos se basaron en el más puro pragmatismo del intercambio de favores. Ningún gobernador sacaría provecho con una renuncia que volviera a complicar la transición institucional y acordaron dejar de lado los pedidos de elecciones anticipadas. Como contraparte, aprovecharon la debilidad del equipo bonaerense de gobierno para presionar sobre sus intereses más urgentes. Allí volvieron a resonar las palabras con que los representantes del poder económico habían advertido al gobierno de De La Rúa un año atrás: reprimir a cualquier costo los cortes de ruta y bloqueos de ciudades. Así lo habían dicho públicamente Eduardo Escasany, presidente de la Asociación de Bancos de la República Argentina y Enrique Crotto, presidente de la oligárquica Sociedad Rural. De la misma forma lo repitieron en el encuentro de gobernadores peronistas: el salteño Juan Carlos Romero, el cordobés José De la Sota y el pampeano Rubén Marín. Pidieron una represión aleccionadora a nivel nacional, transmitiendo sus propios deseos y los de los sectores económicos que expresaban. Todos acompañaron el reclamo de que fuera el gobierno nacional el que se mostrase menos permeable a las protestas sociales y no tuviesen que *pagar el pato* siempre las provincias, protagonizando en soledad fuertes

represiones y asesinatos como acostumbraba el gobernador salteño, responsable de la muerte de cinco piqueteros en su provincia.

El por entonces precandidato peronista a la presidencia, De la Sota, increpó al secretario de Seguridad de Duhalde:

- “¿A vos te parece que éste puede ser un gobierno serio con las calles de Buenos Aires tomadas por miles de encapuchados con palos?”

- “Decime qué delito cometen por estar con la cara tapada y yo los meto presos”, contestó en aquel momento Álvarez, o al menos así dejó que trascendiera a la prensa para reforzar esa imagen *legalista* sobre la que construye su carrera política.

En otro diálogo se mostró menos apegado a las formalidades legales:

- “¿Te vas a decidir a dar goma?”, se burló el pampeano Marín ante el secretario de Seguridad.

- “¿Por qué en vez de pedirme fuerzas federales a mí no mandás a tu policía a darle goma a la gente que hace siete horas nos está puteando en la puerta?”, respondió el hombre de Duhalde, ofendido por la chicana y en referencia al masivo escrache que los funcionarios padecían desde temprano.

El jugoso cruce de consejos en torno a las políticas represivas muestra cuáles son las alternativas en danza entre los *halcones* y las *palomas*, los *duros* y los *blandos*. Cada uno le aconsejan al otro *dar goma*, los dos se muestran igual de molestos por las protestas en que los *putean*, pero ninguno de los dos duda en recomendar la misma receta: represión.

La forzada distinción entre *duros* y *blandos*, lejos de expresar una diferencia entre quienes priorizan la represión abierta y quienes buscan respetar los derechos ciudadanos, reproduce el juego del *policía bueno* y el *policía malo* que cualquier joven de barrio humilde conoce. Ambos policías tienen el mismo objetivo, pero distintos roles: si hay que sacarle información a un detenido, el *policía malo* podrá pegarle fuerte y lastimarlo, para que después el *bueno* le permita limpiarse la sangre y aconsejarle que es mejor que hable, que el otro está loco y es peligroso. Así como la institución policial no puede prescindir del doble juego sin perder efectividad, una política represiva que carezca de esta doble cara será por esencia torpe, rústica e ineficaz. Los roles del *bueno* de Álvarez y los *malos* que apretaron el gatillo, entonces, lejos de expresar una disputa interna, se complementaron durante la ejecución del plan que terminó con la Masacre de Avellaneda.

Sin querer notar la coincidencia, parte del *progresismo* político y periodístico insistió ante aquella discusión en rescatar la actitud *legalista* de Álvarez. Horacio Verbitsky, en el diario *Página/12*, lo reivindicó como garante de que

“la peor crisis económica y social de la historia no desemboque en la tragedia que podrían desatar unas pocas órdenes tan ligeras como los razonamientos de quienes lo cuestionan por su supuesta pasividad”. Dos días antes de publicado este elogio inapropiado, el viernes 7 de junio, a menos de tres semanas de los crímenes de Avellaneda, el elogiado había anunciado que el gobierno *“estaba decidido a impedir”* las protestas que cortaran los accesos a la ciudad. Sobre el diálogo que aquel día el funcionario mantuvo con la prensa, informó la Agencia DyN: *“Cuando se le preguntó si el gobierno actuaría con mano dura para controlar los piquetes, Álvarez sostuvo que no se trata de ‘dureza o blandura, sino de una decisión política. A la Ciudad no se la puede bloquear’, insistió Álvarez y sostuvo que ‘habrá operativos conjuntos de las fuerzas de seguridad para hacer frente a este tema’*.”

Pero esas declaraciones amenazantes que por medio de cables de agencia llegaron a todas las redacciones periodísticas no concitaron, sin embargo, la atención del sagaz periodista de investigación, que prefirió encubrir las declaraciones que preanunciaban el plan represivo en marcha, facilitándole a Álvarez espacio para exhibir sus argumentos demagógicos. En el reportaje publicado no le preguntó por qué si tenía tal vocación *garantista*, tanto se había avanzado en su gestión en la coordinación de las fuerzas federales para la represión interna. En cambio le permitió, con preguntas condescendientes, lucirse explicando que el límite sería la participación de las Fuerzas Armadas en tareas de represión interna, porque sobre éstas pesa *“el pasado que ha tenido la Argentina”*. Las policías Federal y Bonaerense y la Gendarmería arrastran idéntico pasado criminal al de los militares, pero eso a Álvarez parece no importarle, mientras haya *progresistas* dispuestos a hacer la vista gorda y sustentar su imagen prolija.¹³

El secretario de Seguridad reconoció ante la prensa, aquel viernes 7 de junio, que en Avellaneda comenzaría a funcionar su proyecto de unificar las fuerzas para la represión interior. Asumía así los lineamientos surgidos del acuerdo de gobernadores. Como él mismo confesó, la represión criminal de Avellaneda no sería resultado de la influencia de los duros ni del fracaso de los blandos, sino una decisión política del Gobierno Nacional.

13. *La pirámide verdeazul*, Horacio Verbitsky, *Página/12*. Domingo 9 de junio de 2002.

6. Duhalde: “tenemos que ir poniendo orden”

Durante los días 17, 18 y 19 de junio, una semana antes del 26, el presidente Duhalde impulsó la realización de cinco reuniones con la participación de miembros del gabinete, de las Fuerzas Armadas y de Seguridad, de los servicios de Inteligencia del Estado, de hombres clave de la justicia y del gobernador de la Provincia de Buenos Aires. En esas reuniones el gobierno instruyó a todos los organismos y funcionarios involucrados acerca de la decisión política adoptada respecto a la represión del conflicto social. Se sentaron las bases para la planificación, justificación y puesta en marcha del plan integral en torno a la Masacre de Avellaneda.

La primera reunión de la semana en la que participó el Presidente se realizó aquel lunes 17 a las 10 de la mañana. La Jefatura de Gabinete había anunciado que se trataría la *“marcha de los planes sociales y la seguridad interna”*, y para ello estarían presentes el jefe de Gabinete Alfredo Atanasof, la ministra de Trabajo Graciela Camaño y el secretario de Seguridad Álvarez. También participaron, una vez más, los jefes de la Policía Federal, Gendarmería y Prefectura Nacional. No hizo falta especular sobre lo que allí se había conversado: el mismo Duhalde sintetizó horas después el contenido de la reunión en la conferencia de prensa que ofreció en su despacho de la Casa de Gobierno.

El objetivo represivo por boca del Presidente

Según informó la Agencia DyN en un cable fechado el mismo lunes 17 y despachado a las 02.55 del día martes, el Presidente advirtió que *“los intentos de aislar a la Capital”* con cortes de ruta y piquetes *“no pueden pasar más.”* *“Tenemos que ir poniendo orden”*, dijo y aclaró que este duro planteo ante la protesta se basaba en que *“la conflictividad social en la Argentina está bajando en forma abrupta”* y que la confrontación con las organizaciones piqueteras *“irá amainando en la medida que los planes sociales se vayan incorporando a los sectores más desfavorables de la población”*. Habló Duhalde con el mismo criterio de verdad con el que poco tiem-

po atrás había anunciado que el 9 de julio “*terminaría la recesión en la Argentina*” y con la misma capacidad de premonición que cuando, días antes de alguna nueva catástrofe económica o política, suele anunciar que “*estamos condenados al éxito*”.

También quedó en claro por las palabras del Presidente que la decisión represiva sería considerada “*política de Estado*” e involucraría a todas las fuerzas de seguridad y en forma pareja a todos los funcionarios, más allá de las preferencias sobre metodologías: elogió por igual a *duros* y *blandos* en materia de represión. Se dirigió a los jefes de las fuerzas de seguridad Giacomino, Miranda y Beltriti para “*felicitarlos*” porque sus fuerzas estaban “*haciendo una muy buena tarea*”, a la vez que reivindicó al secretario de Seguridad Juan José Álvarez, a quien se refirió como “*uno de los funcionarios más destacados*”. Una vez más la lógica de los *halcones* y las *palomas* se activaba para cubrir los distintos aspectos del plan criminal en marcha.

Duhalde aprovechó también la conferencia para comentar el marco de análisis político sobre el cual se basaba la necesidad de “*poner orden*”: desmintió que se fueran a adelantar las elecciones y confirmó que había una fecha tope para lograr el apoyo del FMI, que sería el 14 de julio, a partir de la cual los organismos internacionales entrarían en receso. Reconoció su preocupación ante las versiones que indicaban que el FMI no acordaría con un gobierno débil como el suyo. “*No sé de dónde salieron esas versiones*”, dijo, dándoles entidad y evidenciando que le preocupaban. No pudo cumplir con ninguna de las dos afirmaciones: pocos días después del 26 tuvo que anunciar el adelantamiento de las elecciones y el 14 de julio pasó de largo sin acuerdo alguno con el Fondo.

Una represión aleccionadora, entonces, era necesaria para revertir la imagen de debilidad de su gobierno y para que *los amos del Norte* creyeran que Duhalde tenía carácter para gobernar. El fracaso de la operación montada en Avellaneda dio por tierra con sus objetivos.

Para justificar la decisión represiva que a partir de esa reunión el gobierno anunciaba abiertamente por boca del Presidente, Duhalde identificó la continuidad de la protesta social con la violencia. “*En momentos de confusión* (los bloqueos) *se podían admitir. Pero ahora no hay que agravar los problemas sociales con acciones violentas. Hay que ir poniendo orden*”, sentenció.

Almuerzo del Presidente con el gobernador de la provincia de Buenos Aires

Ese mismo lunes a la noche, Duhalde habló personalmente con el gobernador de la provincia de Buenos Aires, Felipe Solá y acordaron almorzar a so-

las al otro día. Solá viajó hasta la Casa Rosada para la entrevista. Tanto Eduardo Amadeo, vocero presidencial, como colaboradores del gobernador, reconocieron que en el encuentro privado se decidió una próxima reunión con representantes de las policías Federal y Bonaerense. Las permanentes campañas de acción psicológica montadas en torno a los secuestros y la inseguridad para agitar el pedido de presencia policial por parte de la ciudadanía atemorizada estaban dejando resultados desparejos: el gobernador Solá veía el riesgo de que su provincia quedara como *“paraíso de la inseguridad”* ante el refuerzo de los controles de acceso a la Capital que sólo beneficiaban a este distrito federal. Aprovechando esa inquietud, Duhalde le propuso un mayor involucramiento en el esquema de unificación de las fuerzas de seguridad federales que desde hacía tiempo el secretario de Seguridad Álvarez venía impulsando. Ya con la presencia del ministro del Interior Jorge Matzkin a la hora del café, Duhalde volvió a plantear el panorama político que lo preocupaba: el acuerdo con el Fondo siempre pendiente y la agenda electoral, de la que también debía hablar con Solá. El gobernador le aclaró que prefería la candidatura a un nuevo período en La Plata antes que la vicepresidencia en la fórmula del PJ, para lo que Duhalde comprometió, una vez más, su apoyo o al menos que no pondría trabas. A cambio, Solá aseguró su respaldo a los proyectos oficiales en tratamiento en el Congreso y —para garantizar los acuerdos internos— la conformación de una comisión integrada por funcionarios, gobernadores y legisladores para conversar sobre los temas partidarios.

Con el acuerdo de integrar a la Policía Bonaerense en el esquema de coordinación de las fuerzas federales de seguridad, quedaron sentadas las condiciones para el primer operativo conjunto de las cuatro fuerzas represivas que se puso en marcha una semana después, el miércoles 26 de junio.

“Las directivas que deberán acatar jueces, fiscales y efectivos uniformados”

Antes de que Duhalde y Solá terminaran el café, en otro salón de la Casa Rosada, el jefe de gabinete Atanasof daba inicio a una nueva reunión, en la que repitió los conceptos analizados el día anterior, pero ante un auditorio mayor. Volvieron a estar presentes el secretario de Seguridad Álvarez; el jefe de la Federal Giacomino; Miranda, de Gendarmería y Juan José Beltriti, de Prefectura. Esta vez fueron convocados también el ministro de Justicia Jorge Vanossi, el jefe de los fiscales Nicolás Becerra y el fiscal Norberto Quantín. Oficialmente se informó que en el encuentro *“se analizaron las políticas de seguridad en sus distintas generalidades”*, sin otras precisiones. Al término de la reunión, Atanasof dijo que la reunión había tenido como fin

“informar que se inspeccionan un total de 3.000 automóviles y 15.000 personas por día, en el marco de los nuevos operativos de seguridad puestos en marcha conjuntamente por la Policía Federal, Gendarmería y Prefectura Naval en la Capital Federal”. ¿Y para eso la presencia en la Casa Rosada del ministro de Justicia, el fiscal federal y el procurador de la Nación? Seguro que no. Los periodistas apostados en Casa de Gobierno que se propusieron averiguar más pudieron obtener las precisiones que Atanasof se negó a dar. Informa un cable del mismo día de la Agencia Infosic: “El gobierno nacional, la justicia y las fuerzas de seguridad avanzaron hoy en la definición de las directivas que deberán acatar jueces, fiscales y efectivos uniformados para prevenir y dispersar protestas como los piquetes y otras acciones que interrumpen el tránsito en vías estratégicas, informaron fuentes oficiales (...) En los encuentros se debatió cuál será la actitud de la Gendarmería Nacional, Prefectura Naval y Policía Federal, y la cobertura a su acción que tendrá en la justicia, a través de los jueces y los fiscales federales en las próximas acciones de piqueteros que preocupan al gobierno. Las conclusiones deberán estar acordadas antes del jueves (sic), cuando los grupos piqueteros preparan interrumpir el tránsito en los accesos estratégicos a la Capital Federal, sitiando virtualmente a la metrópoli”.

Si bien Atanasof fue quien llevó adelante la coordinación de un encuentro de tal magnitud, Duhalde quiso saber de boca de quien considera uno de sus funcionarios más capaces cómo avanzaba el plan represivo para el 26 de junio. Mandó llamar a Juan José Álvarez, quien partió con prisa hacia la Quinta de Olivos, donde ya se encontraba el Presidente. Todo iba sobre ruedas.

Atanasof en conferencia de prensa: la “guerra de unos contra otros”

Quien más se compenetró con su tarea en el marco del plan fue el jefe de Gabinete Atanasof. No porque tuviera un papel destacado en la toma de decisiones, sino porque asumió el rol de principal portavoz de la operación en curso y defensor de las decisiones de Duhalde. Así que el miércoles 19, a primera hora de la mañana, preparó su conferencia de prensa instalando el clima político que el gobierno necesitaba: habló de una “suerte de guerra de unos contra los otros” que “en el marco del caos sólo gana el caos” y sin que nadie le preguntara, invocó a las Fuerzas Armadas, más no sea para “aclarar que no tendrían injerencia en el tema”. “Las reuniones que se mantuvieron con los funcionarios y las fuerzas de seguridad fueron para establecer un mecanismo de coordinación que nos permita proteger el derecho de las personas a su desplazamiento”, aclaró, privilegiando el dere-

cho a circular por sobre cualquier otro derecho humano, incluso el de la vida de piqueteros como quedó demostrado el 26 de junio.

Por último, resta saber si se refería a la cena que el Presidente compartiría esa misma noche con los jefes de las Fuerzas Armadas cuando, después de desmentir la participación de éstas en la represión, dijo: *“A la brevedad habrá más novedades en la materia”*.

Cena del Presidente con los mandos de las Fuerzas Armadas

Acompañaron a Duhalde en la mesa el ministro de Defensa Horacio Jaunarena y los jefes del Ejército, general Ricardo Brinzoni; de la Armada, almirante Joaquín Stella; de la Fuerza Aérea, brigadier general Walter Barbero y del Estado Mayor Conjunto, general Juan Carlos Mugnolo.

La fuente castrense encargada de informar a la prensa señaló que si bien la comida estaba prevista *“a agenda abierta”* se habían tratado *“la implementación del presupuesto hasta fin de año, el rol de las Fuerzas Armadas en la ayuda a la comunidad y el proyecto de unificar Defensa y Seguridad”*. El último punto es con el que los mandos militares presionan al poder político cada vez que éste procura ratificar la lealtad de los uniformados y su disposición a colaborar en momentos difíciles, como buscaba Duhalde en esa cena. *“Los jefes y el ministro Jaunarena están convencidos de que ese proyecto es necesario, porque hay que optimizar los recursos. Hay quienes pueden poner de excusa el tema del Proceso, pero para el ministro eso ya pasó”*, agregó la fuente militar.

Una semana después que los herederos de Videla, Viola y Massera caracterizaran que *“el Proceso ya pasó”*, sus primos menores de La Bonaerense, herederos de Camps, volvían a perseguir gente por las calles, secuestrar, torturar y fusilar jóvenes por la espalda.

7. De la instigación a la justificación de los crímenes

Lejos de sorprenderse por las consecuencias de la represión, el presidente Duhalde y el secretario de Seguridad Álvarez estuvieron toda la tarde pendientes de lo que pasaba en Avellaneda.

La instigación de los días previos tuvo su correlato en la acción criminal de las fuerzas de represión, pero no alcanzaba con eso. En las horas y días posteriores desde el Gobierno avalaron los crímenes, evidenciando el hilo de continuidad entre quienes apretaron el gatillo y quienes antes habían amenazado y ahora justificaban.

Después de comandar el grupo de tareas que fusiló a Maxi y a Darío, los comisarios Alfredo Fanchiotti y Félix Vega —este último jefe de la Departamental Lomas y verdadero responsable del operativo represivo— dieron una conferencia de prensa en el hospital Fiorito. Allí actuaron el papel de víctimas de la *“violencia organizada por grupos sediciosos”* y recitaron la versión de los hechos que al mismo tiempo se escuchaba en boca de jefes de las fuerzas represivas y funcionarios del gobierno nacional. *“Nos encontramos con gente que venía en forma artera a combatir, a atacar a agentes de la seguridad del pueblo, a atacar a la policía”*, sostuvo Vega.

Distintos funcionarios de gobierno vieron las imágenes televisivas desde sus despachos, en vivo y en directo. Chequeaban que lo que se dijera por los medios fuera funcional a la presentación ante la justicia de la Causa Complot que tenían armada desde hacía una semana. Juan José Álvarez, además de seguir las imágenes por Crónica TV en su oficina, mantuvo permanente comunicación con los jefes de la Federal que le iban informando las novedades en los distintos puntos de acceso a la Capital donde estaban anunciados piquetes. En la Sala de Operaciones de la Policía Federal hay diez televisores y seis pantallas de video. Allí tenían sintonizados los canales de noticias que transmitieron la represión y recibían las filmaciones de los helicópteros que sobrevolaron los accesos a la Capital. Cada helicóptero está dotado de una cámara de video especial, con un zoom de 800 metros de aproximación, que permite filmar con precisión la ubicación de las columnas de manifestantes o directamente la cara de cada uno de los

participantes en la protesta¹⁴. Durante aquellas horas, Álvarez recibió informes y dio órdenes. Las novedades que recibía por medio de los reportes policiales eran satisfactorias: en cuatro de los accesos a la Capital los bloqueos no habían podido sostenerse, intimaciones y represión mediante, pero los medios de prensa escasamente hacían referencia a ello. Esto alentaba al funcionario a sostener la firmeza con que se iba a encarar la masacre en el principal acceso de la zona sur. La represión criminal en Avellaneda debía servir, además, para ocultar la decisión del Gobierno Nacional de reprimir también las otras protestas previstas, según reconoció el jefe de Prefectura a cargo de las tropas apostadas en Puente Alsina, que según consta en el registro de esa fuerza aportado a la causa era el oficial principal Darío Fridman: *“Ni corte total ni parcial. Tengo órdenes de despejar la zona, en cinco minutos procedo”*, dijo el prefecto y su voz quedó registrada en el grabador del periodista de la radio independiente *La Tribu*. No hubo intimación judicial alguna, por lo tanto las órdenes que el jefe de la represión dijo cumplir y nadie en el gobierno desmintió haber dado, sólo pudieron salir de la Secretaría de Seguridad comandada por Juan José Álvarez. De esta instancia del Poder Ejecutivo depende directamente la Prefectura. Este y otros hechos similares, en el transcurso de la jornada quedaron ocultos por la gravedad de lo que ocurrió en el Puente Pueyrredón.

En la General Paz y el Acceso Norte de la Panamericana, cerca de 300 manifestantes pudieron mantener el bloqueo por poco tiempo, ya que las tropas de la Federal, la Bonaerense y Gendarmería los superaban en número. Ante el anuncio de la inminente represión resolvieron replegarse organizados junto a los asambleístas de Villa Urquiza, para realizar un acto de repudio en aquel barrio porteño.

Algo parecido sucedió en Liniers, donde unos 800 integrantes del Bloque Piquetero, Barrios de Pie y el MIJD sostuvieron cortada la avenida Rivadavia a metros de la General Paz, hasta que la presión de las fuerzas represivas hizo que las columnas se replegaran hasta las cercanías de Ciudadela. El tercer acceso bloqueado fue el Puente de la Noria. Se sostuvo cortado el tiempo suficiente como para que los aprestos represivos hicieran creíble la intimación al desalojo.

14. Cuando los modernos equipos de filmación aérea se pusieron en marcha en 1997, el Director de Operaciones de la Policía Federal se jactaba de poder ver a través de las imágenes tomadas por el helicóptero “si la chapa de un vehículo que estamos siguiendo es la correcta, porque toma la chapa de un camión en primer plano”. Revista La Federal, publicación institucional de la PFA, año 1, n°3.

En Puente Alsina, el cuarto punto donde se iba a instalar la protesta, los piqueteros estuvieron acompañados por una delegación de trabajadores de la fábrica ocupada y puesta a producir bajo control obrero Brukman y vecinos de las asambleas de Parque Patricios, Bajo Flores y Soldati. Se concentraron frente a la iglesia de Pompeya para avanzar desde allí al puente. Al llegar, la discusión de los manifestantes con los jefes del operativo represivo fue más directa: pasado el mediodía, con la información de lo que estaba pasando en el Puente Pueyrredón, el jefe de Prefectura a cargo anunció que tenía órdenes de reprimir en cinco minutos, dio media vuelta y empezó a alistar a sus hombres para la represión que hizo oír los primeros disparos de gases y perdigones de goma.

El quinto acceso a la Capital que sería bloqueado, por donde sobrevolaban con más insistencia los helicópteros de la Prefectura y la Policía Federal, era el Puente Pueyrredón¹⁵.

Allí estaba centrada la atención del Gobierno Nacional: en ese punto se esperaba una de las concurrencias más grandes, por la presencia de las cuatro fuerzas piqueteras que convocábamos a la jornada, todas con importante desarrollo en la zona sur del Gran Buenos Aires: el Bloque Piquetero, la Coordinadora Anibal Verón, Barrios de Pie y el Movimiento Independiente de Jubilados y Desocupados, quienes además seríamos acompañados por asambleas barriales de la zona, grupos culturales y de derechos humanos.

En los barrios más humildes y abandonados de los municipios de la zona sur desarrollamos nuestros emprendimientos productivos y comunitarios, nuestras asambleas y nuestras luchas. En un clima político crecientemente hostil y amenazante nos vamos organizando, debatimos, nos formamos, los militantes de base que, en gran parte de los casos, por las noches no tenemos alimentos suficientes en nuestras mesas. Juan, Martina, Darío, Nancy, Maxi, *los piqueteros*, concentramos ese día la atención del gobierno: necesitaban verificar que después de las balas y los garrotazos también a nosotros pudiera cabernos la acusación de querer “*atentar contra la democracia*”.

15. Además de los cinco accesos a la Capital Federal, hubo piquetes en por lo menos doce de las 23 provincias del país. En Tucumán, ocho mil personas recorrieron las calles céntricas. En Alta Gracia, Córdoba, se cortó media calzada de la ruta 5. En Rosario dos avenidas principales se mantuvieron cortadas por algunas horas, hasta que la policía *intimó* a los manifestantes a que desalojaran el lugar. En General Mosconi, Salta, la ruta 34 sobre la que fue asesinado Anibal Verón, volvió a estar cortada. En Mar del Plata las concentraciones fueron frente a la Municipalidad de General Pueyrredón. En la ciudad de Belén, Catamarca, también hubo cortes. En Chaco se bloquearon dos puntos cercanos a la ciudad de Resistencia.

26 de junio, media tarde

Al mediodía Duhalde estaba más inquieto por las novedades que esperaba recibir desde los Estados Unidos que por los hechos del Puente Pueyrredón. En Nueva York, su ministro de Economía Roberto Lavagna mantenía una serie de reuniones con banqueros norteamericanos. Buscaba alguna señal que le permitiera informarle al Presidente que el acuerdo con el FMI estaba más cerca. Recién cuando a media tarde Lavagna le comunicó que había que esperar a las reuniones del día siguiente con Paul O'Neill, secretario del Tesoro norteamericano, Anne Krueger, la número dos del FMI y Anoop Singh, el negociador del caso argentino, Duhalde comprendió que ninguna novedad positiva habían dejado por ese día las negociaciones en el país del Norte. Entonces concentró su atención en las secuelas de la represión en Avellaneda.

Durante la tarde, antes de la reunión de gabinete en la Quinta de Olivos, Duhalde mantuvo un encuentro reservado con el jefe de Gabinete, Atanasof; el titular de la SIDE, Soria y el infaltable Juan José Álvarez. Allí Álvarez presentó los informes de los mandos de las distintas fuerzas actuantes. El comisario Fanchiotti se convirtió en el principal vocero de la operación y sus palabras eran fundamentales para sustentar la teoría del complot. Alentados por sus primeras declaraciones en el hospital Fiorito, lo rodearon de apoyo cuando decidieron que en la conferencia de prensa *oficial* participara el jefe de Prefectura, una fuerza federal, además de los bonaerenses. En la sede de la Delegación Departamental de Inteligencia (DDI) de Avellaneda, a las 16 horas, el comisario Fanchiotti; el jefe de la Departamental Lomas, Félix Vega y el jefe de Prefectura, Juan Falco, plantearon la misma versión de los hechos que en el Gobierno repetían con convicción. *“La policía sólo utilizó postas de goma y fue agredida con palos y armas de fuego”*, dijo Fanchiotti.

En el encuentro también resolvieron que Álvarez diera la conferencia de prensa por la noche, después de la reunión de Gabinete. Soria, por su parte, preparó los informes que dieron cuerpo a la denuncia penal sobre nuestras organizaciones piqueteras. Atanasof convocó con urgencia a los titulares de las cámaras legislativas Juan Carlos Maqueda y Eduardo Camaño y al jefe del bloque de diputados justicialistas, Humberto Roggero, para que participaran de la reunión de gabinete. Buscaban darle coherencia y fuerza a las líneas de acción que allí se iban a plantear.

Durante las primeras horas de la tarde ninguno de los funcionarios de gobierno atendió los llamados de la prensa. Después de escuchar las palabras de

Fanchiotti en las dos conferencias de prensa y de acordar entre ellos la misma explicación, ya no hizo falta que les insistieran. Pasadas las 16 horas fueron los propios miembros del gabinete nacional quienes llamaron a los periodistas de confianza y a las redacciones de los principales diarios del país. Las operaciones de prensa en marcha tenían por objetivo reforzar la teoría de que *“los piqueteros se mataron entre ellos”*, pero esta vez de boca de *“altas fuentes de gobierno”*.

Ya en la reunión de gabinete, todos se esforzaron por transmitir el mismo mensaje sólido. *“Las balas que mataron a los piqueteros provinieron de los mismos piqueteros. Desde este Ministerio se impartió la orden de que las fuerzas de seguridad no llevaran balas de plomo”*, aseveró Matzkin. El gobierno difundió el mismo discurso que quienes habían apretado el gatillo. La lógica de las *“balas piqueteras”*, es decir, de la existencia de organizaciones de desocupados que se volcaban a la lucha armada, se convirtió en la arquitectura argumental sobre la que pretendieron explicar las muertes y justificar la ofensiva legal por medio de la Causa Complot, con el objetivo de criminalizar la existencia de las organizaciones de desocupados. La versión se extendió con velocidad por las cámaras legislativas. A tono, el senador Lamberto opinó que *“esta gente está muy estructurada y organizada. Tienen previsto tomar el poder en las calles, lo que genera un ambiente que poco tiene que ver con la democracia”*. Y justificó cualquier *“exceso”* que se cometiera para evitarlo: *“Para algunos la policía siempre tiene la culpa, pero cuando hay inseguridad reclaman por la policía”*. Durante el transcurso de la reunión Duhalde, decidido, ordenó a los ministros aportar todo el material que sirviera para respaldar la denuncia ante la justicia que Vanossi iba a presentar al día siguiente.

26 de junio, 21.30 horas

Juan José Álvarez, en nombre del gobierno, asumió públicamente la justificación de los crímenes.

El Gobierno repitió *off the record* los mismos argumentos falsos durante toda la tarde, pero empezó a mentir en forma pública a las 21.30 horas, en la conferencia de prensa que organizó Juan José Álvarez en la Quinta de Olivos. *“Los que manifestaron son otros (respecto a los cortes anteriores). Esta vez lo han hecho de una manera absolutamente violenta e irracional. Hubo personas dentro de la manifestación que pedían el auxilio de las fuerzas policiales porque veían correr peligro su propia integridad”*, sostuvo ante micrófonos, grabadores y cámaras de televisión. *“Hubo una clara intención de confrontar. No había con quien dialogar”*, insistió con la mentira.

Los que manifestamos aquella mañana sí éramos los mismos que desde hace años venimos haciéndolo y, también como en ocasiones anteriores, había referentes con disposición para dialogar. Nuestros Movimientos, si bien tienen un carácter político, son organizaciones reivindicativas, de base, que no existirían si las medidas de lucha –por más intransigentes que se muestren– no apuntaran a abrir un canal de negociación para exigir a las autoridades el cumplimiento de las demandas que originaron la protesta. Al momento de iniciarse la represión, referentes claramente identificables de las cuatro organizaciones piqueteras estaban a pocos metros del jefe del operativo Fanchiotti; aunque éste no buscaba precisamente con quien dialogar¹⁶. Durante esa conferencia y en los días siguientes, Álvarez insistió en mencionar –cada vez que pudo– la existencia de armas de fuego entre los manifestantes. No le importó que la policía no hubiera secuestrado ni una sola arma a pesar de las 160 detenciones y ningún efectivo hubiera sido herido por los disparos. “*Se han visto agresiones con una honda, con escopetas, armas y bombas molotov*”, dijo. ¿Sabía el secretario de Seguridad que estaba mintiendo o en su buena fe reprodujo información falsa? Como dijimos, no hubo ni hay ningún informe que certifique sus palabras. Después de ejercer como intendente de Hurlingham en el Gran Buenos Aires y como funcionario en áreas de seguridad en la provincia de Buenos Aires o en el gobierno nacional, Juan José Álvarez aprendió con precisión lo que somos los movimientos de desocupados, nuestros alcances y limitaciones. No desconocía el tema. Era consciente que estaba mintiendo para justificar los crímenes. Tan bien conocía lo que había pasado aquel día en Avellaneda que, antes de terminar la conferencia, cometió el fallido que lo delató. Refiriéndose a la denuncia del chofer al que le incendiaron el colectivo en la avenida Mitre al 1.300, a trece cuadras del Puente y cuando ya no quedaban manifestantes, lo hizo en estos términos: “*Como ha denunciado un chofer de colectivos, lo ha bajado del mismo personal que estaba con escopetas*”¹⁷. Con su acto fallido Álvarez no hizo más que confirmar lo que cualquiera que estuvo en Avellaneda aquella tarde sabía: que portando escopetas, armas de fuego, Itaka, el 26 de junio sólo hubo *personal* policial.

16. Al día siguiente, Néstor Pitrola, dirigente del Polo Obrero, desmentía las palabras de Álvarez relatando lo que puede corroborarse repasando con atención las grabaciones televisivas: “La Aníbal Verón había llegado al Puente por Pavón. Desde plaza Alsina avanzamos una columna del Bloque Piquetero con la cabecera formada por la mesa del Bloque y Ceballos, de Barrios de Pie. Allí nos reuniríamos todos los dirigentes para formar una conducción única que reclamara una reunión con el gobierno. El reclamo de diálogo fue público y estuvo inscripto en los medios de ese propio día”.

Jueves 27. Primera hora

La aparición pública de evidencias y la presión popular marcaron el fracaso de la estrategia oficial. Las tapas de los principales diarios del país, la mañana del jueves 27, aportaron tranquilidad a quienes fomentaron y llevaron a cabo la estrategia oficial:

“LA CRISIS CAUSÓ 2 NUEVAS MUERTES. NO SE SABE AÚN QUIÉNES DISPARARON CONTRA LOS PIQUETEROS”, tituló *Clarín*.

“*La crisis*”, así a secas, era según el diario de mayor tirada del país la responsable de las muertes. ¿Quién? ¿El gobierno? ¿La policía? No: la crisis. Así sembraban las dudas necesarias que avalaran el discurso oficial.

La Nación: **“DOS MUERTOS AL ENFRENTARSE PIQUETEROS CON LA POLICÍA”** ¿Represión criminal? ¿Jóvenes asesinados? Nada de eso. En el cope de la nota que acompaña la foto de tapa, el diario conservador –tradicional vocero de la oligarquía– agrega: **“BAJO SOSPECHA DOS GRUPOS PIQUETEROS”** y nos señala a nosotros y a los cumpas del Teresa Rodríguez. *Crónica y Diario Popular* pusieron su cuota de confusión y sensacionalismo. Sólo *Página/12* tituló en tapa **“CON DUHALDE TAMBIÉN”** y en su nota principal: **“LA CACERÍA POLICIAL TERMINÓ CON DOS MUERTOS A BALAZOS”**, presentando una crónica que tomaba distancia del discurso oficial para acercarse a la realidad.

Sin embargo, también durante aquellas primeras horas del día comenzaron las fisuras en el discurso dominante, por donde finalmente se coló parte de la verdad en torno al fusilamiento de Darío.

Sin notar lo que publicaba, *Clarín* ilustró su confusa tapa del jueves 27 con una foto tomada en el interior de la estación de trenes de Avellaneda, en la que se veía a Maxi muerto en el piso y, en forma borrosa, un joven de pie a punto de iniciar la carrera, rodeado por cuatro policías uniformados portando Itaka, dos de ellos en posición de tiro. El primer ejemplar del diario llegó a nuestras manos bien temprano, mientras estábamos velando a Darío, reunidos en el Salón Comunitario del Barrio La Fe. Al ver la foto, inmediatamente notamos que la figura borrosa de pie junto al cuerpo de Maxi era la de Darío, con vida, en el mismo lugar donde segundos después fue fusilado de un tiro en la espalda. Los que sí se veían con nitidez en la imagen eran el comisario Fanchiotti, el cabo Acosta, el principal Quevedo y el cabo Colman, dispuestos a matar y borrar las pruebas del crimen.

Diario en mano, comenzamos a explicarle la imagen a todo aquel que se nos

17. Crónica TV, 26 de junio, 22.49 horas. Sobreimpreso: “*Hace instantes, en Olivos*”.

cruzara. A través de los reportajes radiales que atendimos desde temprano, comenzamos a desarmar ante la sociedad el discurso oficial punto por punto. Además de la explicación de la foto en la que se ve a Darío segundos antes de ser fusilado por la espalda, los cumpas que pudieron hablar ante los medios plantearon los detalles de la represión criminal, las cifras de compañeros heridos por balas de plomo, el trabajo solidario que hacían Darío, Maxi y todos en el Movimiento. Así comenzaba a traslucir qué es lo que realmente hay detrás de los piquetes: un intenso trabajo social en los barrios, como lo demostraban las circunstancias en que Darío estaba siendo velado, en el Salón Comunitario que los mismos compañeros del barrio habían construido junto a él en el último año.

Nuestra visión de los hechos fue redactada con precisión y detalle por la agencia de noticias independiente *ANRed*, integrada por jóvenes trabajadores de prensa que, con dedicación militante, informan sobre nuestras luchas. Cuando a media mañana el periodista Marcelo Cena nos llamó para confirmar la información recibida por *ANRed*, nuestras denuncias quedaron plasmadas en un extenso cable de la agencia oficial Telam, que llegó a todas las redacciones del país.

De esta forma se instaló en el gobierno una doble agenda para la jornada, más compleja de lo previsto. Por un lado, debían continuar con la ofensiva política contra nuestras organizaciones, tal cual lo habían planeado. Lo hicieron por medio de agresivas declaraciones de prensa, reforzando el clima represivo necesario para amedrentar a quienes aún pensaban en seguir movilizados. También con la preparación de la Causa Complot, avanzando en la estrategia de criminalización de las organizaciones piqueteras. Pero también empezaba a tomar cuerpo la posibilidad de que la estrategia gubernamental fracasara.

De todas formas, decidieron avanzar.

Jueves 27 de Junio, 19 horas

Aquella tarde el gobierno buscó reforzar la teoría de la nueva subversión armada piquetera, a través de una conferencia de prensa de tono castrense brindada por el ministro del Interior Jorge Matzkin.

Desde las 16, Matzkin estuvo reunido con Juan José Álvarez en la Casa de Gobierno. Minutos después se sumó el ministro de Justicia Vanossi, que llegaba directo de la presentación de la Causa Complot. Elaboraron un informe en base a las declaraciones públicas de los compañeros que habían estado hablando para los medios en los últimos días y lo sumaron a los in-

formes de inteligencia sobre el accionar de los movimientos que habíamos sido reprimidos el día anterior. Después, repasaron el texto que Matzkin leyó en la conferencia de prensa. Ante las cámaras de televisión, el ministro sentado detrás de un escritorio, con el ceño fruncido como único gesto y los anteojos levemente caídos hacia la punta de su nariz, sentenció: *“Las acciones que dejaron el trágico saldo de dos muertes constituyen un plan de lucha organizado y sistemático, que puede llegar a amenazar y reemplazar la fórmula de consenso que la mayoría de los argentinos hemos elegido. Hay quienes prefieren el lenguaje de la violencia”*. Envío también un mensaje público a los gobernadores que pedían aval del gobierno nacional para la represión abierta y sistemática: dijo que se estaba informando a los jefes provinciales *“de las acciones que presumiblemente se pueden desarrollar en sus respectivas jurisdicciones”*, como parte del supuesto plan insurreccional. *“Los lamentables acontecimientos de ayer no constituyen un hecho aislado –insistió–, el gobierno tiene elementos que permitan suponer que estamos frente a acciones concertadas.”* Y anunció que la decisión de gobierno no quedaría en meras palabras: *“Se hará llegar a la justicia los antecedentes que se han reunido”*, dijo en referencia a la presentación de la Causa Complot.

Vanossi, abogado constitucionalista, había aportado al texto el asesoramiento legal y Juan José Álvarez su estilo prolijo y *garantista*. Pero el mensaje era claro. Como señaló el viernes 28 de junio el analista político Martín Granovsky en *Página/12*: *“Las palabras (de Matzkin) apuntan a crear la sensación de que el principal problema de la Argentina es la inminencia de una insurrección armada contra la democracia (...). El mensaje era que cualquier opositor es un violento potencial, y quedará sujeto a la represión de la violencia. Una forma, de paso, de disuadir a asambleístas o nuevos actores de la política de seguir participando activamente”*.

Otros ministros del Gabinete echaron a andar versiones que reforzaban la idea del *“peligro subversivo”*. Con la condición de que no fueran publicados sus nombres, lanzaron rumores a modo de información *off the record*, a grabador apagado. La agencia DyN refiere a esos funcionarios como *“altas fuentes del Gobierno”* que dijeron: *“Los manifestantes utilizan una estrategia de lucha urbana, con la utilización de bombas molotov o palos con puntas que permiten atravesar los chalecos antibalas de los policías”*. Insistían en caracterizar el plan de lucha votado en la asamblea pública de Villa Domínico como *“un plan de grupos radicalizados para incrementar la violencia social”*. Y volvían a mentir que en los últimos días *“habían fallado los intentos de diálogo”* que nunca se intentaron. Recién sobre esta

base de mentiras y estigmatizaciones de la protesta, se animaron a reconocer que lo que estaba en marcha era un “*cambio de estrategia*” oficial respecto de las fuerzas de seguridad en las protestas piqueteras y que por eso se había decidido un operativo conjunto de las cuatro fuerzas de seguridad, hecho que no había ocurrido en anteriores movilizaciones piqueteras.

Por esas horas dos hechos pusieron en evidencia lo burdo de la maniobra oficial: la certeza de que iban a ser publicadas las fotos que mostraban cómo Darío había sido fusilado por la espalda por el grupo de tareas del comisario Fanchiotti y la masiva movilización popular que una vez más se hizo presente en Plaza de Mayo desafiando el miedo que buscó imponer la campaña de desinformación oficial.

Durante la noche del 27 de junio el gobierno comenzó a quedar expuesto. Era el momento de mayor distancia entre el discurso oficial y la realidad que pujaba por hacerse notar, de la mano de la aparición de las fotografías y la presión popular en las calles.

Apenas unas horas después, lo que intentó ser una conferencia de prensa de tono severo, se convirtió -repetida por los canales de televisión- en una caricatura de bando militar trasnochado. Si no fuera por la gravedad de las muertes todavía frescas y el riesgo social del intento de instalar un Estado abiertamente represivo, Duhalde y los suyos habrían dado risa.

Pero pocos reíamos por aquellas horas.

8. Después del plomo, “la justicia”

Quienes fuimos corridos a los tiros por cuadras, detenidos de a decenas, golpeados y torturados, baleados y asesinados el 26 de junio en Avellaneda, fuimos acusados por el gobierno de cometer 17 delitos contra el orden público tipificados en el Código Penal y de “violación de la Ley de Defensa de la Democracia”. A través del terror represivo primero y de la criminalización de las víctimas después, se pretendió avanzar en una causa que dejara como saldo la detención de decenas de militantes, la ilegalización de nuestras organizaciones de base y el precedente aleccionador para el conjunto de la sociedad que pensara en seguir movilizada y luchando para “que se vayan todos” o, como en aquella jornada, para que se nos entreguen subsidios de empleo y no cierren los centros de salud en la provincia de Buenos Aires.

El presidente Duhalde, a través de su ministro de Justicia Jorge Vanossi, presentó al día siguiente de la Masacre de Avellaneda una denuncia ante la justicia federal por la comisión de delitos que violaban la Ley de Defensa de la Democracia: asociación ilícita o banda, intimidación pública, apología del crimen, alteración del orden, alteración del libre ejercicio de sus facultades o la deposición de alguno de los poderes públicos, sedición, atribuirse derechos del pueblo e impedir la ejecución de las leyes, usurpación con clandestinidad, entre otros cargos, al lado de éstos, menores. La presentación judicial encuadraba la supuesta comisión de todos estos delitos en la teoría de que existía un “*complot*” para derrocar al gobierno de Duhalde y “*atentar contra los poderes constituidos de la República*”.

Pero sólo mientras mantuvo expectativas en que podría avanzar con su intento de dar fin a nuestras organizaciones, el gobierno sostuvo el enérgico pedido de castigo para los “*autores, cómplices, instigadores y encubridores*” de los hechos “*sufridos por la sociedad y el Estado*”, como caracterizó Vanossi hipócritamente en el escrito de presentación de la Causa Complot. El interés del gobierno en que se castigara a los responsables de lo sucedi-

do el 26 de junio, tendría razón de ser sólo si lograban instalar la idea de que los piqueteros éramos los depositarios de todos los males. Cuando la reacción popular y la aparición pública de las fotos hicieron insostenible la estrategia del gobierno de cargar las culpas por la represión y las muertes sobre quienes nos habíamos manifestado, no les quedó más alternativa que desandar un paso y limitarse a encubrir y enturbiar la investigación sobre los hechos. Miembros del gabinete nacional, legisladores, el gobernador de la provincia de Buenos Aires, junto a los mandos de las fuerzas represivas, se dedicaron a mentir sobre lo sucedido y proteger a los autores materiales, impedir el esclarecimiento respecto a los instigadores, los responsables políticos y autores ideológicos de la masacre. Era lógico: se protegían a ellos mismos.

Los informes de inteligencia

Espías de Oscar Rodríguez, pagados por el Estado, *infiltraron* encuentros públicos y organizaciones populares.

Los informes sobre los piqueteros que la SIDE venía acumulando y que debían sustentar la Causa Complot ya habían sido “*analizados por el propio Duhalde con un grupo de jueces, fiscales, autoridades policiales y por el ministro de Justicia*”, como reveló el diario *La Nación* del viernes 28 de junio, en referencia a la reunión del martes 19 en Casa de Gobierno, ya descripta. Los agentes que Oscar Rodríguez había incorporado al plantel de espías de la SIDE cuando asumió su cargo como vicejefe de Inteligencia en enero, produjeron días antes del 26 un nuevo *documento reservado*. Eran las desgrabaciones de los discursos pronunciados en la Asamblea Nacional Piquetera realizada los días 22 y 23 de junio en el Estadio Gatica de Villa Domínico. Allí participaron alrededor de mil delegados de base, militantes del Bloque Piquetero y el MIJD, acompañados por la presencia y solidaridad de integrantes de algunas asambleas barriales y fábricas ocupadas. En el encuentro, cuya convocatoria fue pública y abierta a los medios de comunicación, se planteó lo que puede leerse en cualquier prensa de los grupos de izquierda que acompañan al Bloque Piquetero. Los oradores hablaron de la necesidad de dar la lucha por el poder, el anhelo de una nueva rebelión popular y dijeron que lo único que podía resolver la crisis que atraviesa el país es una “*salida revolucionaria*”. El Plan de Lucha ratificó la jornada nacional de protesta con cortes de ruta y de accesos a la Capital para el 26, acordada previamente con Barrios de Pie y la Coordinadora Aníbal Verón, quienes no habíamos participado del encuentro. Se aprobó un acampe en Plaza de Mayo para el 9 de julio, reclamando lo mismo que en centenares de luchas dispersas planteaba el 80 por ciento de la población:

“Fuera Duhalde y el FMI. Que se vayan todos”. También se aprobó una movilización de repudio a la visita de representantes del FMI al país, el sitio a Repsol y las privatizadas y el apoyo militante a lo que un orador consideró la *“rebelión docente en la provincia de Buenos Aires”*.

La Secretaría de Inteligencia destinó agentes, sueldos y recursos del Estado para producir páginas y páginas dedicadas a reflejar lo mismo que pudo escucharse en la transmisión en vivo hecha por Crónica TV.

Así se motivan operaciones de prensa y campañas de acción psicológica, que alimentan decisiones políticas como la represión del 26, tras la necesidad de reinventar un nuevo *“enemigo subversivo”*. Si no logran convencer a parte de la sociedad de este *“peligro”*, no podrán avanzar con la represión para frenar el creciente descontento social.

Tras esta lógica se alineó todo el Gobierno Nacional, una parte importante de los senadores, diputados, gobernadores, periodistas y medios de prensa obsecuentes con el poder, que dieron entidad a esos informes y de esa manera justificaron los crímenes.

Vanossi en defensa de “los poderes constituidos”

“No escapa a nuestra percepción que los sucesos de los últimos días indican una escalada de acciones violentas que parten de la alteración del orden público y continúan con la pérdida de vidas humanas amenazando, incluso, con el derrocamiento de los poderes constituidos.”

Así de concluyente es la presentación que hace el gobierno de la causa en *“salvaguarda de la democracia”*.

Vanossi, con los informes listos y la fundamentación redactada, elevó la presentación judicial al procurador de la Nación, Nicolás Becerra, quien la derivó a la Cámara Federal, a manos del fiscal Norberto Quantín. Este último remitió las actuaciones a la justicia federal y la causa quedó a cargo del juez federal Norberto Oyarbide. Vanossi, Becerra y Quantín ya habían acordado los términos de la denuncia ocho días antes de que sucediera la Masacre de Avellaneda, incluso antes de que los espías de Rodríguez entregaran el último *“informe secreto”*. Los tres estuvieron el martes 18 en la reunión con Duhalde y los jefes de las fuerzas de seguridad que participaron de la masacre, en la que se acordaron *“las directivas que deberán acatar jueces, fiscales y efectivos uniformados; cuál será la actitud de la Gendarmería Nacional, Prefectura Naval y Policía Federal y la cobertura a su acción que tendrá en la justicia, a través de los jueces y los fiscales federales en las próximas acciones de piqueteros que preocupan al gobierno”*.

La apuesta era fuerte y decidieron no andarse con chiquitas: por la protes-

ta, nos acusaron de violar los artículos 181, 182, 183, 184, 190 al 197, 209, 210 al 213 bis, 226, 229 y 230 del Código Penal y la Ley 23.077 de defensa del orden constitucional y de la vida democrática, como informó el diario *La Nación* el viernes 28 de junio. 17 delitos contra el orden público, referentes a *“la usurpación con clandestinidad, daños, el entorpecimiento del funcionamiento de los transportes públicos, la instigación a cometer delitos, la asociación ilícita o banda, la intimidación pública, la apología del crimen, la alteración del orden, el libre ejercicio de sus facultades o la deposición de alguno de los poderes públicos, la sedición, el atribuirse derechos del pueblo e impedir la ejecución de las leyes”*. Vanossi, que a partir del 20 de diciembre de 2001 comenzó a ver sediciosos golpeando cacerolas por todos lados, agregó que Duhalde, como titular del Poder Ejecutivo, estaba obligado a denunciar la situación ante la justicia. Propuso además reunir *“informes oficiales de los organismos competentes”* no sólo sobre los hechos del 26 de junio, sino también sobre *“la preparación de otros ilícitos que podrían consumarse de aquí en más.”*

En la presentación de la causa el ministro de Justicia expuso motivos que sólo encuentran algún sentido si se los lee pensando en el Gobierno como el responsable de la *“maquinación concertada”*: *“Es del caso preguntarnos si estamos o no en presencia de una maquinación concertada para alcanzar con intencionalidad objetivos de máximo alcance que puedan poner en peligro más vidas, más derechos, más libertades y hasta la totalidad de las instituciones de la República que se encuentran constituidas legítimamente y en pleno funcionamiento”*.

El curso de la Causa Complot

A partir de su presentación el 27 de junio, cada paso de avance o retroceso en la causa no hizo más que acompañar los tiempos y las limitaciones de la ofensiva política contra la movilización popular que se propuso el gobierno con la represión del 26.

La impactante movilización del miércoles 3 de julio a Plaza de Mayo –que contó con la confluencia de todos los sectores y organizaciones populares sin distinción– marcó un límite al gobierno. La respuesta popular fue clara y fuerte: no podrían avanzar con la criminalización de las organizaciones piqueteras, al menos en aquel contexto de repudios y movilizaciones. Desde entonces la causa fue abandonada por el Gobierno. Sin embargo, la forma en que se inició, los objetivos que se propuso y las maniobras con las que –sin llamar la atención– lograron confinarla a un segundo plano, son un claro ejemplo de cómo todos los recursos del Estado, en este caso la justicia, son manipulados a su antojo por el poder político de turno.

La causa cayó en manos del fiscal Carlos Stornelli. El martes 2 de julio consideró que había “*elementos suficientes*” para promover y dar sustento a la investigación penal sobre el supuesto complot. El requerimiento de la investigación penal fue recibido por el juez Oyarbide. El mismo día, Stornelli pidió una serie de medidas de prueba que fueron ordenadas por el juez, quien ya había requerido informes a organismos del Estado sobre la jornada del 26. El fiscal también propuso la citación a declarar como testigos a la diputada Elisa Carrió; el titular de la SIDE, Carlos Soria; el diputado provincial Luis D’Elía; el periodista Miguel Bonasso y el legislador nacional Luis Zamora. También se requirieron a la SIDE los informes sobre la asamblea piquetera realizada días antes en Villa Domínico, a la que Vanossi hacía referencia en su presentación.

Una vez aceptada la causa por el juez Oyarbide, Vanossi -en representación del Gobierno Nacional- debía ratificar la denuncia. Ya renunciado por el escándalo, el jueves 4 se presentó ante el juez. Cumplió con la formalidad, pero sólo eso: pasada una semana el gobierno no tenía ninguna otra evidencia para aportar y dar sustento a tan grandilocuente acusación. Carlos Soria, todavía jefe de los servicios, estaba citado para el día siguiente para aportar los “*clarificadores*” informes sobre la asamblea piquetera realizada el 22 y 23 de junio en el estadio de Villa Domínico. No sólo no aportó nada. Directamente no se presentó. “*Se contactó con el juzgado y explicó que tenía problemas de horario, por eso se suspendió la audiencia*”, explicaron en los tribunales de Comodoro Py. Soria eligió la fecha antes de que el juez volviera a citarlo: quedó en presentarse el martes 16 de julio. Al parecer los problemas de horario se le extenderían por 11 días. O tal vez Soria sabía que para aquella fecha ya no habría citación porque tampoco habría causa. A Juan José Álvarez, recientemente ascendido a ministro de Seguridad y Justicia, también lo esperaban en Tribunales. Su citación estaba fechada para el 15 de julio. Al igual que Vanossi y Soria, Álvarez no aportó nada que les diera sustento a sus denuncias y acusaciones mediáticas. Al igual que Soria, ni siquiera llegó a brindar testimonio en la causa.

El miércoles 10 de julio, cinco días antes de la citación de Álvarez, el juez “*se enteró*” de que en otro tribunal se investigaba -desde enero pasado- la posible puesta en marcha de un plan, casualmente “*para desestabilizar*” al gobierno de Duhalde. Entonces Oyarbide declinó su competencia, apartándose de la causa y dejando sin efecto las citaciones pendientes a Soria y a Álvarez. El Gobierno, después de intentar convencer a la sociedad de que el peligro piquetero acechaba al futuro de todos, ahora dejaba la causa penal que venía a preservar las instituciones sin aportar un solo elemento que sustentara tanta verborragia.

La causa anterior que le permitió a Oyarbide apartarse del caso y dejar sin efecto las citaciones a los funcionarios del Gobierno había sido radicada el 18 de enero por el propio Soria (¿otra casualidad?) quien por entonces comandaba la Secretaría de Inteligencia del Estado. Duhalde llevaba menos de tres semanas en la Casa Rosada. Jaqueado por las movilizaciones populares que no cedían, el gobierno había apelado -al igual que después del 26 de junio- a una presentación legal que le permitiera ampararse en la Constitución en caso de tener que reprimir ferozmente un nuevo estallido social. La apelación a la Ley de Defensa de la Democracia y la denuncia de “*complots para derrocar los poderes de la República*” ya desde entonces eran contempladas por el gobierno como un buen recurso para limitar las libertades individuales y reprimir o incluso matar ciudadanos sin pudor, antes de verse forzado a tener que usar el helicóptero presidencial para huir por los techos de la Rosada¹⁹.

19. El sumario acumulado durante los 13 días en que Oyarbide llevó el expediente, después de su alejamiento se sumó a las actuaciones que Canicoba Corral instruye desde enero en la causa anterior por el mismo motivo.

9. Un cabo inexperto que apretó el gatillo

Los policías dispararon con munición de guerra y levantaron sistemáticamente cada cartucho servido. Después, ordenaron limpiar rápidamente el lugar de los crímenes. Difundieron una versión de lo sucedido que tenían preparada, para culpar a las víctimas. El fiscal, un ex policía, no se hizo presente en el lugar de los hechos. Eligió quedarse en la comisaría y escuchar solamente a los mismos comisarios que ejecutaron la masacre. Coincidió con miembros del gobierno en acotar las responsabilidades a quienes habían apretado el gatillo. Por encima de los uniformados, ningún funcionario político fue siquiera citado a prestar declaración testimonial.

“¿Tenés mis cartuchos gordo?”

El sargento primero Carlos Leiva recogió las vainas servidas de los cartuchos color rojo que contenían postas de plomo, después de cada disparo. El 26 de junio revistaba como jefe de calle de la comisaría 1ª de Avellaneda y desde entonces está prófugo, imputado por homicidio simple en grado de tentativa. Disparó sobre quienes se replegaban por la avenida Mitre, en plaza Alsina y por la calle San Martín. Fue registrado por cámaras de televisión como uno de los policías de civil que, sin identificación, anduvieron a los itakazos contra los compañeros que por allí buscaron desconcentrarse. Mientras recogía cada cartucho servido, a su lado un superior suyo, el oficial subinspector Gastón Sierra, supervisaba la tarea. En la instrucción de la causa judicial constan decenas de postas de plomo, pero ninguna vaina servida llegó a la Fiscalía. Las municiones de plomo fueron aportadas por los manifestantes, muchas veces después de haber sido extraídas de sus cuerpos. Los cartuchos, en cambio, fueron recogidos en forma sistemática por los policías en el mismo momento en que caían servidos después de cada disparo.

Además de Leiva, se identificó en la misma actitud a Fanchiotti, Acosta y De la Fuente, quien quedó registrado en una filmación televisiva preguntando, al salir de la estación cargando el cuerpo de Maxi: “*Tenés mis cartuchos, gordo?*”. Recoger los cartuchos disparados fue el primer acto de

encubrimiento de la Operación Masacre.

“Vamos, limpiá que queda feo”

Inmediatamente después alteraron la escena del crimen. Los cuerpos de Maxi y Darío fueron movidos con el único objetivo de entorpecer el esclarecimiento de los hechos.

Dalmiro Guaymas, el empleado a cargo de la limpieza de la estación en el turno de 6 a 14, no estaba allí en el momento preciso en que mataron a Darío, pero regresó a la estación a las 13.15, justo cuando otra persona estaba baldeando la sangre derramada en el patio. A las 11 de la mañana había partido a Lomas de Zamora para buscar material de limpieza.

Cuando llegó se encontró con la zona acordonada con ese tipo de cinta plástica a rayas rojas y blancas que usa la policía y vio a una mujer *“limpiando el piso del hall con agua y sangre, con mi cepillo y mi secador”*. Entonces se dio cuenta de que el candado de la puerta del cuartito de limpieza había sido forzado. También Máximo Lanzietta, funcionario municipal, pasó en ese momento por la estación y vio la escena. Recuerda que la mujer vestía un delantal color verde claro y que respondía a las órdenes de uno de los tres policías bonaerenses que custodiaban el perímetro. Un hombre robusto, de unos 50 años, cabello castaño, sin gorra. El mismo policía que cuando Dalmiro reclamó sus elementos de limpieza, le indicó que siguiera limpiando él: *“Vamos, limpiá que queda feo y despolijo”*.

Otros policías bonaerenses fueron fácilmente identificados, por sus apariciones mediáticas en el marco de la represión, en similares actitudes de encubrimiento. Cuando los instructores judiciales Felipe García, Javier Rossi y Luis Galgano se hicieron presentes el jueves 27 de junio en el domicilio de la calle Brandsen 1.243, lindero con el local de Izquierda Unida que también había sido atacado, los moradores les contaron que esa misma tarde, a las 15.30, dos oficiales de la comisaría 1ª de Avellaneda se habían hecho presentes para retirar los elementos que pudieran haber quedado del día anterior. *“Eran los oficiales De la Fuente y Paggi”*, certificaron los vecinos.

El fiscal ex policía que sólo escuchó a los policías (que no dijeron nada)

El fiscal Juan José González pasó toda la tarde del miércoles 26 en un salón chico, una especie de antecocina, en el primer piso de la comisaría 1ª de Avellaneda. Posiblemente el ambiente le resultara familiar: los primeros pasos de su carrera profesional los hizo como empleado de la misma policía bonaerense que ahora debía investigar.

Pasado el mediodía había recibido un llamado en la fiscalía informándole que el juez federal Humberto Blanco declinaba su competencia. Entonces comenzó su trabajo de una forma particular: buscó enterarse de lo sucedido por teléfono. Se comunicó con el comisario mayor Vega, jefe de la Departamental Lomas, y con el comisario Fanchiotti. Les preguntó por el lugar en que habían sido asesinados los piqueteros y quiénes habían trasladado los cuerpos al hospital, recibiendo las primeras respuestas evasivas. Entonces decidió dirigirse a la comisaría 1ª de Avellaneda y no al lugar donde se habían producido los incidentes, ni siquiera al hospital donde sabía que estaban los cuerpos de dos jóvenes asesinados. A las 16.30 otros dos agentes de la justicia llegaron a la comisaría para reforzar la ineficacia de González: el doctor Eduardo Alonso, fiscal federal y su adjunto, el doctor Homero Alonso. Permanecieron con los policías, sin salir de allí hasta las 22.30.

En el piso de abajo, 160 personas que habían sido detenidas sin motivo estaban hacinadas, sufriendo maltratos y abusos. Familiares de las víctimas, legisladores y abogados presionaban para que dieran las listas de los detenidos y los compañeros que se agolpaban en la puerta de la comisaría alternaban dos cánticos: “*Asesinos, asesinos*” y “*Se va a acabar, se va a acabar, esa costumbre de matar*”. Todos sabían que la policía había asesinado al menos a dos manifestantes y que sus cuerpos habían sido retirados de la estación de Avellaneda. Todos menos los cinco agentes de la justicia que durante toda la tarde insistieron en no enterarse, preguntándoles a los asesinos y negándose a escuchar la voz clara de las víctimas.

Cuatro días después se conocía públicamente y en detalle la forma en que se había cometido al menos uno de los asesinatos: el de Darío en la estación. Y también se sabía que el esclarecimiento no había llegado por las actuaciones judiciales, sino por la firmeza de los testigos a pesar de las amenazas, la aparición de las fotografías y la reacción popular que no creyó la versión oficial. Recién entonces el fiscal dirigió una carta al gobernador de la provincia de Buenos Aires, con fecha 30 de junio:

“Tengo el honor de dirigirme a V. E. a fin de poner en vuestro conocimiento la forma en que oficiales de la Policía de la provincia de Buenos Aires obstruyeron la actuación del suscripto en los momentos iniciales de la investigación, ocultando información y mintiendo acerca de lo ocurrido, posibilitando con ello que se borrarán importantes pruebas del lugar donde ocurrieron los hechos (...) Tanto el comisario mayor Félix Osvaldo Vega, máxima autoridad de la Jefatura Departamental, como el comisario inspector Alfredo Fanchiotti (a la postre involucrado en la muerte de Santillán), el comisario Néstor Osvaldo Benedettis y un oficial vestido con buzo azul y blanco a ra-

yas y un chaleco azul (...) negaron conocer el lugar donde fueron heridas las víctimas fatales y quiénes las trasladaron hasta el hospital. (...) Tales maniobras impidieron que el suscripto conociera el lugar donde fueran heridos Maximiliano Kosteki y Darío Santillán y posibilitaron con ello que se borraran todos los rastros materiales de los homicidios”. En la carta al gobernador, el fiscal caracteriza la torpeza policial como encubrimiento: “Los hechos posteriores hacen presumir que la ineficacia de los funcionarios no fue tal, que en realidad estaban encubriendo e impidiendo al suscripto hacerse de la prueba necesaria para el esclarecimiento del hecho”. Teniendo en cuenta que el señalamiento del fiscal llegó tres días después de que la información de lo sucedido circulara ampliamente por medios gráficos y televisivos nacionales, cabe presumir que su lentitud no fue por ineficacia, sino por voluntad de encubrir y dificultar el esclarecimiento del hecho.

El jefe de la Departamental Lomas, primer eslabón en la cadena de protección política

“Fanchiotti y Vega me mintieron”, dijo el fiscal al gobernador. *“Fanchiotti me mintió”,* repitió Felipe Solá, acotando las responsabilidades: *“Yo creo que Fanchiotti les mintió también a sus superiores”*.

El comisario mayor Vega, verdadero responsable del operativo desplegado en Avellaneda el 26 de junio, se convirtió en el primer protegido de la escala de responsabilidades por encima de quienes apretaron el gatillo.

El Puente Pueyrredón se encuentra bajo jurisdicción de la Sección Departamental XIII de la Policía Bonaerense, con asiento en Lomas de Zamora. Su jefe hasta el 28 de junio fue el comisario mayor Félix Osvaldo Vega. A su jefatura se le asignó la preparación del dispositivo de seguridad sobre el Puente Pueyrredón para evitar los piquetes, como había dicho el jefe de Gabinete, *“sea como sea”*. Fue Vega quien designó al comisario Alfredo Fanchiotti, como supervisor del operativo. Una vez consumados los fusilamientos, se hizo ver públicamente junto al comisario que apretó el gatillo en la conferencia de prensa que brindaron en el hospital Fiorito. A partir de allí actuó con precisión el mismo guión que seguía su subordinado: *“Esos sectores que van en forma artera a combatir, a atacar a la policía, generan una situación desafortunada que lleva al fallecimiento de dos personas. Se escucharon disparos de armas de fuego de ese sector de gente”*. En este tono se explayó primero en el hospital, después en la conferencia de prensa junto al jefe de la Prefectura e insistió en reportajes radiales durante los días siguientes. En sus declaraciones contra los piqueteros se mostró conocedor de los hechos, *como si hubiera estado allí*. Sin embargo, al igual que Fanchiotti, negó al fiscal saber dónde habían ocurrido los asesinatos.

Su accionar fue tan alevoso que al fiscal no tuvo otra alternativa que señalarlo, en un primer momento, como responsable de encubrimiento. Su protección política fue tan importante que, a pesar de los primeros señalamientos, durante meses el mismo fiscal omitió imputarlo judicialmente o al menos pedir su indagatoria. La denuncia permanente de estos hechos que llevamos a las calles cada día 26 motivó que ocho meses después, al fiscal no le quedara más remedio que pedir el procesamiento por encubrimiento del jefe policial.

La jueza protege y elige: no hubo alevosía, el que disparó fue el cabo Acosta

La figura de alevosía agrava la pena por homicidio simple a un máximo de prisión perpetua. Sin esa figura, la pena puede limitarse a un mínimo de 8 años. Es decir, si alguno de los policías involucrados en la masacre fuera condenado por homicidio simple, sin más, es probable que quede en libertad después de cinco años de cumplimiento efectivo de la pena, favorecido por los beneficios que marca la ley. En cambio, una condena por “*homicidio agravado por alevosía*” impondría una pena de prisión perpetua.

En el escrito que la jueza Marisa Salvo presentó el 26 de julio de 2002 disponiendo la prisión preventiva para los imputados, desestimó el agravante de alevosía en la actitud de un funcionario público (el policía) que fusiló por la espalda a menos de dos metros de distancia a una persona desarmada, que después de auxiliar a un herido intentaba ponerse a salvo del ataque policial. Lo que a simple vista parece descabellado también lo es desde el punto de vista legal. Sin embargo, la jueza se esforzó por argumentar judicialmente la protección política sobre los imputados. A foja 2433 intenta explicar lo inexplicable. Sugerimos repasar las fotografías reproducidas en la página 71 antes de analizar con detenimiento los fundamentos de la jueza:

La doctora Salvo apela a fundamentos doctrinarios para definir el término de alevosía. Según los juristas que cita, hay alevosía “*cuando la víctima se encuentra desprevenida y ese estado ha sido buscado, provocado o aprovechado*”. También debe existir “*la necesidad de asegurar la ejecución del hecho sin riesgo para su autor y que la víctima esté desprevenida, el ímpetu, la sorpresa y la situación de indefensión no provocada por el agente*”.

La evidencia presentada en la causa indica que son perfectamente encuadrables en esta figura las actitudes de –al menos– Fanchiotti y Acosta respecto a asesinato de Darío. Sin embargo, para no dar lugar al agravante, la jueza considera:

QUE LOS ASESINOS “NO ACTUARON SOBRE SEGURO”. *“Aún cuando se haya disparado por la espalda a una distancia de uno o dos metros, por sí sola esta circunstancia no alcanza la agravante propiciada, desde que no actuaron los imputados sobre seguro.”*

LAS VÍCTIMAS, INCLUSO DARÍO, “PODÍAN DEFENDERSE”: *“Todas las víctimas se hallaban lúcidas previo a su herida y podrían eventualmente haber reaccionado. A modo de ejemplo, en el caso de Santillán podría haberlo hecho desviando de alguna manera el curso del disparo.”*

La jueza afirma que fusilar por la espalda a alguien desarmado e indefenso no es *“actuar sobre seguro”* y que esa persona que no le queda más alternativa que huir del peligro podría haber *“desviado de alguna manera el curso del disparo”*. Después de todo, según estos fundamentos, la lucha no habría sido tan desigual.

“... SIENDO EL CABO ACOSTA QUIEN EFECTUARA EL DISPARO”: Además, quien disparó no fue el comisario Fanchiotti sino el cabo Acosta, concluye la doctora Marisa Salvo, contrariando lo que se desprende de las declaraciones de los testigos presenciales. Para ello decide desestimar los testimonios presentados por el pasajero del tren Leonardo Ángel Trimani, foja 776/78, el fotógrafo Sergio Kowaleswki, foja 512/514 y el testimonio presentado a foja 1249/53, que desde distintos ángulos señalan la posible autoría del comisario en el crimen. En cambio, se basa en un testimonio prestado bajo Reserva de Identidad a foja 1234/38, diez días después de los hechos, el único que dice haber visto a Acosta efectuar el disparo mortal.

Al confirmar la prisión preventiva sobre Fanchiotti y Acosta, la jueza apela a la figura de *“coautoría”* en tanto que *“cada uno ha contribuido con un aporte de tal entidad que sin él no se hubieran concretado (los crímenes)”*. Sin embargo, a la hora de especificar responsabilidades, aclara: *“de acuerdo a lo expuesto, el autor del disparo, en principio, es Alejandro Acosta”*.

Al desestimar la figura de alevosía y señalar, sin elementos sólidos, que quien asesinó a Darío fue el cabo y no su jefe, la jueza Marisa Salvo deja las puertas abiertas a la impunidad y protección política del comisario al que se le asignó la misión. Si no se abandona la actitud cómplice de la justicia, para que Fanchiotti salga en libertad sus abogados sólo deberán impugnar la figura de coautoría. Así quedarían limitadas las responsabilidades criminales a un cabo inexperto que apretó el gatillo.

10. De Fanchiotti a Duhalde

Entre los funcionarios que crearon el clima de violencia institucional y quienes apretaron el gatillo, hubo mucho más que coincidencias discursivas. Existió una planificación general que englobó cada declaración y cada actitud tras el objetivo de justificar la represión sistemática contra la lucha popular. En Fanchiotti y sus hombres recayó la responsabilidad operativa de la masacre. El comisario mayor Vega, un protegido político del presidente del PJ de la provincia de Buenos Aires, le asignó la misión. El subsecretario de Inteligencia y amigo personal del Presidente, Oscar Rodríguez, fue el nexo entre la Casa Rosada y la maldita policía. El entonces secretario de Seguridad Álvarez garantizó el brutal operativo conjunto de las fuerzas de represión interna sobre el cual montar los fusilamientos. Voceros del poder económico, a través de los medios de comunicación, agitaron y justificaron la represión y las muertes. El presidente Duhalde encabezó la decisión de llevar a cabo una represión *“aleccionadora”* que lo mostrara fuerte ante su estructura política y los organismos internacionales.

Fanchiotti estuvo en contacto directo con un área secreta del Poder Ejecutivo Nacional durante la jornada en que comandó la operación represiva que terminó con las vidas de Maxi y Darío: la *Sede Billinghamurst* de la Secretaría de Inteligencia del Estado (SIDE).

Cuando a las 17.30 recibió un llamado desde la SIDE ya había terminado la conferencia de prensa en la Dirección de Investigaciones (DDI) de Avellaneda junto a su jefe, Félix Vega. En su teléfono celular –el 15 4993-5702– recibió otro llamado del mismo lugar faltando pocos minutos para las 19 y un tercero cerca de las 20²⁰. La dependencia de la Secretaría de Inteligencia del Estado desde donde aquella tarde lo llamaron con insistencia queda en la calle Billinghamurst 2.461, de la Capital Federal. Utilizaron un teléfono fijo –el 4805-4422– sin preocuparse porque las llamadas pudieran que-

20. Detalle de llamadas del abonado 1149935702 (Fanchiotti), período 26 al 28/06/02. Empresa Nextel S.A. Expediente Judicial, foja 27 del Anexo I.

dar registradas en las computadoras de la compañía telefónica: los *servicios* no imaginan que sea a ellos a quien se espíe. La base de operaciones *Billinghamurst* de la SIDE está al mando del vicejefe de la Secretaría, Oscar Rodríguez, a quien en la jerga de inteligencia denominan “*Señor 8*”. El programa *Periodistas* denunció que desde allí se hace inteligencia sobre organizaciones populares: se pinchan teléfonos, se filman protestas y se acumulan archivos con los antecedentes de los manifestantes. A esa infraestructura secreta apelan los gobiernos de turno cuando necesitan montar operaciones como la Masacre de Avellaneda.

¿Ese plan general tomó forma en encuentros concretos que reunieron en un mismo lugar a policías y ministros?

En su publicación del jueves 4 de julio la revista *Veintitrés* aseguró, en un artículo firmado por Andrés Klipphann, que segundas líneas de los ministros Jorge Matzkin, Alfredo Atanasof y Carlos Ruckauf “*se reunieron en secreto para ‘armar’ el enfrentamiento entre manifestantes y el operativo coordinado entre la ‘maldita policía’, Prefectura, Gendarmería y Policía Federal*”. Por parte de La Bonaerense, la revista señala al subjeefe de la Departamental, comisario Mario Mijín, como quien planificó el trabajo sucio en Avellaneda e incorpora en la línea de responsabilidades a un “*hombre vinculado al intendente de San Miguel, Aldo Rico*”.

Sin embargo, no es ésa la línea de responsabilidades concretas que se desprende de esta investigación. Publicado pocos días después de los hechos, el artículo periodístico parece ser resultado de una operación política más que de una investigación rigurosa. La versión, aunque falsa, resulta verosímil por el perfil y los antecedentes de los mencionados: Ruckauf había reivindicado, días antes, la firma del decreto que en 1975 ordenó a los militares “*aniquilar la subversión*”. Aldo Rico hizo carrera como coronel golpista en el Ejército y vendiendo su partido político al duhaldismo por diez millones de dólares. Mario Mijín formó parte de los grupos de tareas que durante la última dictadura comandó el general Ramón Camps, actuó bajo el alias de *El Verduguito*, en la Brigada de Investigaciones de La Plata.

Es probable que la versión interesada en difundir información falsa sobre las responsabilidades criminales haya surgido del propio riñón del Gobierno. La selección de los nombres no es inocente. Al elegir a conocidos represores y torturadores para señalar, lo que se logra es desviar la atención de los verdaderos responsables.

Fueron otras las personas que necesariamente tuvieron que asumir responsabilidades concretas para coordinar la decisión política del Gobier-

no Nacional con la actuación de quienes en el teatro de operaciones dirigirían la masacre.

Comisario inspector

Alfredo Luis Fanchiotti

Con 47 años y 25 de servicio, hasta el 26 de junio Fanchiotti podía mostrar el legajo de un típico comisario bonaerense. La última de las 18 condecoraciones que acumuló en su carrera la recibió a principios de 2001. Doce años atrás había sido premiado por *“acto meritorio”* por su participación en otra masacre: la recuperación del cuartel militar de La Tablada, donde los represores desaparecieron los cuerpos de las personas abatidas. En toda su carrera tuvo una sola licencia por enfermedad y diez arrestos por *“faltas leves”*, además de la falta de mérito por dos *“homicidios en riña”* de los que, por supuesto, resultó absuelto.

Egresó de la Escuela de Policía Juan Vucetich durante el apogeo de la represión ilegal en 1977 y tuvo su primer destino en San Vicente, donde conoció al actual vicejefe de la SIDE. En 1981 ascendió a jefe de calle o, como se lo conoce en el ambiente policial, *“recaudador”*. A San Vicente regresó en enero de 2000, comandando el ataque al domicilio de los periodistas Clara Britos y Gabriel Ballesteros. El operativo ilegal que ningún funcionario de la justicia pudo explicar, se efectuó a la par de las amenazas que Clara y Gabriel venían recibiendo para que *“dejaran en paz a Oscar y Mabel”*, en referencia a las denuncias periodísticas por irregularidades que afectaban al intendente Oscar Rodríguez y su mujer, la senadora Mabel Müller, amiga del Presidente. En la zona los vecinos dicen recordarlo porque *“Fanchiotti mató a un par de pibes y tiró los cuerpos desnudos junto a un gran cartel de publicidad de la Inmobiliaria Vinelli”*, según relató Horacio Verbitsky en *Página/12*.

En 1992 fue ascendido nuevamente y se desempeñó en las seccionales de la costa atlántica, donde compartió tareas con quienes después estuvieron involucrados en el asesinato del fotógrafo José Luis Cabezas. Su primer destino con cargo jerárquico lo cumplió en la Brigada de Quilmes, a las órdenes de Juan José Ribelli, quien también se encuentra preso, acusado por la voladura de la mutual judía AMIA que dejó 87 muertos. El comisario que disparó el 26 de junio no estuvo ajeno a aquella causa: su voz quedó grabada en las escuchas de la investigación. Fanchiotti estaba en la planta verificadora de Quilmes y junto a Ribelli, que era su jefe en la División Sustracción de Automotores, recaudaba fondos en base a la extorsión, por medio del armado de causas judiciales truchas.

Años después fue designado a la Brigada de Investigaciones de Lanús, territorio de otro hombre fuerte del duhaldismo, el presidente del PJ provincial Manuel Quindimil. Allí llegó a subcomisario. En 1998 se desempeñó como subdirector de la Dirección de Investigaciones de Lomas, territorio del propio Duhalde, quien por esos años era gobernador.

Desde noviembre de 2001 ocupó el cargo de jefe del Comando de Patrullas de Avellaneda. Estaba a un paso de ser designado comisario mayor, el segundo puesto más importante de la fuerza.

Esperando ser ascendido, sospechado por la recaudación ilegal y el gatillo fácil, involucrado en la represión y cómplice de causas criminales, experto en *armar* expedientes judiciales y habiendo hecho gran parte de su carrera en los distritos donde se asienta el poder político del duhaldismo, Fanchiotti era un comisario ideal para encomendarle el operativo que, tras fracasar, lo llevó a la cárcel.

“Me dejaron solo”, declaró el 17 de julio en la causa, señalando a sus superiores.

Comisario mayor Félix Osvaldo Vega

Los superiores de Fanchiotti en la Departamental Lomas, a la que se le asignó la responsabilidad del operativo represivo en el Puente Pueyrredón, eran el subjefe Mario Mijín y el jefe de ambos, comisario mayor Félix Osvaldo Vega.

“Vega es el comisario de Quindimil, pero yo no te dije nada ¿eh? Averigüen, van a ver que es un secreto a voces”, recomendó un alto funcionario del gobierno de la provincia del Buenos Aires, quien ocupaba un puesto clave el 26 de junio. La camioneta del comisario mayor, una 4x4 Crysler Caravan color bordó oscuro, patente BGY 359, puede verse con frecuencia en la playa de estacionamiento de la Municipalidad de Lanús, donde el viejo caudillo de la derecha peronista pasa cada uno de sus días de trabajo. Desde que Duhalde asumió la presidencia del país, el intendente Quindimil hizo lo propio con la del Partido Justicialista de la provincia de Buenos Aires.

Las investigaciones sobre el rol de Oscar Rodríguez en la masacre del 26, llevaron a periodistas como Horacio Verbitsky o Ernesto Tenenbaum a señalar a Vega como hombre de confianza del actual vicejefe de la SIDE, por su paso como comisario en la zona de Guernica cuando Rodríguez era intendente. Sin embargo, la relación de Vega con Quindimil es anterior, de mayor confianza y persiste en forma de protección política aún después del 26 de junio. Vega es uno de los jefes policiales destituidos por la Masacre de Avellane-

da. Dos meses después, a fines de agosto, en una de sus habituales visitas a la Municipalidad de Lanús, le pidió al intendente Quindimil que intercediera para que pudiese recuperar un cargo de importancia en la función pública. De la conversación surgió la posibilidad de que Vega ocupase la Dirección de Vigilancia de la Municipalidad de Lanús, es decir, la estructura de seguridad propia del municipio, paralela a las fuerzas policiales. Lo conversado en esa reunión fue reflejado por el periódico zonal *La Defensa* en su edición del 4 de septiembre de 2002: *“Son contadas las horas de Carlos Avido a cargo de la Dirección de Vigilancia. En su lugar iría el recientemente destituido jefe departamental, Osvaldo Vega, el comisario preferido por Quindimil”*. El escándalo después de esta publicación impidió que el presidente del Partido Justicialista de la provincia pudiera nombrar a su protegido en un cargo político bajo su órbita.

Sobre la jefatura que *“el comisario de Quindimil”* encabezaba recayó el 26 de junio la responsabilidad por el dispositivo en el Puente Pueyrredón y fue él quien designó a Fanchiotti para que figurara en los registros y ante las cámaras de televisión como *“supervisor del servicio de seguridad”*. Sin embargo, hay motivos para poner en duda que efectivamente haya sido Fanchiotti el responsable de comandar al conjunto de las fuerzas que actuaron en Avellaneda. *“Por lo general, operativos de estas dimensiones se dirigen desde un vehículo y con una Guía Filcar y handys. Franchiotti rompió una regla de oro, que es bajar a lo que ellos llaman el ‘escalón táctico’*. Pero pese a que él figuraba como jefe del operativo, el operativo en sí, y el operativo conjunto entre la Gendarmería, la Prefectura y la Policía bonaerense, era dirigido desde otro escalón y por alguna razón a este tipo lo mandaron a hacer lo que hizo”, explica Ricardo Ragendorfer, que dedicó los últimos años de su labor periodística a desentrañar la lógica operativa y criminal de La Bonaerense.

El rol desempeñado por Vega el 26 de junio en Avellaneda se complementa con la actitud de Fanchiotti y permite fundamentar los argumentos de Ragendorfer: el comisario mayor no se hizo ver durante la represión, pero minutos después de producidas las muertes se mostró públicamente junto al comisario que apretó el gatillo en la primer conferencia de prensa en el hospital Fiorito. Respecto al uso del handy, tanto él como Fanchiotti reconocieron ante el fiscal haber estado en permanente comunicación. Más que *“bajar al escalón táctico”*, entonces, lo que hizo Fanchiotti fue asumir el mando operativo de una misión específica, para la cual efectivamente lo mandaron: dar muerte a los manifestantes. El dispositivo general, en efecto, no podía ser dirigido por un comisario que se mostraba exaltado y andaba correteando manifestantes por las avenidas: Vega es quien estuvo en ese

otro escalón desde donde se dirigió el operativo general.

A partir de los nuevos incidentes en el hospital Fiorito, Vega actuó con precisión el mismo guión que seguía su subordinado. Como se fundamenta en el capítulo anterior, se mostró como víctima, buscó complicidad en los medios de comunicación, repitió las mentiras que tanto escandalizaron en boca de Fanchiotti, encubrió los crímenes y trabó las investigaciones.

Subsecretario de Inteligencia del Estado (SIDE) Oscar Rodríguez

El actual vicejefe de la SIDE fue designado después de los servicios prestados el 1° de enero de 2002 cuando Duhalde asumió la presidencia. Allí aportó su ortodoxia peronista tras la idea, compartida con Quindimil, de *“disputarle la calle a los zurdos”*. Organizó el acto de apoyo frente al Congreso: unos pocos centenares de barrabravas y matones de la Juventud Sindical de otras épocas, ya cincuentones, dieron forma a la movilización donde sólo estos últimos recordaban más o menos completa la Marcha Peronista. Pero lo importante no era la entonación de la marchita, sino que supieran tirar piedras. Eso hicieron cuando la columna de los partidos de izquierda avanzó por Callao hasta las cercanías del Congreso, pidiendo que se convocara a elecciones en lugar de concretarse el acuerdo de Alfonsín con Duhalde que llevaba a este último a la presidencia, contra la voluntad popular. Por mérito de los muchachos de Rodríguez, la noticia que acompañó la asunción de Duhalde fue sobre los *“enfrentamientos entre manifestantes peronistas y las columnas de izquierda”*. El objetivo podía darse por cumplido: según parte de la prensa, Duhalde asumió mientras afuera había *enfrentamientos*, pero no *repudio*. De la presencia de la izquierda se supo solo que *“respondió la agresión”*, pero no que denunciaba el nuevo pacto que burlaba la voluntad popular. Y si algunos vecinos desconformes pensaban que era saludable movilizarse, el mensaje era claro: si protestan contra Duhalde deben estar dispuestos a volverse a casa con un cascotazo en la cabeza.

Ex prefecto naval, en los años 70 había sido funcionario de la legislatura provincial durante la gobernación del sindicalista Victorio Calabró. A partir de entonces se mantuvo vinculado a lo más oscuro de la derecha peronista, codeándose con personajes de la talla de Herminio Iglesias y Alberto Pierri. En los barrios de Guernica es un secreto a voces que *“desde que Rodríguez se metió en la SIDE, reclutó a cualquiera”*, en referencia a delinquentes que habitualmente trabajan para la policía o para los punteros políticos y que ahora reportan para la Secretaría de Inteligencia, con la misión de acercar información sobre las organizaciones sociales y los mo-

vimientos de desocupados de la zona sur. De esa forma produjo los “*informes secretos*” basados en grabaciones de un encuentro piquetero público, a las que tuvo que agregarle la alucinación fascista de ver caos y violencia donde hay legítima protesta social.

Desde la SIDE Rodríguez sigue controlando el distrito de Presidente Perón como si fuera un feudo²¹. En enero, cuando dejó la intendencia para ocupar su despacho en la Sede Billinghurst, dejó en el cargo a su hijastro, Aníbal Regueiro. Su actual mujer es la senadora Mabel Müller, que goza de la amistad de *Chiche* Duhalde desde la juventud, cuando compartieron el trabajo de maestras. Por esa confianza es que Müller acompañó en la fórmula presidencial de 1999 al candidato peronista y esposo de *Chiche*. Además del vices jefe de la SIDE, la senadora y su hijo intendente, el plantel familiar que ejerce el poder en Presidente Perón se completa con la hija del matrimonio, Silvina, denunciada por cobrar dos sueldos del Estado, al trabajar con el papá en el Consejo Deliberante y con la mamá en el Congreso de la Nación; y el tío de Silvina, el comisario inspector de la policía bonaerense Alberto Rodríguez (hermano de Oscar), ex jefe de la custodia personal del presidente Duhalde cuando era gobernador²². La relación personal del matrimonio Duhalde con el clan Rodríguez es tan estrecha que ningún paso en la carrera política *El Flaco* Oscar le resulta ajeno al actual Presidente. Tampoco el motivo del cruce de llamadas con Fanchiotti desde la dependencia a su cargo, pocas horas después de cometidos los asesinatos.

Con relaciones de confianza en los despachos de la Casa Rosada tanto como en las comisarías y jefaturas departamentales en las que se preparó y operó la Masacre de Avellaneda, la línea ascendente desde los comisarios Fanchiotti y Vega hasta el presidente Duhalde pasa necesariamente por Oscar Rodríguez.

Secretario de Seguridad Interior de la Nación, doctor Juan José Álvarez

En las páginas que dan cuerpo a este trabajo su nombre aparece vinculado a responsabilidades en la represión con una frecuencia que es difícil encontrar en los medios gráficos de aquellos meses. Días antes del 26 de junio, Juan José Álvarez había definido la dureza del gobierno respecto a la protesta como “*una decisión política*”. Durante la trágica jornada repitió el discurso que

21. Ver Anexo: “Caso II: Presidente Perón...”

22. Clara Britos, periódico local *La Tapa*. Esta y otras denuncias de hechos de corrupción del clan Rodríguez le valieron a la directora del periódico diversas amenazas de muerte.

criminalizaba a los desocupados y mintió sistemáticamente sobre el rol que jugaron las fuerzas represivas, encubriendo su accionar criminal. Desde que asumió el cargo en diciembre de 2001, impulsó como política de seguridad el accionar conjunto de las cuatro fuerzas de represión interior, que bajo su coordinación se puso en marcha el 26 de junio.

El repaso y la aclaración previa se tornan necesarios para caracterizar la responsabilidad política de un funcionario que, a los 47 años, construye su carrera haciendo gala de una imagen *legalista* en materia de seguridad, distinta de los *halcones* del PJ que predicán la represión indiscriminada, como Ruckauf o Atanasof. Sin embargo, la práctica lo encuentra compartiendo y justificando el trabajo sucio a la par de hombres como Oscar Rodríguez. Los roles que el vicejefe de la SIDE y el secretario de Seguridad jugaron en la planificación, ejecución y justificación de los crímenes de Avellaneda, lejos de ser antagónicos, fueron complementarios: para disparar sistemáticamente sobre los manifestantes, había que montar el escenario de saturación de fuerzas represivas que Álvarez dispuso.

Juanjo Álvarez dio sus primeros pasos políticos en los convulsionados años 70, militando en la derecha sindical peronista. Entre los años 91 y 93 fue el director más joven en la historia del Banco Provincia. Como gran parte del elenco duhaldista, conoce el menemismo desde adentro: fue subsecretario de la Presidencia de la Nación hasta 1995, especializándose y brindando seminarios sobre *Modernización Pública*, forma elegante de definir la política de privatizaciones que destruyó el patrimonio nacional. Fue electo intendente de Hurlingham en 1995 y 1999, cargo que abandonó el 26 de octubre de 2001 para hacerse cargo del Ministerio de Seguridad de la provincia de Buenos Aires.

Dos meses después de asumir, durante la rebelión popular que terminó con el gobierno de De la Rúa, Álvarez jugó un rol destacado en las maniobras tendientes a que el aparato político del duhaldismo se quedara con el gobierno: “*Ustedes, si quieren darles a los comercios chicos, denle p’adelante, basta que no se metan con los hiper*”, dice el diputado provincial Luis D’Elía que le dijo el entonces ministro de Seguridad de la provincia, en el marco de los saqueos del 19 de diciembre²³.

Una vez caído De la Rúa, Álvarez –desde el ministerio provincial– volvió a aportar su visión ágil y efectiva para desactivar lo que días antes había ayudado a activar. Una impresionante campaña de acción psicológica se montó durante las madrugadas del viernes 21 y sábado 22 de diciembre, con el fin de retraer el estado de efervescencia popular que habían generado los saqueos y el

23. *El Palacio y la calle*, Miguel Bonasso. Editorial. Planeta, diciembre 2002.

derrocamiento de un gobierno antipopular por la resistencia masiva en las calles. Con estas maniobras, Álvarez demostró su influencia y capacidad de manejo sobre el aparato político provincial y la bonaerense. Punteros y policías, de uniforme y de civil, en patrulleros o autos particulares, regaron cada barrio del Gran Buenos Aires de rumores diciendo que ahora los saqueos vendrían sobre cada uno de nosotros. Aun en las villas y barrios humildes se instaló el temor de que vinieran a robar de otras remotas villas. Absurdo e irracional, lo cierto es que no hubo barrio del conurbano que aquella noche no tuviera sus fogatas y piquetes ardientes y vecinos alertas para defender lo suyo, muchas veces armados. Después de dos jornadas en las que la acción directa de gran parte del pueblo había desafiado a supermercados y gobiernos, a horas de haber nacido el *“que se vayan todos”*, toda esa energía y potencia organizativa se consumía en la confusión que se instaló en cada barrio del Gran Buenos Aires²⁴.

Asumido Rodríguez Saá, fue designado para el mismo cargo pero en el Gobierno Nacional, por pedido expreso de Ruckauf.

En diciembre del 2001, en el marco de la estrategia del PJ para neutralizar la movilización popular y hacerse cargo del gobierno, Álvarez puso sus capacidades en función del *mismo objetivo que compartía con quienes pregonan* métodos menos sofisticados de represión. Mientras Oscar Rodríguez y Quindimil planteaban el enfrentamiento en términos de *“disputarle la calle a los piqueteros y los zurdos”*, Álvarez apelaba a operaciones de acción psicológica basándose en un manejo inteligente de los medios periodísticos. La misma lógica se dio el 26 de junio.

Alfredo Atanasof, Jorge Matzkin, Carlos Ruckauf, Carlos Soria, Felipe Solá, Luis Genoud

A nadie puede sorprender, repasando sus carreras políticas, que los ministros de Duhalde hayan colaborado activamente con el plan criminal. La inescrupulosidad y la ambición de poder a cualquier precio, cuando no la adhesión consciente a posiciones abiertamente fascistas, acompañan la trayectoria de todos ellos.

Alfredo Atanasof llegó a la Casa Rosada como jefe de Gabinete, después de

24. La confusión ganó también a los sectores más conscientes y aun en nuestros movimientos, más acostumbrados a medir y evaluar la capacidad de organización en los barrios, se abrió el debate: algunos opinaron que *“les salió mal. Fijate que quisieron generar miedo para que nos quedemos en nuestras casas y salimos todos los vecinos, incluso con fierros, a defender los barrios”*. Recién después de debatirlo mucho se asumía la conclusión de que la decisión de cuidar los barrios, incluso en forma organizada por esquina, no dejaba de tener un aspecto fuertemente desmovilizador: el potencial enemigo saqueador vendría del barrio de al lado, de la villa cercana.

pasar por el Ministerio de Trabajo. Y allí arribó con la referencia se haber sido durante años secretario general del Sindicato de Trabajadores Municipales de la provincia de Buenos Aires. Como representante de los trabajadores, traicionó a sus representados acompañando la aprobación de las leyes de flexibilización laboral. Durante los días posteriores a la Masacre de Avelaneda, su mayor preocupación fue, según sus propias palabras, *“preservar al Presidente de la responsabilidad por las muertes”*.

Jorge Matzkin, ministro del Interior, cumplió su actuación sosteniendo la teoría oficial aún después de la aparición de las fotografías que contradecían cada una de sus palabras, sin ruborizarse. Integró el gabinete de ministros de Duhalde después de haber prestado servicios al menemismo desde la presidencia del bloque de diputados del Partido Justicialista, garantizando la aprobación de todas las leyes que acompañaron las privatizaciones.

Jorge Vanossi, había llegado al Ministerio de Justicia en nombre del radicalismo. Sus méritos legislativos incluían el impulso y la aprobación de las leyes de Punto Final y Obediencia Debida, que garantizaron la impunidad de los militares responsables del genocidio durante la última dictadura.

El rionegrino Carlos Soria, secretario de Inteligencia, contaba como antecedente de los informes presentados en torno a los hechos del 26 otros igualmente descabellados: en el mes de febrero de 2002 había difundido unos supuestos informes producidos por el general Juan Carlos Mugnolo y el Estado Mayor Conjunto de las Fuerzas Armadas sobre la presunta infiltración de las FARC de Colombia entre las asambleas populares y piqueteros.

Aquella misma mañana del 26 de junio, a través de una solicitada publicada en *Página/12*, organismos de derechos humanos advertían al canciller Carlos Ruckauf, que días atrás había dicho que con orgullo volvería a firmar el decreto 261/75 de aniquilamiento del accionar subversivo, que éste *“abrió las puertas de una feroz represión, destinada a eliminar a miles de opositores que luchaban por una sociedad justa, para poder implementar la política económica que hoy elimina por hambre a cientos de miles de argentinos”*. Pero poco le importaban esas acusaciones a quien comenzó su carrera política como ministro de Trabajo del gobierno de Isabel Perón, declarando: *“La guerrilla de fábrica se debe a los sectores empresarios, que tomaron militantes de ultraizquierda para romper las conducciones sindicales peronistas. El problema vital es acabar con la subversión”*. El comentario coincide con el informe que la filial argentina de la automotriz Mercedes Benz

dirigió en 1976 a su central explicando que los despidos de 114 trabajadores –14 de los cuales fueron secuestrados y asesinados– “*eran pedido urgente del entonces ministro de Trabajo para eliminar elementos subversivos de las fábricas*”²⁵.

En la gobernación bonaerense el encubrimiento se expresó en la actuación del propio gobernador Felipe Solá, quien una vez aparecidas las fotografías, se paseó por los programas de TV y atendió los llamados de todas las radios, reforzando el discurso que señalaba que Fanchiotti era un “*psicópata, un demente*”. “*Me mintió*”, le dijo al aire a Mariano Grondona y agregó: “*Creo que también les mintió a sus superiores*”, consciente de que lo mejor que podía pasarle a toda la dirigencia política involucrada era que las responsabilidades se limitaran al policía enloquecido.

Luis Genoud, ministro de Seguridad y Justicia de la provincia, por su función como responsable político de la policía bonaerense estuvo al tanto de la planificación previa. A los pocos días renunció guardando un silencio cómplice. Por esa noble actitud fue premiado cuatro meses después: fue designado juez de la Suprema Corte de Justicia. El Colegio bonaerense de Magistrados y Funcionarios del Poder Judicial se quejó por el burdo acomodo: “*Ha recaído en personas sin antecedentes explicitados en el ámbito del ejercicio profesional de la abogacía o la función judicial*”, advirtieron en el comunicado. Es que el mismo gobernador Solá había propuesto al Senado el pliego de Genoud, que había comenzado su carrera como policía de la provincia y no tenía más mérito que el silencio guardado por aquellos días.

Presidente de la Nación, Eduardo Duhalde

“*Duhalde asesino y represor*”, se lee premonitoriamente, en el boletín de la agrupación juvenil en la que militaba Darío en 1998. Por aquel entonces, Duhalde gobernaba la provincia, Darío tenía 17 años y Maxi 18. Las crónicas de gatillo fácil en el conurbano bonaerense y el rechazo que generaban en la juventud las prohibiciones a las salidas nocturnas para menores de edad nutrían las páginas de la pequeña revista artesanal. Hoy, las juventudes piqueteras –antes y sobre todo después de la Masacre de Avellaneda– cantan su verdad en cada movilización: “*Duhalde, hijo de puta/ hacete cargo sos el jefe de la yuta/ a los que luchan, te los llevás/ al patrullero y arriba los golpeás*”. Pocos trabajos periodísticos de investigación

25. *El joven Ruckauf*, Susana Viau. *Página/12*, 22 de septiembre de 2002.

abordaron con seriedad esta temática, que ayudaría de paso a comprender mejor los niveles de violencia social que sólo se enfocan cuando estallan.

Ex bañero, abogado laboralista, Duhalde inició su carrera política en 1974 en la intendencia de Lomas de Zamora, cuando varios miembros de las 62 Organizaciones de la derecha peronista lo fueron a buscar a su casa para que asumiera el cargo. Desde entonces y hasta que ocupó la presidencia –como señala el periodista Carlos Vales en la revista *Cambio de Colombia*– “*Su buena estrella es tan notoria como su relación con el mundo de las drogas al que siempre le destinó recursos y planes para combatirla desde la vicepresidencia, durante la gestión de Carlos Menem, o desde la gobernación de Buenos Aires*”. Sigue el artículo: “*Cada vez que lo acusaron de tener vínculos con el narcotráfico, Duhalde dijo que ‘no sabía nada al respecto’ y que se trataba ‘de una campaña de desprestigio’.* Fue el argumento que esgrimió cuando las acusaciones contra las mafias enquistadas en la policía bonaerense –a la que calificó como ‘la mejor del mundo’– señalaban a su jefe, el comisario Pedro Klodczyk, como un hombre permisivo en la distribución de drogas. Utilizó la misma defensa en 1992, cuando el juez español Baltasar Garzón tuvo su primera aproximación a la Argentina y acusó a la ex cuñada de Menem, Amira Yoma y al ex secretario de Recursos Hídricos, Mario Caserta (amigo de Duhalde), de integrar una organización de lavado de dinero vinculada al traficante de armas sirio, nacionalizado argentino, Monzer Al Kassar”.

Cuando Duhalde asumió la gobernación en 1991, acordó con el presidente Menem –de quien había sido vice– la creación de un Fondo de Reparación Histórica para el Conurbano Bonaerense de 700 millones de dólares anuales, que manejó a discreción durante ocho años. Ni este millonario fondo ni las privatizaciones que llevó a cabo en la provincia lograron evitar que dejara en 1999 el estado más grande del país en virtual bancarrota y con una fuerte conflictividad social.

Los medios de comunicación alineados con los distintos sectores del poder económico, todos interesados en recomponer la *institucionalidad* después de las jornadas de diciembre de 2001, pasaron por alto cualquier aspecto crítico a su trayectoria política que pudiera mostrarlo aún más débil de lo que realmente era al inicio de su gestión. Ni los numerosos casos de corrupción administrativa que duermen en los archivos judiciales, ni los manejos políticos en la investigación por el asesinato del reportero gráfico José Luis Cabezas en 1997, ni la matanza de víctimas y victimarios por parte de

la policía bonaerense en el asalto al Banco Nación de Ramallo en 1999, fueron recordados por la prensa durante su gobierno. La insistencia de sus voceros y operadores políticos en “*preservarlo de las responsabilidades por las muertes de Avellaneda*”, como explicó Atanasof, surtió efecto. Ningún medio lo consultó sobre las palabras que días antes de la represión criminal el propio Duhalde pronunció en la Casa de Gobierno: que “*no iban a permitirse más*” los cortes de accesos a la ciudad, “*para ir poniendo orden*”. Tampoco fue indagado sobre las llamadas que desde la dependencia de la SIDE a cargo de su amigo personal, *El Flaco* Rodríguez, fueron cursadas al celular de Fanchiotti la tarde de los asesinatos.



La represión por la avenida Sáenz en Puente Alsina, mediodía del 26 de junio: *“Tengo órdenes de despejar la zona, en cinco minutos procedo”,* dijo a Radio La Tribu el jefe de la Prefectura, que recibía directivas del secretario de Seguridad Juan José Álvarez. *“Avellaneda fue el único lugar donde hubo problemas. En los otros once cortes no ha habido disturbios”,* mintió Álvarez el 30 de junio en el programa *Punto Doc*.

**Eduardo Escasany**

Presidente de la Asoc. de Bancos de la Argentina. En nombre del poder económico pidió a la clase política que ponga orden y acabe con los piquetes. Un llamado directo a la represión del conflicto social.

**Carlos Soria**

Jefe de la SIDE y responsable de los informes que alertaban sobre la infiltración de las FARC colombianas entre asambleístas y piqueteros.

**Daniel Hadad**

Empresario periodístico. Manipuló fotos acusando a Santillán de portar un palo con punta especial para perforar chalecos antibalas. En su programa, Feinman mostró una escopeta casera que atribuyó a los piqueteros.

**Oscar Rodríguez**

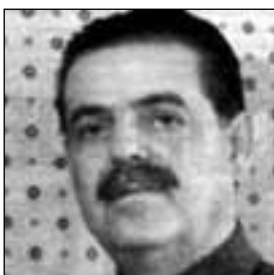
Vice jefe de la SIDE, amigo de Duhalde y vínculo entre el Poder Ejecutivo y la Policía Bonaerense.

**Alfredo Fanchiotti**

Comisario inspector que dirigió la Masacre. Responsable directo, junto a su chofer, de las muertes de Darío Santillán y Maximiliano Kosteki.

**Félix Vega**

Comisario mayor, jefe directo de Fanchiotti con quien mantuvo permanentes comunicaciones. Con fuertes vinculaciones al PJ de la prov. de Buenos Aires.

**Alfredo Atanasof**

Jefe de Gabinete. Se convirtió en el principal portavoz del impulso represivo que los días previos se instaló desde el gobierno.

**Luis Genoud**

Secretario de Seguridad bonaerense. Por mantener silencio fue ascendido, al ser designado juez de la Suprema Corte de Justicia.

**Jorge Matzkin**

Ministro de Interior. Apoyó la teoría de los piqueteros armados, aún luego de la aparición de las fotografías que señalaban a los policías.



Parte III

La reacción popular



Fotografías página anterior:

3 de julio: Bajo la lluvia, una multitud salió de los barrios para marchar por el Puente Pueyrredón a Plaza de Mayo

26 de julio: A un mes, en el mismo puente, mural de homenaje.

11. Las movilizaciones

Desde que los movimientos piqueteros nos consolidamos en los últimos años, las convocatorias a grandes movilizaciones dejaron de ser patrimonio exclusivo de los aparatos sindicales o los partidos políticos. Este proceso se profundizó y enriqueció después de las jornadas del 19 y 20 de diciembre de 2001. La movilización espontánea del miércoles 26 de junio por la noche a Plaza de Mayo trasluce los mecanismos alternativos de convocatoria y decisión que imponen una nueva lógica descentralizada y antiburocrática a la lucha popular. El jueves 27 la movilización se repitió y el miércoles 3 de julio –una semana después– la protesta adquirió otra característica particular: congregó a la totalidad de las organizaciones populares más allá de las diferencias.

Los canales de noticias por cable –Crónica TV y Todo Noticias (TN)– transmitieron en directo el inicio de los enfrentamientos. A las 12.01, mientras nuestro compañero Mario Pérez caía baleado, el cronista de TN Marcos Barroca justificaba: *“Ahora la policía trata de poner calma a la situación... Había muchos piqueteros que estaban con gomas, dispuestos a llevar a cabo el enfrentamiento... Allí seguramente algún piedrazo o algo llevó a que la policía dispersara a los manifestantes”*. De fondo se escuchaban más y más detonaciones.

La (des)información del régimen y la contrainformación popular

La desinformación fue total y la versión que difundieron los grandes medios televisivos y radiales estuvo en sintonía con la decisión política del gobierno y el accionar represivo en el Puente. El equipo de TN, aun después de informar que una mujer (por Aurora Cividino) *“aparentemente fue herida de gravedad”* prefirió dedicarle casi media hora de transmisión a lamentarse por los destrozos a comercios de la zona y automóviles estacionados. Ante la desinformación de los grandes medios, las principales vías de comunicación popular durante las primeras horas fueron los medios alternativos y los llamados telefónicos:

“Nos fuimos enterando de distintas maneras. —cuenta Mirta, vecina del barrio de Palermo— Laura y Cecilia escuchando la radio y yo, que estaba en el trabajo, por el llamado de mi hija que estaba indignada por la represión. Rápidamente comenzamos a comunicarnos por teléfono con los vecinos de la asamblea y con amigos de otras asambleas. Hay que ir al Puente, decían unos. Todos sentíamos la necesidad de entrar en acción en defensa de los piqueteros y la Plaza de Mayo era el punto de movilización indiscutido.”

Mirta trabaja 12 horas por día en una oficina, Cecilia es pensionada, y Laura diseñadora gráfica. A partir de enero, junto a otros vecinos, dieron vida a la asamblea de la avenida Córdoba y Scalabrini Ortiz, convencidas de que después de las jornadas del 19 y 20 era imprescindible generar nuevos espacios y nuevas formas de hacer política. *“Los tres ejes que aparecieron con claridad en aquellos días eran: la participación directa, la horizontalidad y la construcción alternativa”*, cuentan.

-Cuando escucharon la información en la radio, ¿pensaron que podía ser cierto lo que decía el gobierno y la policía: que los piqueteros estábamos armados y que iniciamos todo?

“No, para nada —nos dice Cecilia—. Nuestra experiencia nos decía que la policía en las manifestaciones no se dedica precisamente a cuidar la seguridad, sino que arremete contra la gente si la orden es la de reprimir. Estábamos sobre aviso que toda versión oficial siempre es sospechosa”.

“Hubo una información que nos dio casi la certeza de que la policía era la responsable: la presencia de un civil armado con una Itaka que desalojó un colectivo y lo incendió. No había duda que era una escena montada para culparlos a ustedes”, agrega Mirta.

Laura vuelve a remarcar la importancia y efectividad de los mecanismos alternativos de comunicación: *“Lo de las llamadas por teléfono funcionó perfecto aquel miércoles 26. Lo mismo hicimos otro miércoles para convocarnos frente al Congreso cuando de golpe nos enteramos que iban a aprobar la ley de subversión económica. Y meses después, en noviembre, cuando quisieron desalojar Brukman²⁶. Esa vez fue más increíble, porque me llamaron a las siete de la mañana del domingo y a esa hora empecé la*

26. El 24 de noviembre de 2002, el segundo intento de desalojo de la fábrica textil bajo control obrero Brukman fue impedido por la masiva respuesta solidaria. El 18 de abril de 2003, de madrugada y con brutalidad, un fuerte operativo policial consiguió desalojar a los trabajadores.

cadena telefónica. Antes de las 10 de la mañana ya había unas 500 personas en la puerta de la fábrica, la mayoría con cara de dormidas, pero que hicieron posible que no desalojaran a los obreros”.

De los medios alternativos que reflejan las luchas populares, Indymedia tal vez sea el único que mantiene una actualización informativa permanente durante las 24 horas. Su página en Internet (www.argentina.indymedia.org) tiene una sección denominada *Agregar Noticias*, en la que cualquiera que acceda a una computadora con línea telefónica (o un locutorio) puede publicar información u opinión en forma abierta. El sitio recibe más de cuatro mil consultas diarias, lo que supone, según el día, una cantidad de lectores mayor a la de *Página/12*. Curiosos e interesados, assembleístas, militantes de base sociales o políticos, sabemos que allí hay un lugar permanente de difusión, información y consulta. A los pocos minutos de iniciada la represión, comenzaron las expresiones de repudio que ocuparon gran parte del espacio informativo de Indymedia y jugaron un rol fundamental para definir las autoconvocatorias de esa misma tarde y el día siguiente. Eran cerca de las 13 y los primeros mensajes asomaban con fuerza.

URGENTE: CONVOCATORIA 26 DE JUNIO

by pueblo • Wednesday June 26, 2002

Atentos assembleístas!!!!!! Que no nos vuelvan a mentir los medios. Las declaraciones fascistas de Ruckauf se hicieron realidad. No los dejemos pasar. Vamos todos esta noche a Plaza de Mayo!!!!!!!!!! No pasarán compañeros!!!! Comencemos a comunicarnos entre asambleas para organizar un acto conjunto con todos los sectores en lucha.

LUCHEMOS JUNTOS!!

By Iani • Wednesday June 26, 2002

Compañeros, salgamos a la calle. Comuniquémonos con las asambleas, con todas la corrientes y apoyemos desde donde estemos a los compañeros piqueteros. Fuerza!!

COMPAÑEROS NECESITAMOS SU PRESENCIA

by Jóvenes cristianos de Base • Wednesday June 26, 2002

Compañeros necesitamos su presencia en Avellaneda!

La ciudad en este momento está tomada, en estos momentos hay detenciones en los alrededores del hospital Fiorito, son las 15.50. Yo estoy a 3 cuadras del hospital y a una de plaza Alsina y se escuchan las detonaciones de las balas de plomo!!! Salgamos a las calles!!! Basta de represión!

LOS MEDIOS TAPAN LA INFORMACIÓN. SALGAMOS A LAS CALLES !!!!!

by cabezón vas a caer igual • Wednesday June 26, 2002

Mientras muere gente Canal 13 esta pasando el gol de Ronaldo; Canal 11, una novela; Canal 9, Indiscreciones o algo así... Canal 7, la repetición del Mundial...Hijos de una gran puta. La puta que los parió. Cabezón vas a caer igual!!! Salgamos a la calle!!! Los medios están tapando la información.

CONFLUENCIA!!!

By pancho • Wednesday June 26, 2002

Salgamos a cada punto de encuentro asambleario ya. Cortemos allí las calles y convoquemos desde cada barrio a una marcha a Plaza de Mayo para esta noche (¿20 hs.?). En La Plata se están movilizand. También en Córdoba y otras ciudades del país. Levantemos al conurbano y la Capital para continuar con nuestra lucha por un nuevo país y contra la impunidad de hoy y de siempre.

CORTE EN VILLA URQUIZA

by indynews • Wednesday June 26, 2002

*Una importante columna piquetera junto a asambleístas de Villa Urquiza mantuvo cortada la intersección de Triunvirato y Roosevelt durante un par de horas. El corte acaba de levantarse y muchos se preparan para marchar a Plaza de Mayo.
¡Que se vayan todos!*

CORTEMOS LA CIUDAD!

By Cristina • Wednesday June 26, 2002

Contra la represión!!! Cortemos la calle de nuestro barrio. Estamos organizando un corte, dentro de una hora: Corrientes y Medrano. Que todas las asambleas respondan igual con su cruce de calles. Hay que dar respuesta al asesinato de los compañeros piqueteros. Organizarnos en las esquinas para marchar juntos contra las ratas!!!

TOTALMENTE

by Asambleísta • Wednesday June 26, 2002

Totalmente de acuerdo con la compañera: los piquetes están reclamando a las cacerolas. Acá se tiene que ver la unidad que tanto se canta, mas allá de los aparatitos que nos quieren dividir: Cortes en todos lados! Los que puedan a Avellaneda! También a Plaza de Mayo! El 20 de diciembre lo iniciaron las cacerolas. Hoy la rebelión la inician los piquetes. Todos a la lucha.

CORRIENTES Y SCALABRINI ORTIZ

by Chernó • Wednesday June 26, 2002

En Corrientes y Scalabrini Ortiz ya se está cortando con los compañeros de la Asamblea Gustavo Benedetto, Juan B. Justo y Corrientes y del MTR. Únanse a ese corte!!!

MUY LEJOS..

By tío rico • Wednesday June 26, 2002

Muchachos: los que estamos en Capital y no nos podemos movilizar hasta Avellaneda vayamos a la Plaza! Tengan en cuenta que no todos podemos llegar hasta allá! Un abrazo a los piqueteros!

ACTO EN CÓRDOBA

by Yo • Wednesday June 26, 2002

Después de las 16.30 en Patio Olmos. Participan e invitan: Polo Obrero, MTR, Luz y Fuerza, Asamblea de Delegados escolares de UEPC (aprobado por unanimidad) y otros. Si se suman más organizaciones agregar.

EN LA PLATA CONCENTRAMOS EN PLAZA SAN MARTÍN

by copa - la plata • Wednesday June 26, 2002

La Coordinadora de Organizaciones Populares Autónomas (COPA) Regional La Plata convoca a la concentración en Plaza San Martín. El gobierno de Duhalde ha continuado la política de entrega y hambre de sus antecesores, destruyendo salarios y puestos de trabajo. Ahora amenaza con desatar la represión abierta para imponer sus políticas antipopulares redactadas por el FMI.

DÓNDE SE JUNTAN LAS ASAMBLEAS?

by TÍO RICO • Thursday June 27, 2002

Quisiera saber en qué lugar se juntan las asambleas para ir a la Plaza. Si alguien lo sabe que lo publique. Muchos podríamos unirnos a ese grupo.

CONCENTRACIÓN ASAMBLEAS

by James • Thursday June 27, 2002

Las asambleas se concentran a las 16 hs. en Callao y Corrientes.

BRUKMAN VA A LA PLAZA A REPUDIAR LA REPRESIÓN

by Comisión de Prensa de Brukman • Thursday June 27, 2002

Las trabajadoras de Brukman, que ayer participaron de la jornada de lucha y fueron reprimidas en el corte de Puente Alsina, convocan a movili-

zarse contra la represión y la impunidad.

Comunicamos a todas las asambleas, centro de estudiantes y otras organizaciones, que el día jueves 27 a las 14 hs. nos concentramos en la puerta de la fábrica para marchar a Plaza Congreso y Plaza de Mayo en repudio a los sucesos ocurridos de público conocimiento.

SÍ O SÍ HAY QUE MOVILIZARSE

by fede • Thursday June 27, 2002

La única forma de parar la represión es movilizándose, no hay otra. Hoy lo escuché a D'Elía en la radio y el hijo de puta en vez de condenar al gobierno por la represión se dedicó a criticar a las demás organizaciones piqueteras por no querer concertar o por no dejar caminos alternativos cuando cortan.

Hoy tenemos que estar todos unidos para enfrentar al gobierno. Acabo de leer en Clarín que la CTA, CTERA y ATE ya desconvocaron a la marcha de hoy. Que alguien confirme si esto es cierto lo cual no sorprendería porque el 20 de diciembre hicieron lo mismo y la CCC los acompañó. Esperemos que hoy no lo hagan, porque sería otra traición. Hoy 16 todos a Congreso para marchar a Plaza de Mayo. Fuera Duhalde, Fuera el FMI.

ASAMBLEAS: A LA MOVILIZACIÓN

by María Rachid • Thursday June 27, 2002

Tenemos que estar presentes todas las asambleas!!!

Asambleístas: hagamos cadenas, llamemos por teléfono, enviemos e-mails...

Tenemos que estar tod@s en la movilización de hoy!!!

Vayamos con nuestras asambleas.

Ayer hubo más de 30 asambleas en Plaza de Mayo y no lo cubrió nadie, como siempre.

ESCANDALOSA CAMPAÑA CONTRA LA MOVILIZACIÓN POR PARTE DE LOS MEDIOS!!!!

By gotzel • Thursday June 27, 2002

Escrachemos YA a los medios!!! Es impresionante la campaña reaccionaria de los medios de desinformación. En este momento están diciendo que hay cientos de provocadores en la Plaza de Mayo y los alrededores. Ya en diciembre vimos como actuaron estos agentes del gobierno y el orden institucional.

Es terrible escuchar a los periodistas despotricando contra el pueblo que justamente se moviliza y repudia a los asesinatos del gobierno. Bastaaaaa!!! Hagamos algo ya!!!

HADAD Y LOS PIQUETEROS ASESINOS

by Sebastián • Thursday June 27, 2002

Un resumen del mensaje construido por Hadad el miércoles 26 en su programa de TV. En su programa televisivo de esta noche se despachó para que veamos “la barbarie piquetera”. Para él todo lo ocurrido fue culpa de los piqueteros. También mostraron las imágenes de los negocios destruidos señalando demagógicamente “qué culpa tiene esa pobre panadera que se levanta a las 5 de la mañana para trabajar”. Lo más patético fue cuando Feiman sacó cartuchos de escopeta diciendo que “con esto andan los piqueteros” y luego mostrar una suerte de escopeta casera hecha con caños, que a su vez “sirve para tocar el bombo”, terminando la reflexión con un llamado a desconfiar de los bombistas por probable portación de armas.

SOLIDARIDAD DE LA UNIVERSIDAD DE LUJÁN, CON LOS PIQUETEROS CAÍDOS

by luyro • Thursday June 27, 2002

Se realizó una marcha desde la Universidad, con posterior corte de las Av. Mitre y Perón. ¡A los asesinos la cárcel ya, a los compañeros la libertad! A las 18 se levantaron varias cursadas y los estudiantes y algunos profesores se fueron concentrando en la esquina de la UnLu. Bandera en mano, cantitos en boca, l@s estudiantes emprendieron la marcha entre los autos hacia las 2 principales avenidas de San Miguel, logrando cortar el tránsito. Durante el corte, se acercó un grupo de estudiantes ingresantes con su docente. Se realizó una asamblea, se debatió la forma de lucha y de apoyo a los piqueteros. Luego de este productivo debate, se consensuó marchar junto con los piqueteros mañana a Plaza de Mayo. Así que ahí nos vemos!

Las movilizaciones del 26 y 27.

Media hora después de iniciados los disparos policiales, en Plaza de Mayo un grupo pequeño de personas pegaba unos afiches sobre el vallado policial que decían “**BASTA DE REPRESIÓN**”. Cada uno de los carteles estaba escrito con marcador y sujetos con cinta adhesiva, probablemente hechos por oficinistas que -como el 20 de diciembre- se autoconvocaron a la Plaza de Mayo contra la represión. Detrás de las vallas ya estaba preparada la Infantería de la Federal y en las calles laterales, los camiones hidrantes.

Las primeras ideas de movilización fueron confusas: se debatía si era conveniente reforzar la presencia en Avellaneda, ir directamente a Plaza de Mayo o primero concentrar en el Congreso para después marchar. Del debate surgió una propuesta a modo de síntesis: concentrar a partir de las 16 en Congreso, para marchar a Plaza de Mayo. De todas formas, se mantuvieron du-

rante la tarde los cortes de avenidas barriales, las concentraciones frente a universidades y las convocatorias en La Plata, Luján, Córdoba, Río Negro y demás ciudades del interior del país.

Además de la presencia espontánea y de las asambleas de base, aportaron a la movilización los partidos de izquierda. Los sectores piqueteros que horas antes habíamos sido reprimidos, el miércoles prácticamente no pudimos estar y el jueves enviamos delegaciones numéricamente chicas, pero simbólicamente importantes. Contrariamente a lo que había sucedido el 26 en Avellaneda, **la Verón** conformó una columna con poca presencia: el miércoles muchos compañeros estuvimos curando las heridas o esperando la confirmación de los detenidos y hospitalizados. Al día siguiente velamos y enterramos a los compañeros caídos.

“Cuando entramos esa noche a la Plaza nos vimos envueltos por los cantos de los manifestantes”, vuelven a contar las asambleístas de Palermo Viejo. Eran voces que gritaban: “Piquete y cacerola la lucha es una sola”, “Lo sabía, lo sabía, a los pibes los mató la policía”, “Ya lo veo, ya lo veo, esta noche somos todos piqueteros” y el clásico “Que se vayan todos, que no quede ni uno solo”. La cadena telefónica, la indignación y el convencimiento de la verdad de la represión nos reunió sin muchos preparativos previos. Vimos inclusive caras que no siempre aparecían en la Plaza para los cacerolazos, tanto de nuestra asamblea, como amigos personales de diversos sectores, profesionales, bancarios, estudiantes.

Otros vecinos y compañeros de zona sur, sabiendo que había gran cantidad de detenidos, se convocaron en las cercanías de la comisaría 1ª de Avellaneda. A las 5 de la tarde, unos 100 asambleístas de Avellaneda, de Gerli y otras zonas cercanas se pusieron en marcha desde plaza Alsina hasta la sede policial. *“Al llegar a la esquina de Belgrano y Lavalle nos encontramos con un vallado de la Guardia de Infantería... Cantamos y denunciemos: ‘¡A los asesinos la cárcel ya! ¡A los compañeros la libertad!’”. La Asamblea decidió quedarse en el lugar hasta que salgan todos los detenidos. Alrededor de las 19 se produjo un mini cacerolazo de los edificios vecinos. Desde los balcones hacían sonar sus cacerolas al grito de ¡Asesinos!’”, cuentan los jóvenes que integran el Jocrin, agrupación cristiana de base.*

De la misma forma que a horas del mediodía habían asesinado en el Puente Pueyrredón y reprimido en Puente Alsina, el gobierno sostuvo la decisión represiva también aquella noche en la Capital, para reforzar el miedo y desalentar las protestas de repudio. *“El despliegue policial fue notable. —recuerda Laura— Por Rivadavia, una o dos cuadras antes de Plaza de Mayo, los ma-*

nifestantes teníamos a la policía con los perros prácticamente arriba nuestro. Lejos de amedrentarnos, cantábamos más alto.” Tampoco la represión de esa misma noche a quienes quedaron manifestando en Plaza Congreso pudo desactivar las convocatorias que se siguieron produciendo.

El desafío para el 3 de julio: todos contra la represión

A diferencia de las convocatorias mayoritariamente espontáneas del 26 y 27, la movilización del 3 de julio contó con un importante grado de organización. Los días por delante permitieron realizar los encuentros previos y los aprestos necesarios para que el intento del gobierno de avanzar con la represión se encontrara con la única barrera posible que podría detenerlo: el repudio generalizado y la masividad de la movilización popular. ¿Seríamos capaces las organizaciones populares de lograr alguna fórmula de consenso que nos pusiera a todos detrás de la misma bandera?

Los antecedentes no eran buenos: ni la rebelión del 20 de diciembre ni el reciente acto del 1º de Mayo habían encontrado en las organizaciones populares una visión lo suficientemente común que unificara esfuerzos e iniciativas. El movimiento piquetero estaba también atravesado por estas contradicciones. Los debates para lograr el marco de unidad buscado se dieron en dos encuentros multitudinarios de delegados y referentes de las distintas organizaciones, en la Casa de Nazareth, parroquia del barrio de Almagro, lugar con una carga simbólica extra: allí se reunían organismos de derechos humanos durante la dictadura militar y allí, 25 años después, volvíamos a reunirnos para organizar la respuesta popular al intento del gobierno de Duhalde de reinstalar los métodos del terrorismo de Estado en el país.

Finalmente, después de dos reuniones, confluimos en la marcha del 3 de julio la totalidad de las organizaciones populares, como no pasaba desde no sabemos cuándo.

Costó establecer un acuerdo común por sobre las diferencias políticas de las distintas organizaciones, pero el intento dio sus frutos. Por un lado, los dirigentes de la CTA (y con ellos el conjunto de organizaciones que integran el Frenapo²⁷) volcaron sus esfuerzos para ser protagonistas de la marcha que se sabía sería multitudinaria, empujados por la presión de sus bases y por la intención de superar el descrédito que acarreaban en los úl-

27. Frenapo (Frente Nacional contra la Pobreza), impulsado por la CTA e integrado por diputados nacionales, dirigentes de pequeñas y medianas empresas, Abuelas de Plaza de Mayo, CELS, APDH, y otras organizaciones.

timos meses tras haber permanecido orgánicamente al margen de la rebelión popular de diciembre. No le resultó fácil a Víctor De Gennaro jugar un rol articulador en nombre de la Central que, por otro lado, mostraba a dirigentes contrarios a la movilización, como el diputado provincial Luis D'Elía del movimiento piquetero de La Matanza y Marta Maffei del sindicato docente. Ambos habían presionado al interior de la CTA para resaltar apoyo a la segunda marcha de repudio por las muertes, ya que —según sus palabras— no debían participar *“de lo que no podrían controlar”*.

El caso de D'Elía fue más grave aún: había dedicado sus esfuerzos durante los últimos días a denostar a nuestras organizaciones y culparnos por los muertos, como si fuera uno más de los voceros del gobierno. El tono de sus declaraciones provocó que, más allá de las respetables diferencias políticas, el grueso de la militancia e incluso parte de la dirigencia de su propia Central, consideraran que había transgredido los límites de lo ético y lo tildaran directamente de “buchón”. *“No sólo hubo represión por derecha, hubo también infiltración ideológica por izquierda, no sólo a la hora de sembrar el escenario con gente armada, sino una infiltración ideológica al mejor estilo años 70”*, declaró por Radio América y reprodujeron las agencias de noticias. Más audaz que muchos funcionarios del gobierno, insistió: *“¿Quién mandó a los pibes con cadenas, palos? Ésos también son responsables. Los tipos que convencieron a pibes buenos, no tengo dudas que los chicos asesinados son pibes buenos con cabeza y corazón, llenos de ideales y que fueron manipulados por alguien que los convenció de que de esa manera se podría derrocar a Duhalde.”* Con un lenguaje e ideas que remiten a la teoría de los dos demonios, D'Elía ofendía la memoria de los compañeros caídos²⁸. Si Maxi, quien por sensibilidad e indignación se sumó a la resistencia ante la represión, lo hubiera escuchado subestimándolo así, a horas de haber sido asesinado, justificando a sus asesinos, seguramente con la misma bronca y decisión con que tiraba piedras contra la injusticia, hubiera increpado al *“piquetero duhaldista”* para que rectificara sus palabras. Si Darío, con su convicción militante inquebrantable, su sentido cristiano y guevarista de la solidaridad y la entrega, lo hubiera escuchado despreciándolo así, a horas de haber sido asesinado, culpando a sus compañeros, con la misma firmeza y lucidez con la que militaba cada día y defendía sus ideas le hubiera escupido la cara al diputado D'Elía. *“¿Infiltración ideológica? Ése ni ideología tiene.* —se indignaba, por aque-

28. La teoría de los dos demonios instaló la idea de que en torno a las luchas populares de los años 70 y la dictadura actuaron dos “extremos ideológicos” igualmente repudiables. Desde esta concepción, quienes lucharon contra la dictadura fueron equiparados en responsabilidad y culpa con el terrorismo de Estado impuesto por el gobierno militar.

llos días, otro compañero más pragmático en el análisis— *Su ideología es el oportunismo. ¿Te acordás cuando en La Matanza a ellos los estaba por reprimir De la Rúa y fue él quien dijo ‘si Gendarmería reprime va a haber muertos de los dos lados’? Nosotros fuimos a cortar el Puente Pueyrredón en solidaridad con el sector que él lidera para hacerles el aguante. Y ahora él nos señala con el dedo por haber resistido la represión... Dejalo, es un político*”, concluía terminante, el compañero²⁹.

Volviendo a la masividad de la convocatoria para el 3 de julio y más allá de esas pocas voces que expresaban intereses personales más que posiciones de sus organizaciones, reivindicamos como un signo de madurez el hecho de que alrededor de 200 organizaciones hayamos confluído en un repudio común, en un mismo sentido, contra un mismo peligro.

Para que esto así haya sido se combinaron distintos factores:

- Las organizaciones piqueteras que habíamos protagonizado la jornada del 26 (el Bloque Piquetero, el MIJD, Barrios de Pie y **la Verón**), volvimos a movilizar las columnas más importantes.
- El movimiento asambleario recuperó vitalidad y se sumó con decisión, junto a una cantidad importantísima de personas que en forma espontánea se sumaba tras las banderas de las asambleas y nuestras columnas piqueteras.

Los partidos de izquierda, sin resignar sus propios planteos y haciendo eje en la consigna “*Fuera Duhalde y el FMI, que se vayan todos*” fueron parte del consenso general.

Dentro de la CTA, jugaron un rol más activo sectores dispuestos a acompañar la movilización en forma solidaria y comprometida, como los gremios de Capital, la Federación Nacional de Salud, la Corriente Clasista y Combativa y decenas de regionales o seccionales críticas a la conducción, como ATE Sur que nos acompañó desde Avellaneda.

En lo que a nosotros respecta, parte del movimiento asambleario y organismos de derechos humanos nos plantearon que, para romper la posible disputa entre aparatos, **la Verón** tenía que ponerse al frente de la convocatoria, lo que fue consensuado por el conjunto de las organizaciones participantes. Asumimos esa responsabilidad orgullosos de llevar al frente la bandera de nuestros compañeros caídos, y conscientes de la necesidad de consolidar

29. D’Elía se limitó por aquellos días a hablar por los medios que buscaban su palabra cómplice y soportar con estoicismo que el sector más dinámico de su corriente, el Movimiento Barrios de Pie, abandonara su estructura con un duro comunicado en disidencia por sus declaraciones funcionales al gobierno.

ese espacio amplio contra la represión ante el riesgo social que implicaba el avance de la estrategia del gobierno. Estábamos seguros, conocíamos de cerca y estábamos sufriendo, con la sangre derramada de Darío y Maxi, la brutalidad represiva y el cinismo con que el gobierno había decidido actuar.

Aquel 1° de julio y en el marco de esta voluntad unitaria, mientras se estaba terminando de organizar la marcha del miércoles siguiente, hicimos circular en forma impresa, por correo electrónico, en comunicados de prensa e incluso publicándola en *Página/12* una declaración convocando a la movilización del 3 de julio.

“A todos los hombres y mujeres de nuestro pueblo:

- En nuestros barrios y en gran parte del país se vive una realidad de miseria y opresión. Desde nuestros movimientos sembramos valores de dignidad en medio de esta situación desesperante. Como comprende cualquier ciudadano que padece estos males o logra ponerse en nuestro lugar, la dignidad en medio de la injusticia, florece en luchas y rebeldía. (...).*

- Cualquier cronista o ciudadano que se acerque a nuestros barrios se encontrará con una intensa labor comunitaria: guarderías, comedores, centros de panificación, talleres de trabajo y capacitación de oficios... Se toparán con asambleas democráticas cada semana, con talleres de formación y de educación popular. En esto estaban Maxi, en el MTD de Guernica, y Darío, en el Barrio La Fe del MTD de Lanús. Y quien quiera conocer a nuestros “piqueteros”, que con orgullo nos vemos reflejados en la militancia de Darío, no tiene más que conocer su corta pero inmensa vida, parecida a la de tantos otros compañeros que, como decimos al principio, en medio de la miseria y la opresión sembramos dignidad y rebeldía. En una sociedad alienada e indiferente, Darío se engrandece por su heroísmo, sencillo y extraordinario a la vez: el compromiso con el trabajo y el estudio cotidianos, la capacidad de sentir en lo más hondo cualquier injusticia cometida contra cualquiera en cualquier parte, la indignación y la combatividad ante la represión, y la inmensurable solidaridad, la más pura, esa que es entrega hasta de la propia vida por los demás. Ahí lo vimos, después de enfrentarse con la policía al inicio de la represión, socorriendo a compañeros baleados en la primera línea de fuego, alertando a sus compañeros del barrio para que se retiraran, y negándose a abandonar el cuerpo de otro piquetero caído, sabiendo que estaban matando. Negándose a aceptar la muerte como respuesta, la de Maxi a quien no conocía, defendiendo la vida, con la esperanza de salvarlo, ofreciendo la suya a cambio... Estos son los valores que expresa esta juventud piquetera que se forma en nuestros movimientos. Ahí, quién lo duda, están las reservas de capacidad y dignidad para avanzar en el profundo cambio social*

que, con ejemplos como el de Darío, ya estamos conquistando.

- (...) No pedimos que se solidaricen con los piqueteros, sino que reaccionemos todos en defensa de la libertad de todos. Tampoco sirve ahora dividirnos entre hermanos de este pueblo mirando quién es más timorato o quién más decidido a la hora de enfrentar las injusticias. Recordemos el poema de Bertolt Brecht y comprendamos que si primero vienen por los piqueteros y no nos importa, después vendrán por cada uno de nosotros y finalmente por los indiferentes.

- Por eso el miércoles 3 de julio nos vamos a encontrar en la movilización en la Plaza de Mayo y en todas las plazas del país, pacíficamente y hermanados todos los sectores de nuestro pueblo, en el repudio contundente al HAMBRE y la REPRESIÓN. El compromiso de cada hombre y mujer de nuestro pueblo, de cada ciudadano honesto, es el mejor homenaje que podemos brindarle a Maxi y Darío, los mejores pibes de esta nueva generación que, como el 20 de diciembre, viene regando con sangre solidaria las calles y las rutas de nuestra Patria.

¡Compañeros Maxi, Darío y todos los caídos en la lucha popular,
PRESENTE!!! ¡¡¡Hasta la victoria, siempre!!!

Coordinadora Anibal Verón”

“La sangre de los caídos se rebeló”

El 3 de julio fue un día triste. Llovió desde temprano y hacía frío. Era la primera vez que Darío y Maxi marcharían juntos, ya inmortalizados en las banderas, las pancartas y la memoria popular.

Los preparativos de la jornada habían sido cuidadosos. Todos sabíamos que el importantísimo nivel de convocatoria nos marcaba límites precisos: nada de *aparatados*, disputas por los lugares de las banderas o por el lugar de los discursos en el palco. Fue parte del consenso que los familiares y compañeros de los pibes encabezáramos la marcha y todos respetaron eso. Atrás irían las otras organizaciones piqueteras, las asambleas barriales, los organismos de derechos humanos, las demás organizaciones sociales y sindicales y por último los partidos políticos. También nosotros nos esforzamos por estar a la altura de tamaña responsabilidad: preparamos, en el barrio, una bandera que llevaba los nombres de Maxi y Darío, el dibujo de una goma en llamas y la leyenda, clara, concisa: *¡Piqueteros, carajo!* No pusimos en esa bandera que fue al frente el nombre de nuestra organización. No convocamos, ni permitimos que se sumaran reconocidas figuras sociales y políticas, ni siquiera las que respetamos y habían jugado un rol destacado en los días previos. Las “reconocidas figuras” –habíamos propuesto– serían los compañeros y compañeras de los pibes asesinados, las *viejás* y los jó-

venes, los piqueteros de los barrios, esos que le ponen el cuerpo todos los días al trabajo de base.

La columna sur salió de la estación de Avellaneda, donde a modo de homenaje, Claudia, la novia de Darío, colocó una foto y velas encendidas en el lugar donde él había caído. Leo, su hermano, leyó una nota solidaria que había acercado un vecino de ahí nomás, por las suyas. Después, hizo un llamado a la unidad de todos contra la represión, en forma sencilla, con su *chamuyo de barrio*. Viky, una compañera de Maxi, agregó unas palabras de homenaje en nombre de todos sus compañeros y llamó a seguir la lucha. Unas veinte mil personas cruzamos el Puente Pueyrredón y marchamos los ocho kilómetros que separan al acceso sur de la ciudad de la histórica Plaza de Mayo.

“Marchaba por el puente. Las gotas retumbaban en mi cabeza. ‘Quién parará la lluvia’, preguntaba Francisco Urondo, poeta argentino y revolucionario de los 70. Mencionaba a compañeros caídos y su poesía hacía referencia al avance del enemigo. ¿Quién parará la lluvia, ahora que cayó Darío?, me preguntaba al caminar; al recordarlo, cabeza dura como siempre, discutiendo por diferencias de cómo encarar el trabajo de base. Y quién parará la lluvia... Ahora camino, me mojo, tengo frío, tirito. Recuerdo. Y aparece Darío, sorprendido, descubriendo a Juan y al Cuarteto Cedrón; sorprendido de la maravillosa generación de jóvenes luchadores...

Ahora me pregunto quién carajo parará la lluvia, ahora que te mataron compañero.

Si vieras a los nefastos que el miércoles te acusaron, el jueves, pasando por sus programas la bloquera, la guardería, el obrador; el MTD del día a día, con sus asambleas, con la participación de todos, construyendo nuestra propia historia. El MTD de la educación popular, de la lucha por subsistir en un barrio embarrado y caído abajo, abandonado por todos los gobernantes. Si vieras cómo todos ahora preguntan: ¿Quiénes son éstos? ¿Cómo es que no tienen jefes, ni caudillos, ni patrones, ni dirigentes?

Estamos sorprendidos; seguro vos lo estarías. Si vieras la entereza de tu viejo, marchando firme a pesar de la renguera y su muleta. Si vieras a tu hermano, firme en su lucha. Si nos vieras a todos, orgullosos por lo ancho.”

El cumpa que después de la marcha escribió estas líneas citando al poeta Paco Urondo y al Cuarteto Cedrón, no es un viejo militante setentista. Al 26 de junio Mariano tenía los mismos 21 años de Darío, militaron juntos desde el colegio y aprendieron, junto a otros pibes de su edad, la ética mi-

litante que día a día volcamos en la construcción del Movimiento y, sabemos, nos viene de otras luchas.

Masividad, emotividad, bronca e indignación, fuerza y respeto. Todavía sin reponernos del todo, ahí estábamos, saliendo bajo la lluvia desde los barrios, llevando a nuestros compañeros caídos como bandera, para rendirles homenaje. Todos cantábamos, con el ritmo de la canción de Fito Páez que se popularizó en las canchas de fútbol: *“Y dale alegría a mi corazón, la sangre de los caídos se rebeló”*. Durante toda la marcha vimos con emoción cómo cientos de vecinos de Avellaneda y la Capital, muchos de ellos que habían dejado de asistir a sus asambleas, participaban nuevamente, aplaudiendo a nuestro paso, desde los balcones o en las esquinas de los barrios, transmitiendo afecto y solidaridad. Ya de noche llegamos a la Plaza de Mayo donde, definitivamente, todas las veces que haga falta, con Darío y Maxi presentes hasta la victoria, volveremos.

En la plaza, después marchar desde Avellaneda y confluir con las otras dos columnas que venían del oeste y zona norte, el palco ya mucho no importaba. En la parte de atrás fue la bandera. Se leía *¡Piqueteros carajo!* y el nombre de los pibes. Allí debíamos subir nosotros, nuestros compañeros, no para decir discursos, sino para leer la frase que se había consensuado en la convocatoria común: **“EL PODER ECONÓMICO Y LOS GOBIERNOS DE TURNO GARANTIZAN CON EL GENOCIDIO IMPUNE DE AYER, EL GENOCIDIO DE HOY. BASTA DE HAMBRE, ENTREGA, DESOCUPACIÓN Y REPRESIÓN. BASTA DE IMPUNIDAD. JUICIO Y CASTIGO A LOS RESPONSABLES IDEOLÓGICOS, POLÍTICOS Y MATERIALES DE LOS ASESINATOS DEL 26 DE JUNIO”**.

A los cumpas que habían subido y hablaban por primera vez en esa Plaza, cuentan, les temblaban las patas y la voz. Un flaco insistió en pedir el micrófono y leer un escrito, a lo que accedimos cuando explicó que estaba con los compañeros del colegio de Maxi, que ellos nunca se movilizaban, pero que habían hecho una bandera y allí estaban y sus compañeros insistían en que él leyera lo que habían escrito. Fernando -así se llama- fue, entonces el único orador:

“La maldita frase que utilizan quienes nos gobiernan, quienes están encargados de nuestra seguridad, quienes ahora dicen ‘nosotros no fuimos’, es ‘sea como sea’. Ellos la utilizan de esta forma: ‘sea como sea no habrá más cortes de ruta en la argentina. Sea como sea no se permitirán más cortes de puentes que vayan a la ciudad’. Yo me pregunto cuándo usarán esa frase para decirnos a los ciudadanos argentinos: sea como sea vamos a terminar con el hambre, sea como sea no permitiremos que nuestros chicos se mueran por

desnutrición, sea como sea terminaremos con el desempleo para que cada jefe de familia le asegure la comida y la educación a sus hijos, sea como sea esclareceremos la muerte de 33 personas el 20 de diciembre en una represión sangrienta y sin escrúpulos y buscaremos a los responsables de las muertes de Maximiliano y Darío”.

Faltaba leer la lista de las casi 200 organizaciones convocantes y lo que más esperábamos: el grito enérgico, con las últimas fuerzas del día, del nombre de los pibes, para que más de 40.000 personas gritáramos: **¡PRESENTES!**, una y otra vez.

Arriba y abajo de ese palco, varios compañeros lloraban. Por la emoción y también por el orgullo. Porque sabíamos que, aunque nunca lo hubiésemos querido así, esa Plaza que nos tenía ahí al frente estaba marcando un nuevo pasito en la historia de lucha de nuestro pueblo. Otro de esos pasos firmes por lo digno, que hacían temblar de miedo a los poderosos que desde sus cuevas habían ordenado, otra vez, saturar las calles con presencia de las fuerzas represivas. Otro paso firme y doloroso. Con compañeros que quedaban en el camino. Por eso, también, las lágrimas.

Como cierre, miles de gargantas hermanadas cantamos el himno nacional, mientras algunos levantaban sus puños y otros coronaban su brazo en alto con los dos dedos en “V”. Después, nuestro grito de guerra, masificado, asumido por todos. Otra vez: “*¡Piqueteros, carajo, piqueteros, carajo, piqueteros, carajo!*”.



Una multitud despidió los restos de Darío, desde el barrio La Fe donde vivía y militaba.



Las madres de Plaza de Mayo, los obreros de Zanón, los campesinos del Mo-case, sumados a las distintas actividades de repudio al gobierno y homenaje a los compañeros caídos.



Movilizaciones, pintadas, remeras impresas, murales, banderas, actividades culturales: las expresiones de solidaridad y homenaje a los compañeros caídos se repitieron durante los días y meses posteriores.





Parte IV – la Verón después del 26



Fotografías página anterior:
Compañeras con sus hijos en la movilización
con médicos y vecinos del Hospital Fiorito, Avellaneda, a 6 meses del 26 de junio.

12. Un balance abierto

El debate, la autocrítica y la valoración, el homenaje y denuncia cada día 26 de cada mes, la solidaridad, los movimientos y agrupaciones barriales que dentro y fuera de la Verón levantaron el nombre de Maxi y Darío, los murales y las banderas, nuestra militancia cotidiana y este trabajo, el dolor y el orgullo, son apenas pinceladas de un balance más abarcador que nos excede y necesitará más tiempo para plasmarse.

Durante 1996, en Florencio Varela y San Francisco Solano, sur del Gran Buenos Aires, se desarrollaron los primeros núcleos de organización barrial de los Movimientos de Trabajadores Desocupados que con el tiempo confluimos en el MTD Aníbal Verón. Estos y otros movimientos surgimos como contraparte de la embestida neoliberal que sacudió al país en los años 90, como continuidad del proceso iniciado con la última dictadura militar.

La pérdida de conquistas históricas de la clase trabajadora y la expulsión de mano de obra sobrante fruto de la precarización laboral, convirtieron a los desocupados no ya en un *ejército de reserva* sino en *población excedente*: millones de compatriotas que no tienen acceso a los derechos básicos de subsistencia. La clase política y las estructuras sindicales tradicionales fueron cómplices del proceso de entrega y exclusión.

Por aquellos años, aprendimos de las luchas que se libraron en las provincias del interior y que tomaron características de verdaderas puebladas. Fruto de las privatizaciones y el desguace del Estado, poblaciones enteras en Salta, Jujuy o Cutral-Có se empobrecieron repentinamente y entonces surgieron las primeras experiencias de lucha según la nueva realidad: trasladando el eje del conflicto de la fábrica a las rutas³⁰. Si antes, en la fábrica, se buscaba paralizar la producción, ahora, en el territorio, se busca interrumpir la libre circulación de las mercancías, con la misma intención de golpear al capitalismo donde más le duele.

30. En todo el país las movilizaciones, acampes, ocupaciones de edificios públicos, ollas populares y, sobre todo, el corte de ruta y el piquete, son un fiel reflejo de continuidad de aquellas primeras puebladas. En los últimos tiempos surgieron, además, otras formas creativas: los cacerolazos de las clases medias en las grandes ciudades y la ocupación de fábricas para producir bajo control obrero, se sumaron al torrente de luchas piqueteras.

Aprendimos también la democracia directa, que apareció con fuerza en los nuevos piquetes: asambleas populares realizadas en medio de las rutas cortadas, la elección de delegados con mandato revocable, y la lucha basada en el protagonismo masivo como única forma de acceder a una negociación directa con el Gobierno. Nuestros movimientos surgieron por fuera de las estructuras partidarias y sindicales, impulsados por una militancia joven en la mayoría de los casos, que buscó organizarse en los barrios junto a los vecinos, ex trabajadores, amas de casa, jóvenes, ancianos y también niños.

Empezamos intentando reflejar esa nueva realidad social y las nuevas luchas que asomaban, buscando formas nuevas y creadoras, recuperando también los *viejos* principios de solidaridad, compromiso, pasión y entrega militante, que heredamos de generaciones de luchadores revolucionarios que nos antecedieron. Los siete años de historia previa al 26 de junio con que contaban los movimientos más antiguos de **la Verón**, nos muestran claramente como organizaciones *adolescentes*, en proceso de crecimiento y maduración. Si en determinado momento nuestra lucha nos colocó en la mira del gobierno y los sectores del poder, lo asumimos con responsabilidad y orgullo, conscientes de que si nos atacaron (y siguen haciéndolo) es por nuestros aciertos y no por nuestros errores. Y sabiendo también que, si algo tenemos para aportar al conjunto de la lucha popular, no es una línea política prolija y clarificada para imitar, sino nuestra experiencia concreta, transmitida por medio de las palabras pero principalmente expresada en la práctica cotidiana.

Después del 26 de junio, después de que se nos conociera a través del testimonio que con su vida brindaron nuestros compañeros caídos, después de que se prendieran los reflectores y se viera nuestro trabajo de base, después de haber salido a luchar por trabajo y dignidad y haber vuelto al barrio a organizar el velorio de compañeros, muchas cosas cambiaron para nuestros movimientos y para cada uno de nosotros.

La firmeza con que los movimientos piqueteros continuamos la lucha y la debilidad del gobierno ante el fracaso político de la represión, impulsaron un crecimiento de las distintas organizaciones después del 26. Nuevos MTD surgieron y se sumaron a la coordinación. También el debate político se profundizó y se marcaron con claridad las diferentes tendencias al interior de la coordinadora. El conjunto de los MTD mencionados quedamos agrupados en un espacio común, el **MTD Aníbal Verón** o simplemente **la Verón**, como siguen y seguimos llamándonos. Otros centros populares que eligieron desarrollarse de la mano de una organización polí-

tica con la que no compartimos cuestiones de fondo, tomaron un camino distinto definiéndose como CTD Aníbal Verón.

Nuestro espacio de coordinación que reúne a 17 movimientos de base de la Capital Federal, Buenos Aires y Río Negro, es una construcción heterogénea, basada en el respeto a los acuerdos y la diversidad. Las coincidencias que definen una base común quedaron reflejadas en una publicación del mes de febrero de 2003:

“Creemos firmemente que las organizaciones populares que van surgiendo al calor de la lucha deben constituirse con independencia del Estado y sus instituciones, los partidos políticos, las burocracias sindicales y la iglesia, para que los intereses del pueblo no se vean manoseados por el oportunismo de quienes tienen por objetivo la integración en un sistema que sólo apunta a perpetuar la dominación.

ORGANIZACIÓN DE BASE, FORMACIÓN POPULAR, PRÁCTICAS DEMOCRÁTICAS DE FUNCIONAMIENTO: *El poder popular se construye desde abajo, en el trabajo de organización de base. No alcanza con ‘movilizar a las masas’ ni con caudillos que ‘representen a las bases’: para que el pueblo sea protagonista de su propio destino, tiene que estar organizado y consciente de sus derechos(...). Existen aspectos del cambio que aspiramos a conquistar que empiezan hoy mismo y están al alcance de nuestras manos. Por eso las prácticas solidarias, la organización democrática y participativa, la formación y el estudio como elemento fundamental de esa participación consciente, son los mecanismos que podrán garantizar que la fuerza popular que encare el gran desafío de transformar la sociedad, tenga la fortaleza suficiente para vencer”*

ACCIÓN DIRECTA, LUCHA POPULAR: *En nuestro país, la crisis es tal que el pueblo sólo se expresa y, en algunos casos, llega a imponer decisiones de gobierno por medio de la lucha en las calles, enfrentando y denunciando sin medias tintas a esta clase política funcional al poder económico”*

En otros aspectos, sin embargo, mantenemos diferencias: algunos MTD se definen autónomos, *“como una apuesta de construcción de un pensamiento y una práctica en función de la horizontalidad”*. Otros entienden la autonomía como inseparable de la *“necesidad de construir un poder popular sustentado en la democracia de base”*. También hay quienes prefieren hablar de *“independencia de clase”* y no autonomía, y se asumen *“clasistas y antiimperialistas, en el camino de ir creando la herramienta política propia de la clase trabajadora para enfrentar y derrotar definitivamente a la clase capitalista y construir un gobierno de los trabajadores”*.

La particularidad de **la Verón** consiste en que, al tiempo que estos proyectos van haciendo su experiencia y desarrollándose, unimos esfuerzos en la lucha por las reivindicaciones en común y aprendemos, trabajosamente, a construir espacios de coordinación y unidad que tanta falta hacen en este momento de la lucha popular.

La diversidad de posturas y análisis enriquece también los debates, aportando distintos puntos de vista. Esto se percibe, también, en las opiniones sobre lo que nos pasó el 26 de junio. Para introducir ese balance que sigue abierto, elegimos reproducir las intervenciones de compañeros y compañeras de cada MTD, planteadas en un plenario de evaluación realizado a mediados de diciembre de 2002.

MTD VARELA. *Es claro que ni bien asume Duhalde, trata de dar la imagen de un gobierno fuerte y de ponerle coto al conflicto social. Una intención que había ensayado De la Rúa en diferentes oportunidades y que no pudo sostener por el propio peso de la masividad de la protesta social. Nosotros empezamos a discutir eso muy fuertemente en las asambleas de los barrios. El debate con los compañeros era que se venía una disputa de poder entre el gobierno y los piqueteros, principalmente. Que el gobierno iba a intentar disciplinar al movimiento social. Y una de las herramientas que iba a usar —a partir de la implementación masiva del Plan Jefes y Jefas de Hogar— era la instalación de las UGL [Unidades de Gestión Local, organismos oficiales que buscaron concentrar el manejo de la ayuda social en manos del PJ local]. No era casualidad que en cada barrio en el que nosotros teníamos una asamblea ellos fueran armando una UGL, o incluso varias en aquellos barrios de mayor influencia nuestra.*

El hecho de que nos hayan “inundado” de planes fue un intento de desmovilizar al movimiento piquetero y debilitarlo. También hubo una política de coacción sobre los miembros del movimiento, diciéndoles: “Vos te vas con los piqueteros y nosotros te damos la baja”. Al mismo tiempo que se producen todos estos aprietes y amenazas, empiezan a “caerse” los planes de los compañeros. Cuando se caían 20, íbamos a reclamar al Ministerio de Trabajo. “Sí, te los levantamos”, decían y después se nos caían 50. Hasta que directamente se cagaban en los acuerdos que firmaban. Nos fueron apretando por lo bajo. Nos fueron pegando en lo reivindicativo, preparando el terreno para lo que vino después.

Vinieron los cortes de febrero y la victoria de nuestro plan de lucha (con el asesinato de nuestro compañero Javier Barrionuevo de por medio). Nosotros evaluamos que el gobierno todavía no había podido cerrar el plan

en lo represivo y en la contención social y que por eso tuvieron que ceder, momentáneamente.

Luego de eso, hay todo un trabajo del aparato de los punteros para desarticular la organización autónoma de los Movimientos. Y nos dejan sin salida, porque está cortada toda solución a partir del diálogo. Y cuando se plantea lo del bloqueo a la Capital para forzar una negociación, el gobierno sale a mojarnos la oreja: “Si cortás, te pego”, dicen. Era evidente y obvio que nuestra reacción lógica iba a ser salir a pelearla. Y eso los tipos lo sabían. Tuvi- mos, entonces, varias asambleas donde se planteó que si nosotros no enfren- tábamos esta situación represiva, no íbamos a poder levantarnos más. La au- tocrítica que nos hacemos nosotros –en cuanto a la evaluación política del 26– es que no calculamos que iban a salir a matar. Eso no lo medimos. To- do lo demás, sí. En la última asamblea –ese mismo 26, antes de salir– se acordó que no iba a ir todo el mundo. En la estación de Bosques hicimos volver a una compañera con el bebé y a otra compañera, mayor, divina, que se lla- ma Adela, un personaje total, que tiene asma, diabetes, problemas con los huesos, una de las más viejas y más firmes del Movimiento. A esta compa- ñera la “echamos”. Se fue llorando y después se nos apareció en Avellane- da [risas]. No nos trajo ningún problema porque a la hora del quilombo se metió en una farmacia.

En cuanto a la Verón, estamos muy contentos por los muchos compañeros que –producido el enfrentamiento– pusieron el pecho y se mantuvieron firmes frente a la cana. Fue la actitud de todos los que estaban ahí. Y aquí hay una diferencia con alguno de los otros movimientos piqueteros: los referentes es- tuvimos al frente. No es como en otros movimientos, donde la seguridad es- tá preparada para defender únicamente a los referentes, como planteó en al- guna marcha un sector del Bloque [Piquetero]... ¿Y a los demás compañeros de base qué? ¿Los dejamos en banda?

A nosotros nos llena de orgullo colectivo esa actitud, porque ahí estuvi- mos todos. Ninguno le esquivó el bulto a la represión y se hizo una resis- tencia heroica.

Las veces que avanzaron brutalmente con la represión –como sucedió el 20 de diciembre, el 26 de junio, o en la “pulseada por los cacheos” del 26 de noviembre en el Puente Pueyrredón– la respuesta popular realmente demostró que la gente no se banca una represión abierta. No están da- das las condiciones que había en el 76. El enemigo puede ejercer esa re- presión, pero hasta ahora no puede afrontar los costos políticos que eso demandaría.

Esto obedece a las políticas que estamos desarrollando de inserción, de tra- bajo de base. Lo que ellos no pueden hacer es despegarnos de la gente. En

términos de correlación de fuerzas, no estaremos avanzando pero estamos parándoles la mano cada vez que ellos quieren avanzar.

MTD ALLEN/ RÍO NEGRO. *Coincidimos con lo que, desde hace tiempo, vienen planteando los compañeros de Almirante Brown respecto a lo que está sucediendo en toda esta etapa: el carácter de resistencia de esta coyuntura de la lucha popular.*

El 19 y 20 desata en las fuerzas de la izquierda la caracterización de una “situación prerevolucionaria”, “situación revolucionaria”, etc., etc. Corren ríos de tinta en esa dirección. Y nos preguntamos, analizando las cosas que sucedieron después del 19 y 20: ¿Y che? Ya ha pasado un año.... Un año, que no es poco tiempo cuando se caracteriza una situación así. ¿Y qué han hecho compañeros? ¿No van a tomar el poder? Ni siquiera hablemos de la toma del poder... ¿Dónde está la construcción de la opción revolucionaria? ¿Dónde está la capacidad –que ustedes plantean– para tomar la iniciativa? ¿Dónde está la fuerza que va a conducir a las masas en la Argentina? Si alguien la muestra, podemos analizarla... Pero no está. Lo único que falta es que nos echen la culpa de que eso no está a la Verón. Lo cierto es que la iniciativa la tiene el enemigo. Y las transformaciones políticas, sociales e institucionales las está llevando adelante el enemigo. En este contexto, el campo popular, las organizaciones sociales, nos defendemos como podemos. Vamos resistiendo y no al revés. Y en el análisis más general que nos excede, lo del 26 también se inscribe dentro de estas concepciones de sobreestimación de la fuerza propia.

Queremos señalar algo sobre esto en referencia al mismo Darío. Su fuerte preocupación por las cuestiones de seguridad que, sin embargo, muestra también sus deficiencias. Darío trae las fotos, se reúne con los compas de seguridad, les muestra las represiones anteriores y no termina de ver la profundidad de la cosa. Y Darío –hagámonos todos cargo– Darío, el MTD de Lanús, todo lo que somos nosotros, no es producto nada más de lo que somos, sino que también somos productos de la Verón. Somos producto de un colectivo que incide permanentemente en las cosas que hacemos. Y Darío fue un glorioso producto de todo lo que es nuestra construcción social, con las limitaciones políticas propias que en su momento tuvimos dentro de la Verón. Y vemos claramente esto cuando recordamos lo del 26, donde la columna es prácticamente casi conducida al lugar que estaba preparado para la represión. La iniciativa de las fuerzas represivas fue muy fuerte y nosotros caímos absolutamente en esa trampa. No la supimos ver. La resultante es todo lo que pasó: más fuerte, menos fuerte, es opinable. Pero creemos que faltó profundidad en el análisis previo, de la misma manera que reivindicamos to-

do lo actuado por la Verón inmediatamente después del asesinato de Darío. Eso fue magnífico. La caracterización de que la represión no era solamente sobre la Verón, sino que era una represión política que iba a impactar sobre el conjunto de los sectores populares. Y que lo que había que poner en juego no era la repuesta “de la Verón”, sino una amplitud de sectores que reconocían el carácter más profundo de esta represión, bajo un lema clarísimo: frente a la muerte y frente a la represión, juntos con todos aquellos que buscan resistir. Y aparecieron acciones concretas para llevar adelante situaciones de diálogo, de coordinación, con amplios sectores que nos permitieron responder frente a este tipo de escenarios. Porque además, determinadas concepciones orientadas hacia el Estado y hacia las caracterizaciones “revolucionarias” y “prerrevolucionarias” nos van a cagar el estofado. Estamos en un contexto social y político mucho más abarcativo. Las opiniones, por ejemplo, de que la CTA no tiene que estar en la Plaza de Mayo son una cagada [en referencia a la marcha del 20 de diciembre de 2002, para la cual algunos sectores fuera de la Verón proponían excluir a la Central de la convocatoria a un año de las jornadas del 19 y 20].

MTD SOLANO. *Nosotros todavía estamos en un momento donde, posterior al 26, hemos hecho un trabajo de elaboración, pero con los límites que te produce en la organización semejante impacto. Vos abordás el tema del 26 y sale la bronca, el llanto, la angustia, hasta a veces las “agarradas” que se producen buscando un “culpable”. Un montón de cosas que nos han desbordado. Generó una crisis. Y eso, compañeros, es por todo el miedo que está incorporado. Uno lo podrá negar, pero el miedo está. La corrida en el Puente del otro día [se refiere al corte del 26 de noviembre de 2002] fue la expresión de eso... Ante un ruido, una corrida, todo el mundo raja... Todo está muy fresco, lo cual también exige una elaboración que no se va a resolver en poco tiempo. Este trabajo de investigación es interesante porque devela una trama que a través de los medios nunca va a aparecer nítida. Lo del comisario enloquecido [por Fanchiotti] pegó muy fuerte... Hay gente que todavía cree que fue la “maldita policía” a la que Duhalde no la puede poner en caja, que es parte de la interna del menemismo con el duhaldismo... Este trabajo de investigación puede ser un aporte al esclarecimiento sobre la represión: demuestra que en el PJ no hubo fisuras.*

MTD LANÚS. *Mirando un poco para atrás, analizando también lo que pasó con Javier Barrionuevo y Juan Arredondo, nos caracteriza también como una organización débil y proclive a ser agredida como lo fuimos. Porque nos balearon, nos mataron a uno, dos compañeros y no tuvimos capacidad de res-*

puesta, más allá de la movilización necesaria... Hay todo un plano legal, institucional, de seguimiento de la causa en el que no dimos respuesta suficiente... Los tipos están en la casa... te matan compañeros y los tipos están en libertad, como el que baleó a Juan o Bogado, que mató a Javier. Todo esto pasa por la incapacidad que tuvimos de seguir las causas más de cerca. No es lo único, claro, pero esa limitación en el plano más institucional, si se quiere, también alimenta que el 26 de junio la Verón haya sido tan vulnerable. Aunque no sea prioritario, pensar en el seguimiento específico de lo legal, tener una política hacia algunos aspectos institucionales, son cosas secundarias que se desprenden también de este trabajo [que da forma al libro]. Falta que se arme un ámbito, que nos juntemos a revisar el expediente, a tener charlas más frecuentes con los cumpas de la Correpi y con otros abogados de la zona que conocen cómo viene la mano.

MTD QUILMES. *Me parece que habría que analizar también la parte auto-crítica de la Aníbal Verón antes del 26, en cuanto a cómo llegamos al Puente, cómo habíamos caracterizado ese día y cómo actuamos... Acá se había analizado que la forma de repliegue que tenía que haber ese día, en caso de represión, era diferente a la forma que finalmente se adoptó o que se puso en práctica. Está bien: no sabíamos el grado de violencia y de represión que se iba a desatar desde el gobierno.*

Otra situación que por lo menos nosotros no tenemos muy clara es cómo llegamos al punto de encuentro, frente a la policía. Generalmente, cuando cortamos el Puente, los referentes establecen un diálogo con las fuerzas policiales para decir cuál es la característica de la medida de fuerza, tantear cuáles son las órdenes del otro lado y explicar a qué venimos nosotros. Si uno analiza toda la situación autocríticamente, es necesario hacer una rediscusión de todo el aspecto de la seguridad. Acá los compañeros tienen que tener confianza cada vez que tengamos que movilizarnos o volver al Puente, porque si no nos va a pasar lo que pasó el último 26 [de noviembre], que al menor estallido de un petardo fuerte salen todos corriendo. En ese terreno venimos perdiendo espacios. Tenemos que rediscutir esa política de seguridad. A menos que creamos que con las denuncias que hacemos, el sistema, la justicia o los medios nos van a dar una respuesta. Nosotros creemos que no, que no nos van a dar una respuesta y que tenemos que generar los anticuerpos necesarios para darles una garantía a los compañeros.

MTD SOLANO. *Me parece que tenemos que hacer un repaso de las represiones anteriores que se vienen produciendo... el puente General Belgrano, en Corrientes, en Mosconi... Es decir: la represión está instalada como una*

política de Estado. Para que no quede como que el 26 de junio comenzó la represión en Argentina deberíamos registrar con nombre y apellido a todos los compañeros caídos.

MTD LANÚS. *Sí, fijate: esta democracia, con estas fuerzas de seguridad, ha venido produciendo alrededor de 80 muertos en conflictos sociales por la represión directa del Estado, desde el 83 en adelante. Lo que marca el 26 de junio es un punto de inflexión a toda esa lógica. A diferencia de las represiones en Mosconi, donde hay una fuerte impronta de un gobierno provincial, o de otras represiones en el interior, el 26 de junio es una síntesis de todas esas demandas que se mencionan en el informe [Parte II: El Estado y la planificación criminal]. Después de las demandas de la reunión de gobernadores, en sintonía con lo que reclamaba hace un año el poder económico a través de las declaraciones de Escasany y Crotto, ahora se hacía cargo la estructura política del Estado Nacional. La red de gobernadores le exige al gobierno nacional que cristalice en una política de Estado lo que es una necesidad en las provincias. “No podemos seguir reprimiendo en el interior si el gobierno nacional no asume esto, legitimando esa línea de represión.”*

El gobierno nacional predispone a toda la fuerza del Estado, la justicia, las operaciones en las cámaras legislativas, las fuerzas de represión. Lo único que cambia respecto a otras épocas es que pasan del accionar conjunto de las fuerzas armadas al accionar conjunto de las fuerzas militarizadas de seguridad. Pero la decisión de una represión criminal está.

Entonces, el 26 de junio marca el intento de crear un Estado abiertamente represivo. Esto, en sintonía con las políticas que desde el Imperio, no sólo en la Argentina sino en toda América Latina, buscan imponer. En las dos últimas décadas fue bajo la fórmula que combinaba libertad de mercado y “ciertas” libertades cívicas, pero en los últimos tiempos decidieron resignar esta última parte y la fórmula es “libertad de mercado y la represión que haga falta”.

Sin embargo, el 26 se encontraron con una fuerte respuesta popular ¿Qué pasa entonces? No es que el pueblo ganó o perdió esa pulseada en forma definitiva. Es una pulseada que sigue abierta. El 26 de noviembre volvimos a batallar contra el intento de cercenar la posibilidad de la movilización en las calles. Y sabemos que cuando perdamos -no solamente la Verón, sino como pueblo- la posibilidad de movilizarnos en las calles y de sostener lo conquistado con la lucha en las calles, perdimos. El 26 abre una “pulseada” en defensa de un marco de libertades, del Estado de Derecho. Esa pulseada sigue abierta y condiciona todas las demás políticas que en el seno del cam-

po popular puedan darse. La muestra, la de la izquierda partidaria, incluso de la CTA y todos los sectores que expresen intereses populares.

MTD ESTEBAN ECHEVERRÍA. *Nuestros compañeros salieron muy golpeados del 26 porque estuvieron en el centro de la represión. Acababan de llegar y se estaban acomodando cuando la policía empezó a disparar. Nosotros no habíamos tomado medidas especialmente precautorias para ese día. Movilizamos a todo el mundo. Creo que podríamos haber previsto cosas que no se previeron.*

En vez de cortar el Puente nos metimos abajo, en la boca del lobo, donde no teníamos ningún tipo de salida. Cuando el objetivo estaba logrado, en realidad, porque los mismos milicos estaban cortando el Puente.

Esto tiene que ver con nuestro futuro: se nos hace muy cuesta arriba, a veces, tomar decisiones en común. Tenemos que superar la espontaneidad de acá para adelante, si no la coordinación se va a hacer difícil.

Hay que analizar como un logro que los puentes se hayan bloqueado en unidad con otros sectores. Si hubiéramos estado nosotros solos en el Puente Pueyrredón, nos masacraban por un lado e íbamos a pagar los costos de todos los movimientos piqueteros, por el otro. Al no estar solos tuvimos un abanico mucho mayor; en cuanto a la lucha, pero también después en cuanto a la respuesta a la represión. Porque también se discutió después si abríamos el abanico de la solidaridad y si íbamos con otros sectores [por la CTA] o no. Y se logró hacer esa movilización tan grande, donde participaron todos, a partir de un análisis correcto donde mayoritariamente planteamos que la represión la debe parar el campo popular en su conjunto, no solamente nosotros. El 26 de noviembre volvemos a romper el cerco del gobierno porque volvemos a hacer algo en común con los otros sectores piqueteros.

MTD “DARÍO SANTILLÁN” DE ALMIRANTE BROWN. *Tenemos muchos acuerdos y algunos desacuerdos con lo que se ha expresado...*

Estamos de acuerdo en que fue un acierto haber ido ese día al Puente. En la medida en que somos un movimiento combativo, intransigente, celoso de su autonomía con respecto a las estructuras del Estado, que reivindica la acción directa como método de lucha, dentro de un marco de presión del gobierno, donde nuestros reclamos reivindicativos estaban siendo totalmente desconocidos, no teníamos otra opción que salir a luchar. Pero pensamos que fue un error haber ido de la forma en que fuimos. Nos conducimos con una gran dosis de soberbia, en parte porque nunca habíamos experimentado —en este año y medio de coordinación conjunta de los MTD— una represión tan fuerte en carne propia. Particularmente en

cuanto al esquema de autodefensa, compartimos que fue desarrollado con mucha heroicidad y mucha solidaridad por los compañeros, pero no fue bien coordinado y se desarrolló más espontáneamente que siguiendo criterios comunes acordados previamente. Hubo compañeros referentes o con responsabilidad en la seguridad que sí asumieron, desde lo individual, la tarea de organizar un poco, pero en ese momento que nadie preveía no pudimos responder ordenadamente.

La situación en la que cae el compañero Darío, que es una situación que todos reivindicamos por la valentía que tuvo y la solidaridad que reflejó con su gesto, fue una situación donde el compañero no debería haber estado. Eso es lo que opinamos hoy, con la cabeza fría. Fue una situación donde el compañero estaba “regalado”. Para las organizaciones de base o los movimientos de base es tan complicado y cuesta tanto llegar a formar un compañero, que esas situaciones hay que tenerlas en cuenta, para no repetir las. Nos parece que en esas situaciones no tiene que ser el criterio individual el que prime, sobre si “estamos en un lado o estamos en el otro”, sino que tiene que haber un criterio colectivo discutido previamente y respetado por todos.

Nos parece que para mejorar los criterios de seguridad habría que discutirlos en serio, políticamente, porque no es una “cuestión técnica”. En estos momentos de la resistencia popular nos parece que no es mejorando la técnica de autodefensa como nos vamos a proteger más, sino que es justamente sosteniendo espacios de masividad la forma en la que los movimientos de masas se pueden proteger mejor.

MTD BERISSO. *Nuestro análisis por ahí es un poco limitado. No discutimos mucha “táctica” o “estrategia”. De lo que sí podemos hablar es de la cuestión más política...*

Nosotros no llegamos al Puente porque nos retrasamos y nos enteramos por teléfono de que estaban reprimiendo. Igual, a nosotros nos parece que fue correcto haber ido porque hasta ese momento el gobierno estaba parando todo el tema de los Planes. El eje reivindicativo estaba claro: lo más grave que te puede pasar, si te cagan a palos, es que no tengas claro por qué estabas luchando.

Lo que pudimos percibir fue la gran solidaridad que se dio. Ese día en La Plata al principio éramos 50 y a las dos o tres horas, éramos 500, después 1.000. Se cortó la calle, empezó a aparecer la gente. Y no se necesitó “convocar” a nadie, lo que demuestra una fuerte conciencia antirrepresiva.

Otra cosa es el tema de los medios de comunicación. En esos momentos clave los medios actúan en cadena. Son parte de la operación militar, diga-

mos. Actúan de la misma manera que se actúa antes de un inicio de hostilidades, donde hay 4 ó 5 horas de censura previa. Me acuerdo cuando estuvimos en Mosconi, en junio de 2001. Ahí todos los medios transmitían “en cadena” y hablaban de los francotiradores que tiraban “desde el monte”. Pero el monte quedaba a 400 cuadras, y los periodistas estaban ahí. La situación era una cosa totalmente disparatada. Cuatro o cinco días después algunos medios aflojaron y dijeron “que no era tan así”.

Por último, una cosa que también plantearon los compañeros de Almirante Brown: la mejor forma de evitar lo represivo es avanzar en lo reivindicativo. Fortalecer los lazos con la sociedad, con los compañeros. Porque por más táctica y estrategia que discutamos, podemos mejorar las cuestiones de seguridad, como dijeron otros compañeros, pero el problema es cuando nos cortan la relación con el pueblo y el pueblo nos empieza a ver como “marcianos”. Ahí estamos listos. Me parece que la contradicción que tuvimos con la gente que se fue [por la CTD] tiene que ver con eso... Y nosotros lo que tenemos que hacer es mirar a los compañeros. No dejarnos presionar ni por la izquierda, ni porque alguien nos diga que somos reformistas o por cumplir determinados dogmas o “rituales”.

Siempre tenemos que ver si lo que estamos haciendo les sirve a los compañeros. Es una cosa muy elemental, pero es así. En nuestro Movimiento los compañeros de base no tienen una experiencia política anterior y, aun así, se pudieron identificar con lo que dijeron los compañeros referentes. Eso es muy valioso.

MTD VARELA. *Volviendo al balance de aquel día: nosotros fuimos preparados para una represión convencional. No pensamos que la cana iba a avanzar tan rápido. Pero eso no implica que no se haya discutido bien en la Coordinadora.*

Aunque sea una represión convencional, nunca se expone a la totalidad del Movimiento, por más que sean balas de goma y gases. Es imposible exponer a todo el Movimiento a eso. Porque alguien te tiene que ir a sacar después... Las que van a estar en la puerta del juzgado van a ser las viejas con los pibes, “largame a mi hijo, largame a mi marido”. Hay todo un criterio político en eso.

Y sobre la soberbia en la cuestión de seguridad, se ve reflejada en muchas organizaciones, compañeros. Toda una parafernalia, desde los pañuelos de colores a una serie de actitudes: cómo se mueven, el palo...

En el campo popular, se trate de una corriente de pensamiento autónomo, anarquista, de izquierda revolucionaria o de izquierda reformista, ninguna ha podido todavía marcar un camino. Este proceso está en una etapa de cons-

trucción. Lo que vemos nosotros es que todos los sectores algún grado de limitación tienen. Algunos arrastran demasiado lastre del pasado, otros son muy ortodoxos, pero en general, compañeros, los principales aciertos que se hicieron se lograron de conjunto. La Verón ganó una referencia, pero las grandes victorias que hemos obtenido se lograron con todos esos sectores con los que tenemos diferencias. Y, por ahí, muchas veces somos demasiado duros con respecto a otras líneas que no son la nuestra.

Respecto al tema de la intención del gobierno de aislar al Movimiento de las masas, hay que hacer un profundo análisis sobre nuestra práctica cotidiana. Si la intención es aislarnos de la gente, entonces nuestra política tiene que ser de masas.

A partir del 26, el factor miedo influyó en que se fueran compañeros de algunos movimientos, pero tal vez, “contradictoriamente”, la juventud y el activo militante que hoy asume responsabilidades ha crecido y se ha consolidado.

MTD “OSCAR BARRIOS” DE JOSÉ C. PAZ. *Nosotros estamos tratando hoy de consolidar un grupo más grande de compañeros que se comprometa en las tareas que hace el Movimiento en nuestra zona. Doy gracias a Dios que hoy nos movilizamos la misma cantidad de compañeros que nos movilizábamos antes del 26. Incluso hemos crecido.*

También la repercusión que tuvimos en algunos medios ha contribuido a que la gente entienda que nosotros no somos un grupo que tiene una iniciativa violenta, sino que lo que hacemos, lo hacemos para defendernos del gobierno.

MTD GUERNICA. *Para nosotros los aprietes no terminaron el 26 de junio. En Guernica hubo aprietes directos durante un largo tiempo. Hubo hasta seguimiento de compañeros y eso habría que reflejarlo en el trabajo.*

Con respecto al balance del 26, nosotros coincidimos en que había que salir. Si nos quedábamos en casa porque el gobierno nos decía que no nos iban a dejar cortar los puentes, estábamos fritos.

En cuanto a lo que se viene discutiendo sobre lo político, creemos que cuando se hacen acuerdos para determinada acción hay que respetarlos. Cuando el 26 estábamos entrando debajo del Puente, se veía que estábamos encajonados y no tuvimos la capacidad de resolverlo en ese momento. Creemos que sí hay que hacer una fuerte discusión sobre lo político. Ese ámbito de debate hay que generarlo sí o sí. No nos queda otra.

MTD SOLANO. *Analizando toda esta planificación represiva que se viene dando, se podría marcar alguna línea de acción para seguir adelante y consolidar la lucha: el tema del ALCA, la deuda externa, por ejemplo. Es*

fundamental trabajar estos temas, proponerlos y discutir qué tipo de llamamiento hacemos, en base a la unidad en la lucha. Y con qué ejes.

MTD JOSÉ C. PAZ. *Lo que vemos nosotros es similar a lo que dice el compañero de Esteban Echeverría. Nuestra incapacidad para leer la situación política de ese 26, analizar lo que se venía diciendo en los medios, que nos iban a reprimir. Porque sí: nosotros fuimos con la idea de que podían reprimirnos, pero no con la idea de que iban a salir a matar.*

Leyendo el informe para el libro vemos todas las reuniones que se hicieron desde el gobierno y nos queda la idea de que estuvimos muy flojos en ese sentido, al no haber podido leer todo lo que estaba sucediendo políticamente. Respecto a la seguridad, nosotros teníamos la idea de ir con toda la gente, pero que solamente se acercaran al Puente los compañeros “piqueteros” hasta ver cómo estaba la cosa. Y en todo caso, si la veíamos jodida, quedarnos los que estábamos dispuestos a aguantar la represión. Y que la gente se pudiera ir hasta Lanús. Creo que se había dicho que se hiciera una olla ahí en Lanús.

MTD DARÍO SANTILLÁN/ALMIRANTE BROWN. *Además, tenemos que reivindicar los criterios que se defendieron después del 26, como planteaba el compañero de Río Negro: que la represión no iba dirigida hacia nosotros, sino al conjunto del campo popular. En ese momento, los compañeros que dieron la cara por la Coordinadora lo hicieron con ese criterio y con otro —que yo quiero resaltar ahora— que fue reivindicar todo el tiempo los cinco puntos de lucha por los que nosotros habíamos salido, que fueron cuatro reivindicativos y uno político. Porque como movimiento de masas nos desarrollamos, confrontamos contra el gobierno, contra el sistema, pero nuestra esencia es la lucha reivindicativa.*

MTD SOLANO. *Necesitamos también un grado mayor de disciplina. Eso sigue siendo un tema pendiente que va a requerir de una voluntad política. No es sólo una cuestión de tiempo, que va a salir espontáneamente, son las dos cosas. Porque un método puede ser bueno o malo, la experiencia lo dirá, pero lo peor que nos puede pasar es no tener ninguno. Deberíamos sentarnos y llegar a un acuerdo sobre qué es un método de coordinación y conducción, porque más allá de que nuestros movimientos son autónomos, cuando estamos juntos, tiene que haber una conducción. Y lo que vimos nítidamente es que el 26 no hubo una conducción clara por parte de la Mesa Coordinadora.*

Tendría que haber compañeros dedicados exclusivamente a esa tarea. Somos

capaces de muchas cosas, pero todavía tenemos una inmadurez que es parte de un proceso de crecimiento que algún día se revertirá. Cuando uno ve las movilizaciones del MST dice “puta, acá hay una organización consolidada”. Se ve cómo van encolumnados, con los grupos de seguridad. Pero ése es un proceso de veintipico de años y un trabajo político...

MTD LANÚS. *¿El MST de Vilma Ripoll decís vos? (risas)*

MTD SOLANO. *No, no, el de Brasil... (siguen las risas)*³¹

31. “MST de Vilma Ripoll” en referencia al Movimiento Socialista de los Trabajadores, partido integrante de Izquierda Unida. “MST de Brasil”, Movimiento Sin Tierra de Brasil.



Movilizaciones, asambleas y actividades después de 26 de junio.



En familia, corte de Puente Pueyrredón.



Compañeras piqueteras.



Anexo: Antes y después del 26. La otra represión.



Fotografías página anterior:

Intendente “Manolo” Quindimil y funcionarios del Municipio de Lanús (arriba).

Civiles armados que complementaron la tarea de las fuerzas represivas en los distritos de Lanús y Guernica (centro y abajo).

Antes y después del 26, la otra represión

Durante el corto pero intenso mandato del senador Duhalde a cargo de la Presidencia, la represión abierta o encubierta se convirtió en un complemento imprescindible del clientelismo social intensivo.

De esta forma buscaron frenar una dinámica de lucha popular que combinó luchas reivindicativas con cuestionamientos abiertamente políticos y de fondo como el “Que se vayan todos”. La polémica sobre las formas más eficaces de reprimir atravesaron a un gobierno astuto pero vacilante y traslucen un debate que remite a las viejas y nuevas doctrinas de contrainsurgencia. Desde el movimiento piquetero –con sus distintas expresiones– nos mostramos como el sector con mayor capacidad de cuestionamiento al sistema, junto al movimiento asambleario y de fábricas recuperadas por los obreros. Por eso nos convertimos en el blanco central de la represión.

Si algo tendrán que reconocerle las clases dominantes a Duhalde es su habilidad para recomponer la capacidad de dominación de un régimen capitalista que, tras las jornadas del 19 y 20 de diciembre de 2001, se vio desconcertado y temeroso de la dinámica que pudiera tomar la lucha popular. Eso fue posible en base a una hábil combinación de asistencialismo intensivo, algunas concesiones a los sectores en lucha y buenas dosis de represión, abierta o encubierta, seguida de un manejo inteligente de los medios de comunicación. Todo esto coronado por un tramposo llamado a elecciones que consagrara en lo institucional el reordenamiento del sistema, tras meses de incertidumbre.

Para los trabajadores y el conjunto del pueblo, en cambio, el balance es a todas luces negativo: la gestión de Duhalde deja desde el punto de vista económico una brutal transferencia de recursos a los sectores más concentrados de la economía, una drástica pérdida del poder adquisitivo fruto de la devaluación y el avance de la miseria estructural que dejó a millones de compatriotas –el 60 por ciento de la población del país– bajo la línea de pobreza. El uso clientelar de la asistencia estatal por parte del aparato político propio se transformó en el

principal recurso de control social, profundizando la dependencia de las estructuras del Estado, consolidando la caída de las condiciones de vida y fomentando la resignación y la pasividad.

Al igual que sucedió en la coyuntura política del 26 de junio, el conjunto de la transición estuvo marcado por la subordinación temerosa a los mandatos de los grandes grupos económicos y la presión del FMI, que extorsionó hasta último momento con el retaceo de la firma del acuerdo que mostrara al gobierno, como dicen ellos, “confiable”.

El aparato duhaldista y el control del conflicto social

Tras los vaivenes de la semana posterior a la caída de De la Rúa, se impuso en el gobierno la estructura política más sólida que se mostraba capaz de lograr la recomposición necesaria para el sistema: el aparato duhaldista, que se extiende en el explosivo y estratégico Gran Buenos Aires.

La zona sur del conurbano comparte con el distrito de La Matanza una doble característica: son zonas con altos índices de pobreza y, a la vez, concentran importantes niveles de organización popular desarrollados al calor de las luchas piqueteras. En la Matanza se hicieron fuertes la Corriente Clasista y Combativa (CCC) y la Federación de Tierra y Vivienda de la CTA, que eligieron –desde que asumió el gobierno de Duhalde– mantener un permanente canal de negociación y participación en las políticas asistencialistas implementadas con los planes de empleo y se integraron a los Consejos Consultivos conducidos por funcionarios del gobierno e intendentes del PJ. El resto de las organizaciones –orientadas y apoyadas por partidos o tendencias de izquierda como el Bloque Piquetero, Barrios de Pie y el MIJD, o autónomas como los MTD de la Verón– rechazamos esa política de integración y cooptación propuesta por el gobierno y mantuvimos un constante nivel de denuncia y confrontación contra los intentos de mantener en la miseria a los desocupados por medio del reparto corrupto y clientelístico de los planes de empleo.

La zona sur tiene una particularidad extra: allí residen los bastiones más fuertes de la estructura política del PJ. Allí Duhalde inició su carrera política como intendente de Lomas de Zamora.

Los Movimientos que integramos **la Verón**, por caso, tenemos desarrollo importante en distritos como Quilmes, base política de Aníbal Fernández, secretario general de la Presidencia al 26 de junio. También allí disputa poder territorial el presidente de la Cámara de Diputados de la Nación, Eduardo Camaño. En Almirante Brown el principal operador de la Cámara de Senadores, Jorge Villaverde, digita el municipio por sobre la intendente Hebe Maruco, señalada constantemente por los aprietes y amenazas. El MTD

también se organiza en los barrios de Florencio Varela, donde el intendente Julio Pereyra anima la interna peronista amagando con sus pases del duhaldismo a las tropas de Rodríguez Saá, mientras su hermano es señalado por denuncias que lo vinculan a escándalos por narcotráfico. En Lomas de Zamora tiene su residencia el mismo Presidente. Allí los vecinos de la Asamblea de Témporley cometieron dos pecados que los amigos de Duhalde les cobraron a los golpes: *“Dedíquense a las boludeces del barrio, barran las esquinas, pero no jodan con las privatizaciones del municipio y los piqueteros”*, le sugirieron a un asambleísta, patadas de por medio, los parapoliciales que los secuestraron portando placas identificatorias. Los distritos en los que vivían Javier Barrionuevo (Esteban Echeverría), Maximiliano Kosteki (Presidente Perón) y Darío Santillán (Lanús), merecen un tratamiento aparte dentro de este mismo anexo.

Sin embargo, los mecanismos represivos que se aplicaron en la Masacre de Avellaneda van más allá de la mera responsabilidad de un gobierno, para convertirse en una cuestión de Estado. Por eso se vieron involucrados los resortes fundamentales de la estructura de poder permanente, que exceden a cualquier gobierno de turno: las fuerzas armadas o de *seguridad*, la justicia y el conjunto del aparato institucional.

Para comprender la peligrosidad de la apuesta represiva y autoritaria en la que se enmarcó la Masacre de Avellaneda es necesario caracterizar la profundidad de la crisis de dominación que atravesó al sistema por aquellos meses.

A partir de las jornadas del 19 y 20 importantes sectores del pueblo venimos expresando nuestra desconfianza en los mecanismos institucionales que propone el sistema y sostenemos la crítica alentando espacios de organización y participación por fuera de esas instituciones. Las asambleas barriales surgieron como expresión de esa crisis, conformadas como órganos de participación y decisión, al margen no sólo de las instituciones del Estado sino también de las estructuras partidarias clásicas, incluso de la izquierda. El movimiento piquetero, con su heterogeneidad, logró articular un importante abanico de organizaciones autónomas o vinculadas a partidos de izquierda, dinamizando fuertemente la confrontación con el orden decadente y expresando la búsqueda de nuevos espacios de autogestión. La ocupación de fábricas abandonadas por la patronal y puestas a producir bajo control obrero, ratificaron el curso de que nada hay que esperar de quienes hasta ahora manejaron los destinos de todos.

Aun así, queda mucho camino por recorrer. Asambleístas, piqueteros y tra-

bajadores que controlan la producción, no dejamos de ser sectores minoritarios de la sociedad. Incluso la articulación sólida se tornó en estos meses un desafío difícil de superar. Sin embargo, creemos expresar los gérmenes de lo que vendrá. Los poderosos alertan sobre la peligrosidad de las experiencias que se proponen autónomas, independientes y antagónicas al orden institucional vigente. Y por eso las combaten. Por la virulencia de sus ataques, demuestran comprender esta *peligrosidad* mejor que algunos sectores populares, todavía anclados en las expectativas de que de lo viejo surgirá algo mejor y dedicados a reciclar estructuras e instituciones que no harán más que servir a la reconstitución de la dominación.

Otros momentos de la historia nos ponen sobreaviso de lo que piensan y están dispuestos a hacer los sectores del poder cuando su capacidad de dominación se ve cuestionada de raíz, como sucedió por aquellos turbulentos meses de 2002 en la Argentina. Siempre que los poderosos vieron amenazados sus privilegios, ante la incapacidad de generar consenso para mantener la dominación, apelaron a la represión. Cuando la represión ejercida desde el Estado hizo pagar altos costos que tornaban más inestable su hegemonía, apelaron a la violencia paraestatal que complementara el rol disciplinador las fuerzas armadas o de seguridad, realizando las tareas sucias. Uno y otro rol siempre se necesitaron mutuamente. Esa misma lógica se puso en marcha el 26 de junio y se extiende en cada uno de los cientos de hechos de represión abierta o encubierta que se cometieron desde que Duhalde llegó al gobierno.

Los secuestros de militantes de base, la intimidación y amenazas en los barrios, los asesinatos de luchadores sociales en nombre de combatir a *los violentos*, retrotraen nuestra memoria a la época de la represión ilegal. Pero también nuestra propia historia y otras experiencias más allá de nuestras fronteras, nos marcan un camino por el cual los pueblos han sabido hacer valer su fuerza y decisión para revertir situaciones dramáticas como las actuales e imponer condiciones de esperanza. Aún ante esta perspectiva esperanzadora, será importante asumir con crudeza los desafíos que tendremos por delante. Comprender los mecanismos con los que intentarán frenar el avance popular y hacerlo retroceder, se convierte en tarea imprescindible para elaborar cualquier perspectiva de futuro.

De la Doctrina de Seguridad Nacional a la Criminalización de la Pobreza

Los nuevos movimientos sociales que surgieron en los últimos años expresan una lógica distinta a la del conflicto sindical clásico, de los partidos po-

líticos u organizaciones revolucionarias tradicionales. De la misma forma, en las últimas dos décadas se impuso un cambio también en las doctrinas de contrainsurgencia, elaboradas centralmente en las usinas ideológicas norteamericanas vinculadas al Pentágono.

De allí surgió, a inicios de la década del 60, la Doctrina de Seguridad Nacional, que planteaba un rol principal para las fuerzas armadas de los países latinoamericanos: preservar las fronteras “ideológicas”, evitando “*la infiltración comunista que busca alterar el estilo de vida occidental y cristiano*”. El presidente chileno Salvador Allende, organizaciones de base en todo el continente, grupos guerrilleros, curas progresistas, la revolución sandinista, militantes peronistas, delegados obreros, estudiantes, todos fueron perseguidos y combatidos en nombre de la “*lucha contra el comunismo*”, a través de las fuerzas armadas o de seguridad y grupos paraestatales de represión en cada país. Además de la elaboración doctrinaria, en el Comando Sur del Ejército norteamericano se instaló la Escuela de las Américas, popularizada años después como Escuela de Genocidas, donde se formaron en la lucha contra la “*subversión*” importantes militares de todo el continente. La caída de la Unión Soviética en 1991 favoreció el desarrollo del neoliberalismo a escala universal como ofensiva del capitalismo que se sintió triunfador. En América Latina se cerró también un ciclo histórico donde los proyectos de cambio social no habían llegado a buen puerto: muchas de las organizaciones y movimientos revolucionarios que impulsaron esos cambios habían sido derrotados.

El triunfo del capitalismo acarreó mayores injusticias en todo el planeta y tras la derrota de los movimientos populares de las décadas del 60, 70 y 80, surgieron otros intentos y formas de organización y lucha que aportaron nuevos aires de esperanza. En nuestro continente podemos mencionar al Movimiento Sin Tierra de Brasil y al Ejército Zapatista de Liberación Nacional en México.

De la misma forma que el modelo neoliberal se expandió por cada rincón del planeta dejando a su paso mayor explotación y exclusión, generó y difundió también las concepciones ideológicas e instrumentos represivos para controlar y disciplinar la lucha social.

En la última década se puso en práctica la doctrina de Criminalización de la Pobreza o, como fue denominada por sus ideólogos yankis, *class cleaning* (limpieza de clase).

Esta doctrina fue gestada en centros de elaboración ideológica norteamericanos vinculados al Departamento de Estado, como el Manhattan Institute, el American Enterprise Institute y la Heritage Foundation. Hace eje en el

combate a la violencia y el vandalismo argumentando que la causa del delito es el mal comportamiento de los individuos y no la consecuencia de las condiciones de vida que impone el sistema³².

Al tiempo que se profundizaban las desigualdades del modelo neoliberal, se trazó una estrategia para presentar a los excluidos del sistema como un peligro para el resto de la sociedad. Ese peligro podía tener distintas expresiones: los medios informan permanentemente sobre delincuentes que salieron a los tiros de la villa Los Gardelitos; narcos que estarían detrás del corte de ruta en Mosconi; un boliviano que asesinó a su mujer y los piqueteros, encapuchados y con palos. En el plano cultural, inventaron y difundieron a los Pibes Chorros y la cumbia villera cultora de *“la vagancia, la falopa y el choreo”*. Cada noticiero, cada tapa de periódico aportó un ladrillo más en esa construcción sobre la que se asienta la idea de que *“negrito, pobre y sin trabajo”* es igual a peligro social. Y debe ser combatido.

Esta doctrina busca dejar grabada en el imaginario social la idea de que la protesta es igual a inseguridad. La represión, entonces, viene a dar respuesta al reclamo de mayor seguridad al que adhiere parte de la población.

El objetivo es claro y los resultados, efectivos: cualquier lucha social que exprese a trabajadores, campesinos o marginados deberá cargar con el estigma generado por el tratamiento mediático.

Lo mismo perjudicará a la ciudad la ola de secuestros que la ola de piquetes.

Las fuerzas de seguridad, militarizadas para reprimir el conflicto interno

La represión a las protestas es parte de una lógica mayor: la criminalización de la pobreza. O dicho de otra forma: evitar el conflicto social se presenta como parte de la política de seguridad que reclama un sector de la población, cansada de robos, secuestros... y piquetes. Esta doctrina, entonces, cambia el término *“represión”* por el concepto socialmente aceptado (y muchas veces reclamado) de *“seguridad”*.

Ante la actual situación social, una buena política de *“seguridad”* que responda a estos principios contrainsurgentes será más efectiva que las ya anacrónicas invocaciones a *“las reservas morales de la Patria para que pongan freno a la subversión marxista”*. La política que agite la necesidad de *“mayor seguridad”* contra *“el delito”*, entonces, construirá el consenso necesario que justifique el creciente rearme de las fuerzas para la represión.

32. Felipe Vallese, *proceso al sistema, a 40 años la lectura del crimen*.

Eduardo Luis Duhalde. Ediciones Punto Crítico, agosto de 2002.

Del conjunto de acciones que entraron en juego para la masacre del 26 de junio, hubo al menos dos hechos que concentraron la inmediata desconfianza y rechazo popular:

- La invocación a los vetustos informes de inteligencia con reminiscencias setentistas sobre la nueva insurgencia armada que el gobierno armó desde la SIDE y presentó a través del ministro de Justicia.
- El accionar criminal de los mismos “*perros de caza*” bonaerenses que formara Camps en la represión ilegal de aquellos años.

Estas formas represivas son fácilmente identificadas por la sociedad y repudiadas con convicción. Pero otros ejes del accionar en torno al 26 se mostraron más efectivos. Los discursos *legalistas* de Juan José Álvarez convencieron a más de un progresista. El consenso social que logran estas políticas de *seguridad* es construido en base al terror mediático, como política deliberada desde el poder. Las campañas de acción psicológica y la represión encubierta, la atemorización de vecinos en los barrios suburbanos saturados de uniformes verdeoliva —ahora de Gendarmería— con la excusa de “*combatir la delincuencia*” y la presencia permanente de uniformes y armamento de corte militar como exhiben la Prefectura Naval y la Gendarmería en cada acceso a la Ciudad de Buenos Aires, no generan el mismo repudio y muchas veces son aceptados con resignación o confusión por quienes sí rechazan una represión abierta. El triunfo de esta doctrina está en que no se logre vincular los disparos contra manifestantes con el avance de la presencia represiva en las calles. Poco aportan a esta clarificación los periodistas, dirigentes políticos o sindicales e incluso organismos de derechos humanos que se rasgan las vestiduras repudiando la represión, pero evitan cuestionar la política de “*seguridad ante el delito*” del gobierno.

Es cierto que la política de prevención, bajo la doctrina de Criminalización de la Pobreza, tiene como objetivo no pagar el costo político de reprimir una movilización. Aunque no es un objetivo para celebrar: el paso previo a evitar una represión abierta es que la intimidación, las amenazas y la saturación de tropas en la ciudad y en los barrios sea tal que ni siquiera haya condiciones para que la gente se movilice. *Previene* difundiendo el terror en las bases. La fuerte campaña mediática de generación de alarma social y la instalación de un estado de pánico colectivo buscan justificar la presencia de fuerzas para la represión bajo el discurso de “*combatir la inseguridad*” y en gran medida logra el consenso buscado. Los sectores medios, que el 19 de diciembre de 2001 se mostraron decididos a rechazar el estado de sitio en las calles, hostigados por la permanente alarma ante

la inseguridad todavía avalan en gran medida la política de Criminalización de la Pobreza³³.

**ESTO PASÓ EN EL SUR DEL GRAN BUENOS AIRES,
ANTES Y DESPUÉS DEL 26 DE JUNIO:**

**Caso I. Esteban Echeverría:
Javier Barrionuevo
y los *batatas* de los intendentes**

Javier Barrionuevo fue asesinado en la madrugada del martes 6 de febrero de 2002. Disparó sobre él Jorge Bogado, quien había trabajado políticamente con el intendente peronista Alejandro Granados y es un protegido de la comisaría de la zona. Unas horas antes Javier, de 31 años, se había acercado al piquete de la ruta 205, en Esteban Echeverría, movido por el hambre y la rebeldía. Compartió la comida de la olla popular con los compañeros del MTD que mantenían cortada la ruta. No los conocía, pero se sintió contenido por el clima de fraternidad y camaradería que encontró allí. Y se quedó.

Jorge *Batata* Bogado subió al viejo Ford Falcon blanco con patente vencida C 1.208.427 y encaró hacia el piquete. Llevaba su pistola automática 9 milímetros con la corredera desplazada, lista para gatillar.

Para que Bogado llegara hasta el piquete, el retén policial ubicado 200 metros antes se corrió y dejó el paso libre al Falcon medio destartado. *“La policía dejó pasar al auto de Bogado porque estaba el patrullero cortando la ruta. Sino, para poder pasar tendría que habérselo llevado por delante”,* explica Mónica, compañera del MTD de Esteban Echeverría, que aquella noche presenció el asesinato. Los compañeros que custodiaban ese piquete hicieron lo que no hizo la policía: impedirle el paso al vehículo y explicarle que debía volver por donde había venido porque la ruta estaba cortada por un reclamo al gobierno. Después de todo, a no más de 400 metros había un desvío posible que le permitiría seguir su camino. Bogado —que no había ido a buscar esa explicación— bajó la ventanilla y disparó el arma. Primero al aire y después al cuello de Javier. El asesino declaró después que se había defendido de una agresión, que le habían pateado todo el auto. *“En ningún momento se agredió al tipo, que estaba armado, ni al auto. Incluso después se podía ver al auto en la comisaría sanito, sin ningún tipo de golpes ni nada”,* dice Camilo, otro de los compañeros que estuvo allí aquella noche. *“Cuan-*

33. Las campañas de solidaridad con los cartoneros que hicieron las asambleas barriales de la Capital lograron romper la lógica que dirigentes políticos de derecha y medios de comunicación buscan permanentemente imponer.

do disparó seguía haciendo así con el arma (moviendo el brazo, apuntando, gesticula Camilo), diciendo a ver quién es el que sigue”.

La desesperación por salvar la vida de Javier pudo más que la bronca y los compañeros que estaban siendo amenazados increparon al propio Bogado para que llevara el cuerpo sangrante al hospital. Dos compañeros subieron al auto para garantizar el traslado. Cuando llegaron al hospital Santa María, a diez minutos del piquete, la angustia por la vida del piquetero que se iba se mezcló, en ese momento más que antes, con la bronca: Bogado, despreocupado, se saludó con los policías de la guardia con una familiaridad grosera. *“No pasa nada, gordo. Es un negrito. Después pasamos por la parrilla”*, le dijo uno de los agentes en referencia a las frecuentes visitas de uniformados que *El Gordo Batata* recibía en su restorán. Después de haber matado a Javier y dejado su cuerpo agonizante en el hospital, ante el saludo cordial del policía de guardia, el *batata* del intendente peronista Granados se retiró a descansar a su casa.

Como en todos los hechos en que un piquetero terminó baleado o una manifestación fue atacada, en esta ocasión también quienes participaron en forma directa o indirecta, dejaron constancia de que ocurriría algo más que un accidente. Un par de horas antes los compañeros habían sido advertidos: *“Cuidense, a ver si todavía tienen un muerto en el piquete”.*

“Se acerca un patrullero al piquete. Se baja uno de los canas y nos dice que levantemos el corte, que nosotros éramos delincuentes” cuenta otro cumpa. *“Sí, el oficial prácticamente nos dijo que nos iba a hacer boleta”* agrega Mónica.

Jorge *Batata* Bogado, además de trabajar para el intendente, era un protegido de la comisaría de El Jagüel. La misma comisaría que los vecinos prendieron fuego el 22 de agosto de 2002 al aparecer sin vida el cuerpo del pibe Diego Peralta, de 17 años, que había sido secuestrado para pedir rescate a su familia. Todas las sospechas recaían, una vez más, en la maldita policía bonaerense. En las imágenes que mostraban la comisaría en llamas, en una de las paredes, todavía podía leerse: *“Bogado asesino”*.

El fiscal Lorenzo de la Torre llevó el caso y no evitó que el juez de garantía Tomás Bravo le permitiera a *El Gordo Batata* gozar de arresto domiciliario con salida laboral.

La investigación periodística del programa *Punto Doc* demostró cuán obsesna puede llegar a ser la impunidad cuando —como en este caso— el poder político, judicial y policial coinciden en proteger a un hombre de su estructura que cumplió una tarea sucia pero que todos avalan. El poder político le dio amparo, el Poder Judicial le otorgó la prisión domiciliaria y el poder policial

garantizó que ni siquiera cumpla su obligación de permanecer en el hogar o en la parrilla donde tiene permiso para trabajar.

La investigación demostró que el *batata* del intendente pasa sus días fuera de su casa y su trabajo.

“No tiene horario, va y viene, no te puedo decir a tal hora”, aclaró la empleada de la parrilla donde Bogado debería estar trabajando, ante la pregunta del periodista que intentaba ubicar al asesino bajo arresto. Después de llamar a su domicilio, la empleada agregó: *“La señora me dice que fue a La Plata. Si fue a La Plata hasta la tardecita no viene.”*

Al dirigirse a la comisaría, el periodista volvió a encontrarse con la reafirmación de la impunidad:

-A nosotros nos consta que está porque nosotros hacemos constataciones
—mintió el comisario.

-¿A ustedes les consta que está?

-Sí, yo lo vi. El sábado lo vi.

-Por eso: hoy no.

-No. Hoy irán a constatar al domicilio. Es cierto que no es tan común su forma de arresto. Ahora es la única persona que goza de este régimen.

Recién después de la denuncia pública, *Batata* Bogado fue invitado a cumplir arresto en la comisaría 1ª de Esteban Echeverría, lo que no impidió que la gente de la zona lo viera paseando, cada tanto, por las calles.

Caso II. Presidente Perón:

Maximiliano Kosteki

y el municipio de las listas negras

El 11 de junio, quince días antes de ser asesinado, Maxi participó de la marcha en repudio a las agresiones sufridas por un grupo de docentes. Desde el edificio municipal de Presidente Perón sacaron fotografías para identificar a los manifestantes.

Presidente Perón es un distrito gobernado por una estructura político-policial digna de la dictadura militar. De la mano del vicejefe de la SIDE y ex intendente Oscar Rodríguez, en los últimos tiempos reflataron los métodos de la represión ilegal, las listas negras y la persecución a militantes de base, disidentes políticos o periodistas que denuncien. Tanto el ex intendente, hoy espía, como su mujer senadora nacional y su hermano comisario, son del círculo íntimo y de mayor confianza política del presidente Duhalde.

MÁS MALO QUE PEGARLE A UN MAESTRO. El 29 de mayo se cumplían 33 años del cordobazo y la CTA y CCC eligieron la fecha para desarrollar una

intensa jornada de lucha piquetera. Participaron a lo largo del país desocupados, empleados estatales, judiciales, docentes. En la plaza principal de la localidad de Guernica, frente a la municipalidad de Presidente Perón, unos 20 docentes se concentraron para hacer oír sus reclamos: *“Contra la municipalización de las escuelas y sus efectos negativos, la rebaja de sueldos y la reducción obligatoria de un 25 por ciento de los cupos para los comedores escolares”*. Megáfono en mano, dirigieron su mensaje a la gente que circulaba, y buscaron que las palabras se escucharan hasta la escuela Gabriela Mistral, a pocos metros, con la intención de que los padres de los alumnos se enteraran de la situación.

También quisieron poner unos carteles en la plaza, pero no pudieron: un inspector municipal se acercó a ellos cuando todavía estaban pintando las pancartas y ordenó que las dejaran en el suelo y se alejaran del mástil de la plaza.

El profesor Roberto Bracco, entonces, registró la presencia de varios hombres sospechosos, atentos a lo que él y sus compañeros hacían. En la misma actitud estaba Antonio Collins, inspector jefe de tránsito del municipio, que los miraba desde la puerta del edificio municipal. No había buen clima, a pesar del sol que hacía cálida la mañana de invierno. Apuraron la entonación del Himno Nacional para dar por cerrada la actividad de protesta en la plaza y evitar cualquier incidente con los hombres de Collins, que se mostraban burlones hacia los docentes.

No se equivocaron los maestros al prever que podían ocurrir incidentes con la gente del municipio, aunque ver el peligro no siempre alcanza para evitarlo. Al notar los aprestos para la retirada, un agente de tránsito intentó incautar el auto de un docente, por una excusa tan irreal como es la falta del cambio de domicilio en su documento. Al ver la discusión se acercaron Cristina Gómez, Karina Bracco y Roberto, que dijo: *“Si se van a llevar el auto, subimos y que nos lleven a todos”*. Entonces llegó Collins. Empujó al profesor Roberto Bracco para que no pudiera subir al auto. Los docentes no pudieron evitar los incidentes que les preocupaban.

Roberto perdió los anteojos con la golpiza. Collins ya contaba con los refuerzos de aquellos hombres sospechosos, que tiraron al profesor al piso con golpes de puño y después siguieron pateándolo. Desde el piso Roberto escuchó: *“¿Cómo podés pegarle a una mujer?”* y se dio cuenta que también le estaban pegando a Karina, su esposa. Ella les decía que era posible que estuviera embarazada, pero no les importó.

Los docentes pudieron zafar de la golpiza y en medio de los gritos e insultos, lograron subir al auto y comenzaron la huida con destino al hospital para que Karina pudiera hacerse revisar. Al llegar al paso a nivel ferro-

viario fueron alcanzados por un móvil del Comando de Patrullas de La Bonaerense. La pesadilla continuó.

Sacaron por la fuerza al docente del volante y un policía manejó hasta la comisaría. Karina tenía fuertes dolores en el pecho y el vientre y ante la insistencia en que fuera revisada, todos fueron trasladados al hospital. Allí vieron nuevamente a Collins, junto a otros policías y algunos médicos. El jefe de tránsito municipal logró lo que buscaba: nadie hizo caso a las insistencias de Karina para ser vista por un ginecólogo y prácticamente no fue revisada. No quedaron constancias de golpes ni se le tomaron radiografías. Terminado el paseo por el hospital, volvieron a ser trasladados a la comisaría donde Roberto quedó detenido e incomunicado junto a otro compañero. Sobre él aún pesa una denuncia penal por *“agresión y resistencia a la autoridad”*. Fue liberado días después.

EL DÍA DE LAS FOTOS, LAS LISTAS Y LOS DESTROZOS. La noticia comenzó a circular por las escuelas de Guernica y así llegó a todo el pueblo. Los compañeros y compañeras de los movimientos de desocupados mandan a sus chicos a las escuelas donde esos docentes dan clases y la preocupación por el derrumbe del sistema educativo atraviesa a toda la gente pobre.

Desde siempre hubo miedo en Guernica. Las agresiones de personal municipal a los docentes aquel 29 de mayo explican por qué. Sin embargo, esta vez muchos pensaron que había que hacer algo. Los docentes hablaron con docentes de otros distritos, los cumpas del MTD de Guernica comentaron la situación a los otros compañeros de **la Verón** y lo mismo hicieron los vecinos que integran otros movimientos en lucha. Así fue tomando forma una movilización masiva de repudio a la represión política y policial. A pesar de que reforzaron el miedo con amenazas en escuelas y barrios, el 11 de junio se unieron docentes, desocupados y vecinos de Guernica en repudio a la represión. Acompañaron la movilización delegaciones de organizaciones sociales de los distritos cercanos, como una forma concreta de que los docentes se sintieran apoyados: así se había hecho en Esteban Echeverría después del asesinato de Javier Barrionuevo y en Lanús, a una semana de la balacera frente a la municipalidad.

La mañana del 11 de junio llegamos a la estación de trenes de Glew manifestantes con las banderas del MTD, además de la CCC, CTA, ATE sur y otras agrupaciones. Desde allí marchamos por la ruta 210 hasta el edificio municipal de Presidente Perón.

La manifestación fue tensa, como venían siendo las últimas movilizaciones en los municipios de la zona sur.

“Eso está en manos de la justicia”, se limitó a decir un personaje que se

presentó como vocero del intendente, cuando escuchó de boca de los docentes los reclamos por el accionar de Collins y las permanentes amenazas en el distrito.

Clara Britos, directora del periódico local *La Tapa*, cuenta: “*El edificio municipal se encontraba tomado por sus propios empleados, funcionarios y efectivos de la policía local y Guardia de Infantería. Los comercios estaban cerrados, pues recibieron la novedad por parte de la policía, según testigos, de que marchaban desde Glew piqueteros “saqueadores” hacia Guernica. Al terminar el acto de escrache, los participantes volvieron a sus hogares. Sin la respuesta que esperaban, sin la solución a sus reclamos de justicia. El humo de las gomas comenzó a ser extinguido por personal especializado y de la municipalidad salieron personas de civil armadas con escopetas, otros con palos, policías y oficiales de Guernica y de otros lares.*”

Dos días después circuló por el distrito un panfleto digno de la Triple A:³⁴

“Vecinos peronenses:

Los Pawlosky, Lagraña, La Cuichi, Vecchietti, La Jones (seudo docentes y empleados del Estado que viven en nuestra querida Guernica) con sus AMIGOS, los “PATOTEROS ENCAPUCHADOS” (de otros distritos) de las CORRIENTES ANÍBAL VERÓN, “CLASISTA COMBATIVA”, CTD, MTD, CTA, el pasado 11 de junio nos rompieron vidrieras, veredas, paredones, carteles indicadores, canteros y pintaron con aerosol la municipalidad y los paseos públicos. Nos quitaron nuestro derecho de circular libremente cortando e incendiando las calles y nos intimidaron con armas(...)”

Los mismos nombres que figuran en el panfleto engordan las listas negras que, sin preocuparse por ser vistos, delegados municipales confeccionaron el día de la movilización. Los integrantes de las mismas organizaciones que se mencionan fueron fotografiados desde los techos de la municipalidad. Las listas y fotografías abultan los archivos de la represión político-policial en marcha. Con esa información parten los autos de civil sin identificación a amenazar o secuestrar militantes, como siguió pasando en los meses posteriores.

34. Triple A: Alianza Anticomunista Argentina, estructura clandestina organizada en 1974 bajo el amparo del secretario de Desarrollo Social del gobierno de Isabel Perón, José López Rega. Tuvo como objetivo iniciar la represión ilegal por medio de asesinatos, amenazas y atentados contra militantes populares, poniendo en práctica metodologías que en los años siguientes continuarían bajo la dictadura militar encabezada por las fuerzas armadas.

UN MUNICIPIO LLAMADO PRESIDENTE PERÓN QUE DEBERÍA LLAMARSE MINISTRO LÓPEZ REGA. El municipio Presidente Perón, cuya principal localidad es Guernica, nació en 1995, como un desprendimiento del partido de San Vicente. Duhalde conoce bien la zona porque allí tiene su quinta de descanso. La división benefició a dos hombres clave del aparato duhalista. Antonio Arcuri fue secretario legal y técnico del Presidente y había sido administrador del millonario Fondo del Conurbano cuando Duhalde estaba en la gobernación. La mitad que retuvo el nombre de San Vicente tiene como intendente a su esposa, Brígida Malacrida. La otra mitad del distrito adoptó el nombre de Presidente Perón y actualmente está a cargo del hijastro del otro beneficiado: el intendente de facto Aníbal Regueiro es hijo de la senadora Mabel Müller, esposa de Oscar Rodríguez. Antes de dejarle la intendencia a su hijastro, hasta enero de 2002, Rodríguez ejercía el cargo al frente de la comuna.

La forma de disputar las calles que el amigo del Presidente adoptó en su distrito no se caracteriza por los buenos modales. Para esa tarea reclutó a gente de la calaña del mencionado inspector Collins, a quien en el distrito se señala como *“un ex represor de la Policía Federal, dado de baja por problemas psiquiátricos.”* En el episodio en que fueron golpeados los docentes también identificaron entre los agresores a Juan Carlos Alvarado, alias *El loco o El enfermo*, a quien una docente reconoció como la persona que le había vendido un auto y que después se enteró de que había participado de grupos de tareas en la época de la dictadura en Mar del Plata. Otro personaje que los vecinos señalan como responsable de las agresiones permanentes es el ex concejal Carlos Acuña, quien solía presentarse como representante de la estructura asistencialista de *Chiche* Duhalde. También puede escucharse por distintas voces el relato que señala la existencia de una sala de torturas en una de las dependencias policiales de la zona, que no utiliza la policía sino la *“estructura de seguridad del municipio”* que frecuenta habitualmente el inspector Collins.

Caso III. Lanús:

Darío Santillán y el feudo de Quindimil sin zurdos en las calles

Darío estaba construyéndose *el rancho* para vivir junto a su hermano Leo, en un terreno que conquistaron ocupando unas tierras abandonadas. Habían dado la lucha junto a los vecinos del barrio La Fe, en Lanús. Allí gobierna un octogenario caudillo peronista, Manolo Quindimil, quien desde 1983 está aferrado al sillón de intendente. Desde que Duhalde ocupó la presidencia, Quindimil quedó a cargo de la presidencia del PJ de la provincia de Bue-

nos Aires, la estructura política más grande del país. Además del fusilamiento de Darío en Avellaneda, otros dos manifestantes y un estudio jurídico fueron baleados en Lanús. Después del 26, las intimidaciones a militantes se convirtieron en secuestros por algunas horas de un asambleísta y de un piquetero, compañero de militancia de Darío. Las amenazas en el distrito abarcaron incluso a curas y abogados.

FEBRERO DE 2002: EL ASENTAMIENTO, LAS FOTOS Y LAS AMENAZAS. Las seis hectáreas de tierras abandonadas en la parte norte del barrio La Fe eran fiscales, pero habían sido otorgadas a una cooperativa trucha, a cargo de una empleada del intendente denunciada decenas de veces por irregularidades en el cobro de cuotas y el otorgamiento de terrenos. Cuando se empezaron a hacer las asambleas convocadas por el MTD en el barrio, el problema de la falta de viviendas se impuso en los temarios. *“Los piquetes y la forma en que conseguimos los primeros planes de empleo en el Movimiento, cortando la ruta, sin esperar nada de los políticos, nos había dado fuerzas para ocupar los terrenos disponibles en el barrio sin esperar más”*, cuenta siempre Carlos, uno de los vecinos fundadores del barrio, que se sumó al MTD. De las ocupaciones de tierra participó Darío junto a su hermano Leo, que estaban viviendo de prestado y necesitaban un lugar para construir su propia casa, *el rancho* como le decimos en el barrio. Por su carácter militante y la valoración que todos tenían de él, naturalmente fue elegido como vocero. En la filmación que nos dejó Francesca, una compañera de Indymedia Italia que por esos días estaba en el país conociendo las luchas piqueteras después del 19 y 20, se lo ve a Darío salir de la asamblea de vecinos en el asentamiento y encarar el diálogo, junto a otros, con el oficial Silva a cargo de la avanzada policial que amenazaba con el desalojo. *“¿Y aquel para qué saca fotos?”* increpó Darío a Silva, jefe de calle de la comisaría 6ª de Monte Chingolo, en referencia a otro uniformado que dirigía el foco de una camarita digital hacia él y los demás. *“Por pedido del fiscal”*, retrucó el policía. Lo cierto es que nunca existió tal pedido judicial. Esa foto de Darío, como las de Guernica y las de cada piquete, los seguimientos en los barrios y las pinchaduras de teléfonos, son muestra de un trabajo de inteligencia que sistemáticamente llevan adelante las fuerzas de seguridad, para marcar a los militantes populares y hacer más eficaz la represión que se avecina.

ABRIL DE 2002: EL FISCAL, LOS TIROS Y UNA ADVERTENCIA: EL PERONISMO NO VA A PERMITIR LA ANARQUÍA. *“Una moto aparece en medio de la avenida Pavón, inusualmente desierta. Piqueteros que le gritan que se detenga. La moto que acelera y luego, los tiros. Un hombre, un piquetero desocu-*

pado, termina con el pecho atravesado por una bala 9 milímetros, disparada –según todos los testigos– por el arma reglamentaria de un agente del Servicio Penitenciario(...) ‘Le disparó a quemarropa’, dijo Marta. Para ellos se trató de ‘una provocación’. Contaron también que apenas se escucharon los disparos apareció la Infantería. Esta vez, hubo más disparos: los de las balas de goma y los gases lacrimógenos. Fue entonces cuando Cabrera, quien continuaba con su casco puesto, le mostró a la Policía su placa. Rodeado por la Infantería, fue llevado hasta el interior de la Municipalidad.”

Así relató la periodista Mariana García en el diario *Clarín* lo sucedido el 15 de abril de 2002 en Lanús. La protesta había reunido a unos 500 compañeros del MTD y del Bloque Piquetero. Se instaló frente al edificio municipal de Lanús, cortando ambas manos de la avenida Pavón, reclamando al intendente Quindimil una definición ante la demora de más de dos meses en incorporar a los desocupados en el Plan Jefas y Jefes de Hogar. De los seis disparos efectuados, uno atravesó el pecho de Juan Arredondo, 44 años, albañil desocupado, quien reclamaba con los demás su incorporación a los planes de empleo. Nuestros reclamos no encontraron soluciones, sino represión. Una combinación de represión institucional y paraestatal.

El fiscal Oscar Acevedo, del Departamento Judicial de Lomas de Zamora fue convocado por el intendente y los funcionarios de la provincia de Buenos Aires. A su llegada propusieron a los compañeros presentes labrar un acta-acuerdo, por medio de la cual los gobernantes ofrecían una futura fecha de pago de los subsidios en cuestión y los manifestantes debían levantar la protesta. Los integrantes del Bloque Piquetero convocaron entonces al abogado de la Coordinadora Contra la Represión Policial e Institucional (Correpi), Claudio Pandolfi, para que los asesorara respecto a la firma del acta. Tomaron la decisión de que firmara el propio abogado como representante legal de los manifestantes. Es que el fiscal que se había hecho presente era conocido por los organismos de derechos humanos: Acevedo había imputado dos años atrás a Raúl Castells por el delito de coacción agravada en el marco de un pedido de alimentos ante el hipermercado Wal Mart, por el cual había permanecido dos años en prisión. En aquella oportunidad, dos días antes de la intervención del fiscal, Menem había pedido “meter presos” a quienes “presionaran a los comerciantes”. Al igual que entonces, esta vez en Lanús, el mismo fiscal acudía presuroso al llamado del poder político, en este caso el intendente Quindimil. La estrategia de penalización de la protesta quedó explicada con detalle en un informe ante el Comité de Derechos Humanos de la ONU presentado por el Centro de Estudios Legales y Sociales (CELS):

“En general, los hechos tuvieron las mismas características. Cuando se desataba un conflicto, se hacía presente un representante del gobierno para llegar a un acuerdo con los manifestantes. Se labraba un acta con la presencia de un fiscal, que era firmada también por los delegados de los manifestantes. De esta manera, luego serían estas personas, las firmantes de las actas, las identificadas como responsables penales de las causas que se iniciaban.”³⁵

Fracasada la estrategia de acabar con la protesta por la vía judicial, una hora después, el agente del Servicio Penitenciario Gustavo Cabrera descargaba su arma 9 milímetros sobre los manifestantes.

El lunes 22 de abril, una semana después de los balazos, los desocupados de la Aníbal Verón y el Bloque Piquetero volvimos a movilizarnos frente a la Municipalidad de Lanús para repudiar el atentado sufrido en la anterior movilización. Entre una protesta y otra, un abanico de intimidaciones se desplegó en los barrios donde se organiza el MTD. Los aprietes llegaron con más insistencia en La Fe, donde los compañeros de Juan Arredondo sostuvieron durante toda la semana un piquete denunciando el hecho y manteniendo el reclamo por los planes de empleo. Como parte del clima hostil, dos días antes de la nueva movilización, empleados del municipio distribuyeron un volante por toda la zona, que desde el título amenazaba: *“Vecino de Lanús, usted debe saber esto: contra la violencia, el engaño y la mentira, el Peronismo no va a permitir la anarquía”*.

El tiempo y la insistencia del gobierno en blear manifestantes convertirían la frase en confesión de parte.

Supongamos que Quindimil, como intendente y jefe del peronismo de la provincia, estuviera honestamente preocupado por posibles desbordes de la protesta social y a eso lo llamara *“anarquía”*. Supongamos también que, dejando de lado la solución normal que sería dar respuesta a los reclamos, el jefe comunal pensara en evitar situaciones que pusieran en jaque su gobernabilidad. Aun bajo estos supuestos, el volante que firman todas las instituciones del PJ de Lanús no dice *“debe actuar la justicia para impedir la anar-*

35. *“En este sentido –sigue el informe– el promedio de procesados, por causa, se ubica en las 10 personas, principalmente dirigentes sindicales o de partidos políticos, así como de organizaciones intermedias, en casi todos los casos firmantes del acta mencionada. Cabe destacar que el hecho de que el Estado se presente a negociar con los manifestantes –y más aún el que se llegue a un acuerdo y se firmen actas de tal situación– refleja una actitud de aceptación del problema de fondo, vale decir, del planteo social que en cada caso surgía con la protesta. Así, el Estado, en distintas oportunidades, se comprometió a implementar los llamados planes Trabajar a cambio del cese de la protesta. Pero además, este hecho refleja la mala fe del gobierno ya que se utilizaba la firma de estas actas para luego pedir las como medio de prueba en un proceso judicial.”*

quía” o “en el marco de la ley, las fuerzas de seguridad deben evitar la anarquía”. Dice, expresando claramente quiénes y de qué forma encararían la represión a la protesta social: “El Peronismo no va a permitir la anarquía”. En ese panfleto se encuentra planteada la misma lógica que alienta la represión ilegal y dio sustento a la seguidilla de amenazas e intimidaciones sistemáticas sobre quienes protestan.

Otra frase pronunciada en Lanús por aquellos días volvió a la memoria de los compañeros después de la Masacre de Avellaneda: “*Quieren derrocar a Duhalde. Si hacen la marcha, para nosotros eso es una declaración de guerra*”. Estas palabras fueron parte del diálogo que mantuvieron tres días antes de la movilización del 22 de abril Hugo Contreras, secretario de Relaciones con la Comunidad de la Municipalidad y Luis Zalazar, integrante del MTD. En un intercambio áspero, el funcionario dijo: “*Sabemos que con los otros zurdos ustedes quieren voltear al gobierno y por eso le hacen la vida imposible al viejo. Hagan lo que quieran, pero ya saben: si hacen la marcha, para nosotros va a ser una declaración de guerra*”. Para Contreras “los otros zurdos” eran los integrantes del Bloque Piquetero con quienes el MTD iba a movilizarse y “el viejo”, el intendente Quindimil.

Dos meses después, en el marco de las amenazas gubernamentales previas a la masacre de Avellaneda, otro hombre clave del aparato duhaldista pero de mayor responsabilidad, el ministro Atanasof, pronunció una advertencia en idéntico tono. Esto evidencia que el discurso, la planificación y la intencionalidad de lo que pasó el 26 de junio en Avellaneda encuentran coherencia en los antecedentes inmediatos de los ensayos represivos que los intendentes del Partido Justicialista venían llevando a cabo.

El lunes 22 de abril la movilización finalmente se hizo, con más de 1.500 compañeros bajo la lluvia, frente al edificio municipal enrejado y repleto de personal de seguridad. El clima quedó descrito en un comunicado de prensa que esa misma tarde difundimos desde **la Verón**: “*A las vallas de Infantería se sumó un acuartelamiento de matones a sueldo en el interior de la municipalidad, preparados para generar un enfrentamiento civil, incluso con armas de fuego, bajo la hipótesis de que los manifestantes ‘querían incendiar la municipalidad y derrocar al gobierno’*. El dispositivo de provocación montado desde la municipalidad de Lanús se complementó con la detención de un micro en el que un grupo de compañeros se dirigían hacia allí. Una de las mujeres detenidas ilegalmente fue arrastrada de los pelos desde el colectivo estacionado frente a la 8ª hasta el interior de la sede policial. Uno de los hombres detenidos bajo registro en el libro de la comisaría está siendo revisado por un médico para dejar cons-

tancia de las contusiones que presenta en el cuerpo”, señalaba el comunicado.

En movilizaciones anteriores en los distritos del conurbano bonaerense, los intendentes peronistas habían apelado al mismo discurso y la misma metodología de provocación que el gobierno llevó a cabo el 26 de junio para justificar los asesinatos. Montaje político-represivo y saña policial. A diferencia de lo que pasó en el Puente Pueyrredón dos meses después, en aquella marcha en Lanús, reconocieron la autoría de lo que harían: *“El peronismo no va a permitir la anarquía”*, habían advertido.

ASESINATOS, APRIETES Y AMENAZAS: ¿LASTRESA? Con 500.000 habitantes y 48,5 km de superficie, Lanús es el distrito más densamente poblado de la provincia de Buenos Aires. Además del fusilamiento de Darío y el balazo que recibió Juan Arredondo frente a la municipalidad de Quindimil, el otro vecino baleado en el marco de una protesta social fue Luis Barrios, de la Coordinadora de Unidad Barrial. Era el miércoles 3 de julio y bajo la lluvia se preparaba en Avellaneda la movilización de repudio por los crímenes del 26. Luis iba al volante de su camioneta, con Marta a su lado y Alberto en la parte de atrás. El motor estaba en marcha y todos preparados para salir del Centro Popular que la C.U.Ba. tiene en la calle 3 de febrero al 3.400, en Remedios de Escalada. Iban a sumarse a la marcha para rendir un homenaje a los pibes caídos y de allí partir a Plaza de Mayo, justamente para repudiar el avance represivo del gobierno de Duhalde.

Así cuenta Marta lo que les pasó: *“Me forcejean la puerta de la camioneta y cuando me asomo veo un tipo grandote y corpulento, a cara descubierta y con un arma con silenciador que empieza a disparar. Eso a mí me shockeó porque era algo que solo había visto en las películas. Luis en eso dice: ‘Me dieron’. Y pensé que a Alberto, que estaba atrás, también le podían haber dado. Cruzó la pierna y empiezo a acelerar, porque seguían los disparos. A los 100 metros Luis empieza a desvanecerse y a decir ‘No doy mas, no doy más’. La bala le entró por el costado izquierdo y le perforó el estómago. Lo raro es que a nosotros en ningún momento nos dicen nada. Nos tiran directamente a matar... ni siquiera nos sacan del coche. Nos tiraron a mansalva.”*

Después se fue complementando la información: el auto del que bajó el sujeto era un Renault 9 rojo con vidrios oscuros y había otras tres personas a la espera. Luis tardó un mes en recuperarse.

El mismo miércoles 3, dos horas después de que en Remedios de Escalada el silenciador evitó que se escuchara el ruido del disparo, en la parroquia San Juan Tadeo, en Lanús Centro, se escuchó el sonido del teléfono:

“Si dicen la misa son boleta. Los hacemos mierda. Los vamos a matar”, fue el mensaje que dejaron para el sacerdote. Es que a una semana de los fusilamientos de Avellaneda y justo el día en que Maxi hubiera cumplido 23 años, sus compañeros de colegio habían pedido una misa en su memoria. El sacerdote se asustó y prefirió suspender el oficio religioso. Los amigos y familiares del piquetero caído tuvieron que realizar el homenaje en el patio de la escuela donde él estudiaba, sin la misa.

Dos días antes, cerquita de allí, justo frente a la estación de trenes de Lanús, otro mensaje llegaba por vía telefónica, esta vez en el estudio del abogado de las víctimas, Claudio Pandolfi: *“Te vamos a matar como a un perro, como a Santillán”*, le dejaron grabado en el contestador. Y para que no queden dudas que lo vigilaban de cerca, hicieron referencia a la abogada que trabaja en el mismo estudio, que acababa de entrar: *“Tu socia es muy linda”*, agregaron. Cuatro meses después balearon el frente del estudio jurídico del doctor Smietniasky, donde trabaja Cherco, socio de Pandolfi y al igual que él, integrante de Correpí. *“Para que se dejen de joder con los amigos de Lomas”*, dijeron esa vez.

Decenas de situaciones similares se vivieron en Lanús los meses posteriores al 26 de junio. Si se describen la forma y el contenido de las intimidaciones a los militantes de base e integrantes del Movimiento de Trabajadores Desocupados, todos los caminos pasan por la policía y los punteros políticos. Y conducen al edificio municipal.³⁶

36. El 13 de enero de 2003, una denuncia judicial le puso nombre y apellido a las amenazas y metodologías represivas: “Tras una movilización de más de 300 vecinos de los barrios humildes de Lanús –señala un comunicado de prensa difundido por el MTD– una comisión fue recibida por el intendente Quindimil para tratar un tema urgente: el hambre en los barrios (...). La discusión subió de tono debido a la negativa de ayuda. Señalando con el dedo a Antonio Gutiérrez, vecino de Monte Chingolo y referente del Centro Popular P.U.C. (Pueblo Unido Único Camino), Omar López, secretario de Acción Social, dijo: “A vos te vamos a ir a buscar”, ante la mirada con ceño fruncido que el propio intendente Quindimil le dirigía a Gutiérrez mientras era amenazado. Al día siguiente, un empleado político de López, recorrió junto a otro barrabrava del Club Lanús, los domicilios de tres compañeros de Gutiérrez para conseguir a fuerza de golpes su dirección. Al dar con su domicilio, y como éste no estaba, dejaron la amenaza de muerte a su esposa.”. Tras las presentaciones judiciales y una movilización de repudio, el intendente tuvo que reconocer la situación y echar al funcionario López.



Maxi

Darío y Maxi: sus dibujos





Boceto para afiche realizado por Darío,
convocando a la primera asamblea de la juventud del MTD.



Grabado realizado por Maxi.